

A man in a white dress shirt and dark tie is shown from the chest down. He is wearing a watch on his left wrist and has his right hand cuffed to his left wrist. A metal chain is wrapped around his waist. The background is a blurred indoor setting.

COMPRANDO ESPOSO

B. E. RAYA

COMPRANDO ESPOSO

B. E. Raya

RESEÑA

Cuando era joven, Edward tuvo, expectativas y esperanzas, tuvo sueños y proyectos, era una persona alegre, positiva y... un idiota. Su vida fue de mal en peor hasta que llego a tocar fondo. Estaba resignado a sobrevivir en el mundo sin llamar demasiado la atención y al final morir solo. Hasta que el destino vuelve a intervenir y por asares de la vida termina en las garras del hombre al cual amo en su juventud.

Maxwell Hamond ya no era el príncipe azul que visualizo en sus sueños. Era un hombre oscuro, peligroso y no dudaba en obtener lo que deseaba, hasta el grado de obligarlo a casarse con él y someterlo a su voluntad a cambio de ayudar a su familia. Edward no tenía elección, por lo que accedió a someterse a todas sus demandas...pero resultó que la obligación tenía sus momentos de placer.

DEDICATORIA

Para mi queridísima Marian. Amiga eres mi heroína favorita, la mujer maravilla a la que más admiro en este mundo.

PRÓLOGO

Atlanta, Georgia...

A Edward le dolían los pies, los brazos, la cintura... de hecho era más difícil señalar las partes del cuerpo no le dolían. Pero gracias al cielo, Edward no era de los que se quejaban en voz alta, así que le resulto fácil sonreír cuando vislumbro a Max acercándose.

—Solo tenemos quince minutos antes de volver —Dijo Max entregándole un plato de porcelana con pequeños bocadillos. Estaba muerto de hambre, en todo el día no habían parado para tomar un descanso. Desde arreglar el salón, colocar las mesas, adornar la estancia, descargar los camiones de comida... entre muchas otras cosas más no había tiempo para tomar un respiro. Ahora tenía más respeto por los hombres y mujeres que trabajan de meseros o por las personas que trabajan demasiado recibiendo el salario mínimo. Demasiado trabajo, poca paga. <<*Dios los proteja*>>

—Gracias —susurró a su novio, Max tomó asiento a su lado sobre el banco de piedra, inmediatamente Edward se pegó a su costado, recargando la cabeza contra su hombro, suspiró aliviado, tenía todo el día tratando de tocar a Max de cualquier manera que pudiera conseguirlo. Edward era un cursi enamorado, pero no le importaba. Max acaricio su cabello.

—¿Estas cansado?

—En absoluto —mintió, pero era imposible engañar a Max, él lo conocía bastante bien. Muy bien, después de haber sido amigos durante varios años y después amantes, era prácticamente natural que Max lo conociera mejor que él mismo.

—Te dije que no era necesario que vinieras.

—Les hacía falta uno, me alegra poder ayudarte —Edward cerro los ojos. Eran tan pocos los momentos que pasaba con Max últimamente, entre la universidad, los trabajos de medio tiempo que Max se empeñaba en realizar, las prácticas y la tesis que Edward aprovechaba cualquier pretexto para poder estar con él, no importaba que fuera por trabajo —Además ganar un poco de dinero extra no viene mal —No era como si a él le hiciera falta, pero le gustaba sentirse como cualquier estudiante de universidad normal. Delante de ellos se desarrollaba una fiesta elegante en la cual ellos venían de meseros.

Sonrió. Si su padre se enteraba le daría un infarto.

—Pensé que te gustaban los fideos instantáneos —comentó Max, aunque su tono no era precisamente de broma, Edward sabía que a Max le molestaba no poder tener mejores posibilidades económicas, a Edward no le molestaba, su madre le había enseñado a no estar muy apegado a las cosas materiales, por esa razón había decidido vivir en una de las residencias de la universidad, no estaba en la misma habitación que Max, para mala suerte, pero era bueno poder pasar con él la mayor parte del tiempo posible. Sus respectivos compañeros de habitación ya se habían acostumbrado a tenerlos rondando por ahí, ya sea en el dormitorio de Edward o en el de Max <<Cuando él no estaba trabajando>>. Tampoco le importaba adaptarse a un presupuesto limitado, bien se podría ofrecer a pagar algunos gastos, pero Max, no aceptaría en lo absoluto. Él trabajaba medios turnos en cualquier parte que pudiera hacerlo, se esforzaba demasiado para solventar sus gastos universitarios y de paso poder ayudar a su abuela, era una persona sumamente responsable y demasiado maduro para su edad, desde que lo conoció en el instituto siempre había sido así, serio, trabajador y un poco antisocial. Todo lo contrario, a Edward.

Edward miró la fiesta desarrollándose en el elegante edificio de enfrente. En una ocasión recordaba haber venido para un evento similar, por suerte sus padres no se encontraban hoy en el evento y al parecer nadie lo había reconocido.

—Dime Max —Edward hizo una pausa algo pensativo, tenía ganas de divertirse un poco, y molestar a Max de vez en cuando era su pasatiempo favorito, su demonio interno sonrió con malicia —¿Cuántos hijos quieres tener? —rió al ver como Max se atragantaba con uno de los pequeños canapés rellenos de atún.

—¿Por qué preguntas eso?

—Falta poco para graduarnos, es natural que piense en el futuro ¿no crees?
—Edward se encogió de hombros.

—No crees que para eso falta mucho.

—¿Qué tiene de malo? —Edward le sonrió cariñosamente —¿A poco tu no has pensado en el futuro? Una casa, un trabajo, unos cuantos perros...un gato —A menudo su madre lo acusaba de ser muy soñador, pero era uno de los malos hábitos que no podía evitar. Era difícil para él no imaginarse una vida sin Max a su lado. <<Además era fanático de las novelas de romance>>

—No me gustan los perros —se quejó Max, llevándose otro bocadillo a la boca, el mantenía la vista al frente, mirando el imponente edificio donde se llevaba a cabo la gran fiesta.

—Nunca has tenido un perro ¿Cómo puedes decir que no te gustan? Los cachorritos son adorables —Edward suspiró, este era otro tema imposible, gracias al extremo grado de anti sociabilidad de Max, su desagrado también se extendía hacia los pobres animales —Supongo que lo de las mascotas puede ser negociable, contesta a mi otra pregunta ¿Cuántos niños? Dime cuantos —Max lo miró fijamente, conocía esa mirada, Max estaba tratando de averiguar si Edward estaba bromeando o hablando en serio.

—Cinco —contentos Max y ahora fue turno de Edward de atragantarse con su propia saliva.

—¿Cinco! Estás loco —Max se encogió de hombros. ¿Cuándo el juego se había vuelto en su contra? Ahora el cazador era cazado. Era turno de Max para tomarle el pelo.

—Mi abuela dice las familias con muchos miembros son los mejores.

—Cinco son demasiados —Se quejó Edward, él tenía un hermano, y no se llevaban precisamente bien, pero comprendía a su novio. Max fue hijo único, jamás supo quien fue su padre y su madre lo dejó muy pequeño a vivir con su abuela para rehacer su vida nuevamente, hasta donde sabía, Max no tenía ningún contacto con su madre, comprendía la necesidad de Max por tener una familia numerosa —¿Te estas burlando de mí? —Max le sonrió con esa hermosa sonrisa sexy que lo caracterizaba.

—No, tu preguntaste, cinco niñas serian lo ideal.

—¿Por qué solo mujeres? —gruñó Edward. Se preguntó internamente si esta conversación era en serio o solo un juego. Por la cara seria de Max cualquiera diría que estaba negociando tener hijos al igual que hacia una polémica importante en clase de calculo diferencial. Max era intenso y siempre defendía su punto de vista de cualquier profesor. No por nada era el mejor de la clase. El profesor de analítica financiera una vez afirmó que le gustaría estrechar la mano del hombre o la mujer que algún día pudiera ganarle en un alegato.

—Porque me gustan más las niñas, los niños son ruidosos, las niñas son bonitas y listas —Edward rodo los ojos, el que un hombre gay manifestara que las niñas eran mejores que los niños eran bastante raro, pero Max jamás bromeaba con algo importante, ¡Maldita sea! El hombre estaba hablando en

serio. Dado que ellos no podrían tener familia, esta conversación salía sobrando ahora. Pero la comunidad gay poco a poco se estaba abriendo paso en su lucha por la intolerancia, esperaba que en unos años más cuando ellos estuvieran preparados para formar una familia, pudiera ser más fácil adoptar. Pero por ahora. Edward no estaba listo para ello. Ninguno lo estaban. Faltarían muchos años para eso.

—Lo tomare en cuenta —Edward recargo de nuevo su cabeza en su hombro, vio a Max mirar su reloj, su breve descanso estaba por terminar. — Tendremos que buscar una casa grande, seremos muchos, y definitivamente querré dos perros y un gato.

—Yo me encargare de darte todo lo que necesitas Eddy —Edward sonrió ante el pequeño apelativo, para muchos no podría significar nada, ya que muchos lo llamaban de esa manera, o Edd, pero que Max mostrara cualquier sentimiento era lo que le asombraba. Su novio había pasado por mucho a lo largo de su vida, no era fácil poder llegar a su corazón y muy pocos conocían en realidad al verdadero Maxwell.

—Oye Max —Edward hizo una pausa —Se que parece ridículo, pero hasta ahora no has dicho lo que realmente sientes por mi —era algo que lo había estado atormentando —Algo así como... yo te quiero... te amo o algo de ese estilo —Bajo su cuerpo, sintió todo el cuerpo de Max tensarse. Edward apretó los labios, ya temía lo que se venia después.

—Se acabó el descanso —Declaró poniéndose de pie. Edward frunció el ceño, siempre era lo mismo, cada que era de hablar de sentimientos, Max siempre cambiaba el tema, no era que Edward no supiera que Max lo quería, él se lo demostraba cada día, con sus acciones, con sus caricias y sus besos, pero aun así Edward sentía que le faltaban las palabras. Edward le sonrió y sujetó la mano que le ofrecía. Se puso de pie, pero antes de alejarse le dio un pequeño beso en los labios.

—Algún día me dirás lo que quiero escuchar —se prometió que de un modo u otro lo conseguiría.

CAPÍTULO 1

Nueva York ocho años después...

—¿Te quedarás hasta tarde, Edward? —Edward levantó la cabeza de su ordenador y sonrió a Samantha, su única amiga y compañera verdadera en esta empresa.

—Solo unos minutos más —aseguró, pero sabía que era mentira, al igual que Samantha lo sabía, Edward era un esclavo del trabajo, ella se acercó a su cubículo y se cruzó de brazos.

—Es viernes, tienes que tener una vida fuera de estos muros —Edward trató de que sus rasgos faciales no cambiaran.

—Solo quiero adelantar unos pendientes para el lunes, prometo que no me tardare ¿vale? —Samantha hizo una mueca.

—Habías dicho que tu hermano te invito a tomar algo, ¿no piensas ir? — con solo la mención de Miguel a Edward se le tensaron las entrañas, el que su hermano lo estuviera buscando no era para nada bueno. había una razón por la que había puesto distancia entre su familia y él. <<problemas>>

—Quede de llamarle más tarde —era una mentira, no pensaba llamar, la verdad es que se negaba a verlo, su padre y su hermano desde la muerte de su madre solamente le causaban problemas, era la razón por la que había cambiado su apellido al apellido de soltera de su madre, y se había mudado de Atlanta. Aquí en Nueva York, solamente era Edward Burks, un contador público promedio que no llamaba demasiado la atención, se había esforzado los últimos años para llegar al puesto en el que estaba y no pensaba echar a perder todo de nuevo por culpa de su familia.

—Qué tal si te invito a comer el próximo fin de semana, es cumpleaños de mi marido, quiere conocerte —dijo Samantha con una sonrisa. Edward sonrió, ella había entrado a la firma unos pocos meses atrás, y este lugar sin duda era un nido de víboras, no podías confiar en nadie, Edward había aprendido a no relacionarse con sus compañeros de oficina y al ver como comenzaron a tratar a la chica nueva, intervino, él había sido el último chico nuevo en un tiempo, sabía lo que era ser el último en una carrera por subir de nivel, así que había enseñado a Samantha como se hacían las cosas. Desde entonces se habían

vuelto buenos amigos.

—Estaré ahí sin falta —aseguró. Despidiéndose de Samantha regreso su atención a su ordenador. El trabajo que tenía pendiente no era nada que no pudiera dejar para el lunes, o llevárselo a casa, la verdad era que Edward no tenía ninguna prisa por irse, no tenía ganas de ver a su hermano y la peor realidad, era que no había nadie en casa esperándolo, así que su único refugio como siempre... era su trabajo.

Una hora más tarde no pudo seguir aplazando lo inevitable, tomando sus pertenencias se dispuso ir a su casa. Era en sí, un apartamento de una habitación en mediano estado, pero era su casa y lo único que necesitaba.

Despidiéndose del guardia de seguridad salió del edificio, el vapor caliente proveniente de la calurosa calle lo sofocó, estaban sufriendo altas temperaturas este verano, no era de extrañar que con tanta contaminación la madre naturaleza estuviera furiosa, solo esperaba que el invierno no fuera igual de crudo que el verano, si era de esa forma, lo más seguro es que muriera congelado en su apartamento, el calentador eléctrico estuvo fallando el invierno pasado, tendría que remplazarlo pronto <<*otra factura a la lista*>> Venía pensando en su lista de gastos cuando se detuvo abruptamente, apretó los labios.

—Hola hermano —un hombre alto le obstruyó el paso, Edward clavo la vista en esos ojos color chocolate iguales a los suyos.

—Creo que me confunde de persona, señor —dijo acomodándose su maletín en la otra mano —Yo no tengo hermanos —intentó rodear a Miguel, pero era más que obvio que ahora que su hermano lo había acorralado no lo dejaría escapar tan fácil.

—¡Vamos Eddy! No seas tan duro conmigo —Edward se apartó cuando Miguel intento sujetarlo del brazo.

—¡No me llames Eddy! —odiaba ese diminutivo, ¡Odiaba todo lo de su vida pasada! Por esa razón había huido y no permitiría que nada destruyera lo que le había costado tanto trabajo construir.

—¡Lo siento! —Miguel levantó las manos a modo de rendición —No quiero molestarte, pero es necesario, necesito hablar contigo.

—No tenemos nada de qué hablar —dijo mirando a Miguel con dureza —Regresa a Atlanta y olvídate de mí— se dio la vuelta para marcharse, pero su hermano se interpuso de nuevo en su camino.

—Escúchame Edward, de verdad necesito hablar contigo, créeme que, si

no fuera necesario, no estaría aquí para rogar por tu ayuda —Edward rio sarcásticamente.

—Pobrecito, que sacrificio el tuyo venir aquí a rogarme ayuda después de lo ustedes me hicieron —estaba haciendo un escándalo en la calle y no le gustaba, a algunas personas las conocía puesto que trabajan por los alrededores. No quería que comenzaran a circular rumores extraños sobre él.

—¿Por qué siempre tienes que salir con eso? ¡Debes superar el pasado! —Edward resopló frustrado, ahora parecía que el ofendido era su hermano y no él, al cual le habían quitado todo lo que un día conoció y que le correspondía por derecho.

—Escucha —Edward levanto la mano a modo de escudo —Tienes razón, pasado es pasado, y ustedes son parte de mi pasado, por lo tanto, no quiero volver a verlos —intentó nuevamente su escapada, esta vez por suerte su hermano no intento sujetarlo.

—Edward... tienes que escucharme —sin detenerse levantó la mano a modo de despedida.

—Que tengas buen viaje Miguel, mis mejores deseos para ti y para tu padre.

—Edward —su hermano volvió a llamarlo —¡Se trata de Maxwell Hamond! —Edward tropezó con sus pies al escuchar ese nombre. Giró para mirar a su hermano.

—¿Qué dijiste? —sabía que no debía preguntar, hace varios años había decidido enterrar todo su pasado, y el dueño de ese nombre era parte de eso también.

—Maxwell Hamond —repitió su hermano. Entonces no había escuchado mal, Miguel había invocado al mismo satanás con dos palabras.

—¿Qué han hecho? —preguntó preocupado, su hermano y su padre significaban problemas, y si a eso le su sumaban Maxwell Hamond...

—Necesitamos tu ayuda —dijo Miguel y de verdad parecía asustado —Se que no lo merecemos, pero quieras o no, te guste o no, somos tu familia.

CAPÍTULO 2

—¿Qué han hecho qué?! —Edward palideció. Sentía una mezcla de consternación e incredulidad que se iba transformando en una creciente sensación de miedo. Contra todo sus principios y reglas propias, pidió al *barman*^[1] otro trago de whisky, no era hombre de licores fuertes, pero ahora mismo lo necesitaba.

—Él era nuestro último recurso, no teníamos más remedio ¿Crees que me ha resultado fácil para nosotros pedirle ayuda Maxwell Hamond? —dijo Miguel furioso y a la defensiva. Las palabras de Miguel tuvieron el efecto de un martillazo y, por breves instantes, Edward vaciló entre la furia y la desesperación. Maxwell Hamond. La mención de aquel nombre bastaba para producirle escalofríos. Un hombre bueno convertido en un hombre malo y todo por culpa del dinero y el poder. Maxwell era un empresario millonario que se había hecho camino por el mundo del éxito con trabajo y Dios sabe con qué más, Edward adivinaba que, con nada bueno, puesto que el hombre que llegó a conocer en la universidad muchos años antes no era nada comparado con el hombre sin corazón que era ahora.

No se explicaba que se había apoderado de su padre y hermano para recurrir a él, ya que Maxwell era su ex novio y la última persona con la que tenía ganas de tratar.

—¿Por qué lo hicieron? —cuestionó furioso

—No teníamos elección —la expresión de Miguel revelaba un tormento que hizo que se le encogiera dolorosamente el estómago. <<Olvida eso, tu no les debes nada, no sientas lastima por ellos y deja que resuelvan sus problemas>> dijo su voz interna, pero la imagen de su madre moribunda rogándole en su lecho de muerte que siempre cuidara de su padre y su hermano apareció en su cabeza.

Sacudió la cabeza, amaba a su madre y haría cualquier cosa por ella, pero esto era demasiado, ¡Dios mío! La última vez que Edward había visto a su ex amante había sido en el funeral de su madre. Una ocasión muy dolorosa, a la que acudieron pocos que lo sintieran de verdad, algunos curiosos... y él había estado tan aturdido por la pena que había actuado de forma mecánica. Desde entonces no había estado en contacto con Maxwell, ni quería estarlo. Y ni

siquiera sabía que había estado haciendo el hombre ahí, dado que él había sido el causante de la quiebra de la empresa de su padre. Ya que ellos habían terminado muchos meses antes. Y la ironía era que después de que fue el causante de la destrucción financiera de la familia, su familia acudía a él por ayuda. Si esa no era prueba de que Dios se había olvidado de él, no sabía que era.

—¡Maldita sea, Miguel! ¿Cómo han podido hacerlo? —Él no respondió. Tampoco era necesario que lo hiciera. No había tiempo de seguir discutiendo ni haciéndose reproches. Faltaban pocos minutos para que cerraran la estación del tren, tenía que llegar a casa y pensar lo que tendría que hacer. Edward agarró su chaqueta y su maletín, se volvió hacia su hermano.

—Es el número de Maxwell —le dijo mientras le daba una tarjeta elegante de visita, era completamente blanca con el nombre en relieve de Maxwell Hamond en color dorado, una tarjeta simple pero que sin duda desprendía arrogancia y elegancia en todas sus letras <<*exactamente igual que Max*>> —Tienes hasta mañana para llamarlo.

—Escucha Miguel —Edward suspiro —No creo que....

—Por favor —lo miró con desesperación mientras él se guardaba la tarjeta en el bolsillo.

—No puedo hacerlo, ustedes tendrán que buscar otra manera —Esto era demasiado, mucho más de lo que él podía dar. Sin despedirse, salió del bar sin pronunciar palabra. Seguía en silencio y con la mente en blanco mientras abordaba el tren rumbo a su casa, vivía en un edificio sin ascensor de un barrio de las afueras poco recomendable. Las casas se alineaban a lo largo de la calle; todas mostraban diversos grados de decadencia y abandono, algo muy distinto de su antigua vida.

Cinco años antes, la familia “Charles-Burks” había sido una de las más ricas y famosas de Atlanta. A los veintidós años, Edward se había licenciado en gestión empresarial y ganaba un buen sueldo en un puesto simbólico en la empresa familiar. Aun así, teniendo privilegios a Edward le gustaba el trabajo duro, le encantaba demostrarle a los demás que no solo era una cara bonita o el hijo de padres ricos. Eso lo había aprendido de una persona... Maxwell Hamond. Edward siempre había admirado al hombre porque sin importar que proviniera de una familia de mediana sociedad, él se había esforzado por salir adelante y ser reconocido.

Al salir de la universidad Maxwell se convirtió en una persona

sofisticada, en ascenso en el sector financiero de la ciudad. Siguieron siendo novios y tenían planes de un futuro, pero se había equivocado también en eso.

Cuanto más éxito tenía Max en la vida, más se alejaba de Edward, el trabajo se convirtió en el mundo de Max, cada vez viéndolo menos y menos; y si a eso le sumaba la repentina crisis financiera de la empresa, la enfermedad de su madre entre otras cosas que su padre y hermano le hicieron... Terminó rindiéndose.

Fue una época desgarradora, en la que un conflicto de lealtades fue minando los sentimientos de Edward. La familia era algo que su madre había considerado sacrosanto. Pero su madre ya no estaba, por esa razón, Edward había decidido darse por vencido y alejarse de todos.

Cuando Edward llegó a su estación minutos después, seguía sin saber qué diablos iba hacer. Esa tarde había pensado en comprar algo de comer, llegar a casa y tomar una copa de vino con la cena, leer un buen libro y dormir hasta el día de mañana.

En cambio, ahora no tenía hambre, y dudaba mucho que pudiera conciliar el sueño. No tardó mucho en llegar a su casa, la música en el piso de abajo estaba demasiada alta, pero no le importo, hoy no tenía ganas de discutir con su vecino acerca de sus fiestas semanales.

Entro en su edificio y de mala gana lanzo las llaves en la mesilla a un lado de la puerta, dejó caer de mala forma su maletín y se quitó los zapatos, mientras caminaba hacia el sofá, se deshizo de la chaqueta y la corbata, mientras se desabotonaba la camisa se dejó caer en su destartado sofá.

Se sumió en la oscuridad y el silencio durante buen rato, hasta que algo dentro de él lo impulso a querer obtener información, alcanzado su portátil comenzó a navegar en la red, necesitaba averiguar si lo que dijo su hermano era cierto.

Media hora después, se dio cuenta, que desgraciadamente Miguel no había mentido. Habían sido años de fracaso en fracaso para los Charles-Burks. Poco después de la muerte de su madre y de la partida de Edward, la empresa tuvo una lista de contratos incumplidos y problemas sindicales, y fue objeto de una oferta pública de adquisición por parte de Maxwell Hamond. Para entonces, todo se había subastado: las propiedades, los autos, las joyas de su madre y las obras de arte, todo lo cual fue seguido muy de cerca por los medios de comunicación. Su padre comenzó a jugar hasta declararse en quiebra. Hace poco su padre había tenido una embolia, había quedado paralizado la mitad de

su cuerpo y ahora se encontraba en una casa de retiro, por esa razón Miguel en una espiral de desesperación había acudido a Maxwell para empeñar su alma al diablo.

Frustrado y con dolor de cabeza aparto el ordenador y camino a su pequeña cocina para servirse una copa... en último momento hizo a un lado la copa y bebió directamente de la botella. Era un licor barato que más que emborracharlo le haría doler la cabeza por la mañana.

Desde hacía cuatro años, Edward hacía su jornada de trabajo normal y después venía directo a casa por las noches, escasamente tomaba una copa de vez en cuando en un bar y había tenido dos ligues ocasiones los cuales no pasaron de más allá de una masturbación mutua. Edward se había vuelto desconfiado por naturaleza, por esa razón no confiaba demasiado para entablar una relación seria con nadie

Edward cerró los ojos. La tarjeta que Miguel le había dado aquella noche estaba en el bolsillo de la chaqueta. No podía creer que estuviera considerando... pero ¿Qué otra opción tenía? Mentiría si dijera que no tenía curiosidad por saber porque Maxwell le había dicho a Miguel que el único que podía salvarlo de no enviarlo a la cárcel era Edward. ¿Qué podría querer Maxwell de él? después de que cada uno tomara su camino, Max nunca lo busco para pedirle una explicación del porque había decidido terminar, de hecho, jamás tuvieron una conversación acerca de terminar su relación, Edward simplemente se había marchado y Max no lo había buscado. Era algo normal en ellos, cuando se hicieron amigos simplemente sucedido, cuando pasaron la barrera y tuvieron sexo la primera vez, simplemente fue natural decir que era novios. Jamás hablaron de romper, simplemente se alejaron. Siempre fue una relación extraña entre ellos. Max era hombre de pocas palabras. Pero para Edward siempre fue fácil comprender lo que el otro hombre deseaba o sentía... al menos eso fue lo que creyó.

Derrotado saco la tarjeta de su bolsillo, antes de poder pensarlo mejor marcó el número y esperó a que Maxwell respondiera.

—Hamond —El sonido de su voz le puso los nervios de punta y casi le impidió hablar.

—Soy Edward —¿cómo iba a salir de aquella situación? ¿Por qué después de tanto tiempo su cuerpo reaccionaba al sonido de la voz del hombre — Miguel me dijo que llamara.

—Enviare un vehículo a recogerte por la mañana —le indicó el hombre

con voz seria —Hablaemos en persona —y colgó. ¡¿Qué mierda?! Le había colgado <<*después de darle una orden*>> ¿Quién diablos se creía? ¡Arrogante hijo de puta! Edward volvió a llamar, pero salto a buzón de voz. No había duda que su terrible arrogancia solo había aumentado con los años. Sintió la irresistible necesidad de romper algo. Preferentemente la cabeza de antiguo amante.

CAPÍTULO 3

Casi estuvo tentado de mandar a la mierda al chofer con todo y limusina al día siguiente, estuvo a dos segundos de llamar a su hermano y decirle que se rascara con sus propias uñas, pero no lo hizo, algo dentro de él lo impulsaba a seguirle el juego al hombre del cual estuvo enamorado alguna vez.

Cuando llamaron a su puerta temprano esa mañana, ni siquiera se detuvo a cuestionarse como era que Maxwell conocía su dirección. Y estuvo tentado en regresar a cambiarse cuando se dio cuenta del lujo que lo rodeaba, hasta el chofer Maxwell estaba bien vestido, en cambio, Edward se había negado en utilizar uno de sus pocos trajes los cuales utilizaba para ir a su trabajo. Así que solo se había decidido por un pantalón oscuro, una camisa de vestir, estaba haciendo muchísimo calor para utilizar una chaqueta.

Durante el trayecto, el chofer no le dirigió la palabra para nada, se limitó a conducir, treinta minutos después entraba en un impresionante vestíbulo de mármol de un edificio de oficinas de diseño, construido con acero y cristal. Siguiendo al chofer subió al último piso en ascensor. Ni siquiera sabía que en Nueva York había una sucursal del Grupo Hamond, sabía que la base de trabajo de Maxwell estaba en Atlanta al menos así fue mientras Maxwell emprendía su negocio ¿Cuánto no sabía de este hombre?, ayer imagino que se verían en algún bar o un restaurante para hablar. Esta oficina ocupaba una suite que, a primera vista, abarcaba toda la planta. Edward observó los cristales coloreados, el lujoso mobiliario y los aparatos de tecnología avanzada. Una joven muy arreglada se hallaba en recepción. Era extraño que una empresa como esta también laborara en día sábado

—Buenos días, soy... .

—Señor Burks, bienvenido, lo estamos esperando —La sonrisa de la mujer fue cálida y cortés. O ensayada, ya que era su trabajo dar una buena imagen a esta empresa —El señor Hamond está atendiendo una llamada —le indicó una silla —Siéntese, por favor. En seguida lo recibirá —Edward sintió que los nervios le encogían el estómago. Ya que había llegado hasta allí, quería acabar de una vez. Cada minuto transcurrido le parecieron diez, y tuvo que esforzarse para no mirar constantemente el reloj. ¿Cuánto tendría que esperar? ¿Estaba Maxwell Hamond dejando que el tiempo pasara para ponerlo

nervioso? Si pudiera marcharse... Pero no conseguiría nada al hacerlo.

—¿Señor Burks? —Alzó la vista y vio que la recepcionista abandonaba su escritorio. —El señor Hamond lo recibirá ahora —Edward trago saliva, eran seis simples palabras, pero para él sonaron como una sentencia a muerte. <<*No te asustes*>> pensó. Iba a ser imposible, dado el estado de nervios en que se hallaba. Anoche lo había visto en fotografías en internet. Pero hacía años que no lo veía en persona y si las imágenes no mentían, Maxwell había cambiado mucho, tanto físicamente como interiormente, esa mirada oscura que devolvían las imágenes era algo aterradora. La recepcionista lo condujo por un amplio pasillo que conducía a una imponente puerta. Tenía que estar tranquilo y no perder el control. Pero era un manojo de nervios y en aquel momento se detestaba a sí mismo, lo detestaba a él y, sobre todo, detestaba la situación que lo había llevado hasta allí.

La recepcionista llamó suavemente a la puerta, la abrió, anunció a Edward y se retiró. Este se quedó inmóvil, helado al contemplar la figura de un hombre de traje oscuro que se recostaba contra el ventanal. A aquella distancia, a la luz de la mañana, era difícil definir su expresión. Entonces se volvió hacia él. Edward se quedó sin respiración. Era alto, ancho de hombros y emanaba de él un aura de poder que la mayoría de los hombres codiciaba, pero pocos poseían. Los huesos de la cara estaban bien definidos, casi cincelados y expresaban una crueldad elemental que advertía de que se trataba de alguien a tener en cuenta. Definitivamente no era el Max de aquellos años, lo supo en ese instante, Ese hombre oscuro y poderoso, no era su Max. No era el hombre de sus recuerdos, los años pudieron haber pasado por ambos, podrían haber madurado, sus físicos pudieron haber cambiado un poco, pero esas no eran las razones por las que decía que ese hombre no era su amigo de la universidad. No sabría explicarlo, pero Edward sabía que lo que fue Max alguna vez, ya no quedaba rastro, tampoco quedaba rastro de su antiguo Edward. Él reconocía que todo su optimismo y su alegría por la vida, muchos años atrás se había marchitado.

—Entra y cierra la puerta —su acento contenía un dejo de cinismo. Nada de saludos. Edward apretó los puños, esto sería interesante. Pero ¿qué se podía esperar? ¿Modales amables? Se rio de su propia incredulidad. Edward dio un paso dentro de la habitación, Maxwell le indicó una silla de cuero negro —Siéntate.

—Prefiero quedarme de pie —no quería estar en desventaja, además no

quería quedarse más de lo necesario y esta no era una visita de cortesía. La expresión de él no se alteró, pero Edward tuvo la fugaz impresión de que se había desatado algo en su interior y estaba dispuesto atacar. —No tengo mucho tiempo —no quería dar la impresión de que estaba a la defensiva, pero tenía ganas de salir corriendo lo más rápido posible. Maxwell esbozó una pequeña sonrisa, fue algo fugaz que desapareció rápidamente. Él cruzó la habitación para situarse frente a frente y, a esa distancia, Edward observó las pequeñas arrugas en sus ojos oscuros, casi negros. Los surcos de las mejillas le parecieron más profundos de lo que recordaba, y la boca... ¡Dios mío! No debía seguir por ese camino. El hombre elevó una ceja a modo de pregunta y él comenzó a hablar tartamudeando.

—Miguel me conto algo de la situación anoche —mantenía la barbilla alzada por orgullo —Pero no entiendo que hago yo aquí —Cada segundo que pasaba parecía alargarse hasta convertir el silencio en algo palpable.

—¿Quieres algo de beber?

—No —contesto apresuradamente —Lo que quiero es que me digas que mierda estoy haciendo aquí, y que es lo que vas hacer con mi hermano.

—Como siempre Eddy... directo al grano .

—Me llamo Edward —dijo, aunque a la hora de jugar, él le sacaba una gran ventaja, Edward estaba decidido a no dejarse amedrentar.

—Como quieras... Edward—No le pasó desapercibido el sarcasmo que utilizo Maxwell a decir su nombre, pero Edward no flaqueo, se mantuvo firme, Maxwell camino hacia su escritorio de fina madera de roble y se recargo contra el despreocupadamente.

—Tu familia tiene un montón de deudas que al ritmo de cómo está manejando las cosas tu hermano no lograra pagarlas en toda su vida y lo más seguro es que termine en la cárcel por fraude, tu padre se está salvando puesto que ha quedado paralizado la mitad del cuerpo, pero eso no tendrá el hecho de que termine pidiendo limosna en la calle cuando la casa de reposo lo eche a la calle por falta de pago.

—¿Y eso te causa placer? —se le endureció la mirada.

—No especialmente —Maxwell se encogió de hombros —Pero me da la oportunidad de cerrar un buen trato contigo.

—¿Conmigo?

—Tengo una propuesta para ti —dijo el hombre como si estuviera hablando del clima.

—Y si me niego.

—Si quieres, puedes salir por esa puerta ahora mismo—le dijo con engañosa tranquilidad.

—¿Y si lo hago?

—No habrá otra oportunidad para que ayudes a tu familia —Lo definitivo de aquellas palabras lo asustó, porque no le cabía duda de que eran ciertas. Se imaginó a su hermano siendo abusado en la cárcel, Miguel no sobreviviría ahí, era arrogante y petulante, no tenía la madera ruda de un chico que sobreviviría en precarias situaciones, por otro lado, Edward terminaría haciéndose responsable de su padre, y Dios bien sabía que su salario apenas y le alcanzaba para sobrevivir el día a día. No podría pagar una residencia para él, y que Dios lo ayudara si el hombre terminaba yendo a vivir con Edward. Sería un infierno.

—¿Te parece que volvamos a empezar? —preguntó Maxwell. Él no se lo iba a poner fácil. ¿Por qué habría de hacerlo? Lo que habían compartido en otra época había desaparecido, había sido destruido por circunstancias difíciles. —¿Quieres que te ayude? —le preguntó Maxwell al ver que Edward no decía nada.

—¿Qué es lo que quieres a cambio?

—Liquidaré todas las deudas y pagaré las mensualidades de la casa de residencia de tu padre, me encargare de que tu hermano reciba ayuda necesaria para que deje el vicio del alcohol, las drogas y el juego, y pasado algunos meses le conseguiré un empleo decente para que se mantenga solo —Aquello suponía millones de dólares pero Edward no era estúpido, tras toda aquella amabilidad había algo oculto, Maxwell era hombre de negocios no filántropo, por lo tanto de alguna u otra forma se cobraría la deuda con Edward así quería que se lo explicara con todo lujo de detalles.

—¿Qué quieres a cambio? —repitió la pregunta. Max le estaba dando demasiadas vueltas al asunto. trato de aparentar calma.

—¿Seguro que no quieres sentarte?

—¡Déjate de rodeos Maxwell! Ve al grano.

—Quiero que te cases conmigo un periodo mínimo de dos años, donaras tu esperma para un hijo, y después de ese tiempo nos divorciaremos y compartiremos la custodia de ese bebé —Se quedó blanco como el papel y, durante unos instantes, le pareció que la habitación daba vueltas. ¿Qué acababa de decir? Sentía la imperiosa necesidad de sentarse, pero, si lo hacía,

revelaría su vulnerabilidad. Y se negaba a darle semejante satisfacción. Pero no podía hacer nada para detener los acelerados latidos de su corazón al recordar aquel cuerpo duro y musculoso entrelazado con el suyo, en un acto de posesión íntima, concediéndole un placer definitivo con su boca y sus manos. Todavía tenía sueños sensuales de los que se despertaba bañado en sudor y en deseo. Edward se limitó a mirarlo, consciente hasta de sentir miedo de su fuerza de voluntad y su poder.

—¿Estás loco? Esto no tiene sentido —dijo con un hilo de voz. Maxwell alcanzó una carpeta color marrón y se la entregó.

—Todo tiene un precio y esto es lo que necesito de ti—le dijo con una mirada tan negra como el pecado —Esas son mis condiciones. ¿lo tomas o lo dejas?

—¿Matrimonio? —Edward tenía la carpeta en la mano y se negaba a verla —Somos hombres —señalo.

—De eso ya me he dado cuenta —Maxwell lo miró de arriba abajo deteniéndose unos segundos más de lo normal en su entre pierna, lo devoró con la mirada como si estuviera contemplando un dulce el cual quería devorar. —Nunca he ocultado el hecho de que me gustan los hombres —explicó — Tampoco es desconocido que quiero entrar en el mundo de la política, por lo tanto, mis asesores me han dicho que es más factible que logre la aprobación popular siendo un hombre de familia, a un libertino soltero.

—¿Política? —Edward rio enojado —¿Estás haciendo esto por política?

—Es un acuerdo beneficioso para ambos, me hago cargo de tus problemas y tú te ocupas de mí y de mis necesidades.

—Por lo que tengo entendido, no tienes dificultades para llevarte a un amante diferente a la cama cada día, ¿Por qué prefieres gastar dinero en mí? —Maxwell se acercó lentamente hacia él.

—Me cuesta trabajo confiar en las personas... —Maxwell le debió una mirada significativa —Si hago un contrato contigo estaré seguro de que no podrás romperlo hasta que nuestro acuerdo haya terminado.

—En pocas palabras seré tu esclavo.

—Serás mi esposo, tendrás todos los lujos que desees, tendré tu cuerpo en mi cama para poseerlo cada vez que lo desee, representaremos la pareja ideal ante los medios y en seis meses donaras tu espermatozoos para concebir un hijo, el cual adoptare legalmente en cuanto nazca y al final de los dos años compartiremos la custodia si es lo que quieres o puedo quedarme con el niño

si lo deseas, el matrimonio concertado en un lapso de dos años es una solución conveniente para los dos —Edward no hubiera podido controlarse de ninguna manera, su cuerpo reacciono por cuenta propia, con toda la fuerza de la que fue capaz, lanzo un golpe directo a la mandíbula del hombre. A pesar del dolor que sacudió su brazo, sintió una enorme satisfacción al ver como el hombre que una vez amo caía hacia atrás, lástima que en último momento Maxwell logro mantener el equilibrio.

—¡Yo no lo considero conveniente grandísimo idiota! —replicó Edward, lleno de odio, mirándole con ojos desafiantes —¡No hay nada en este mundo que me pueda hacer aceptar un chantaje tan descarado! —ahora Edward comenzaba a comprender las cosas, comprándolo, Maxwell se aseguraba de que Edward hiciera todo lo que le fuera indicado. ¿dejarle la custodia de su hijo? ¿Estaba loco? Sabía que Maxwell era estéril a causa de que padeció paperas^[2] de pequeño. Comprendía su necesidad de que alguien más le ayudara a donar esperma y contratar una mujer para llevar al niño, pero de ahí a sugerir que tan fácilmente Edward podía desentenderse del bebé... ¡Vender a su hijo! Entonces Maxwell jamás lo llevo a conocer en realidad. Tenía que salir de ahí inmediatamente y alejarse de él, por lo que se dirigió hacia la puerta.

—¿Te niegas entonces? —preguntó Maxwell enderezándose.

—¡Antes iría al infierno! —exclamó, enfurecido. ¡Era un canalla cruel y calculador!

—¿De verdad? —Maxwell lo miró divertido—. ¿Qué piensas hacer ahora? ¿Huir tan lejos como puedas? ¿Qué pasara con tu familia?

—Esto no te concierne —le reprochó con desdén, observando el creciente disgusto que manifestaba él.

—La falta de dinero te hará arrepentirte —comentó Maxwell con crueldad —Dudo que alguien más pueda mejorar mi oferta —Era la gota que colmaba el vaso. Le había cerrado todas las salidas y lo sabía. Pero, a pesar de ello, se negó a rendirse.

—Siempre hay algo que pueda hacer —repuso cortante —Para la profesión más antigua del mundo, no hace falta mucha habilidad —eso era algo que Edward jamás había considerado, ni siquiera cuando había tocado fondo hace cuatro años, había salido adelante gracias a que en sus años de universidad, desempeño trabajos básicos con Max, mecéreo, limpio mesas,

trajo de mozo, sirvió café, lavo platos...hasta que pudo encontrar un buen empleo, pero estaba cansado y furioso que todo mundo quisiera manipularlo, si tenía que vender su culo en la calle para poder salir de este agujero... ¡Que así fuera! Maxwell se acercó a él lentamente.

—¿Prefieres vender tu culo por unos cuándos dólares cada noche a casarte conmigo? —Edward sintió una mezcla de temor y excitación. Cada parte de su ser parecía vibrar por su cercanía. —¿Tan desagradable te resulto? No pensabas de esa manera hace algunos años cuando me rogabas porque te follara una y otra vez —dijo con cinismo e ironía—Edward creyó enfermar ante las imágenes que evocaban sus palabras, sin embargo, el orgullo lo obligó a contestar.

—Trabajar en las calles no es muy diferente a esto. O vendo mi cuerpo a un hombre o a varios. De cualquier manera, creo que sería preferible tirarme por el borde del puente de la segunda avenida.

—Una solución bastante drástica ¿no te parece? —Edward se encogió de hombros.

—No lo sería si me muriera —contestó, con labios temblorosos—. Al menos, así escaparía de todo—era otra mentira, Edward no era de los que pensaban en soluciones fáciles, aunque estuviera tan desesperado, era bastante orgulloso como para quitarse la vida y darse por vencido sin luchar. Pero luchar contra corriente ya le estaba costando demasiado esfuerzo... Edward sentía que por más que luchara jamás lograría llegar a la meta.

—Sólo un tonto dejaría de valorar las ventajas de lo que te ofrezco —replicó, irritado. —Tú no eres tonto, yo lo sé, sabes que esto es un trato justo para ambos—Edward irguió la cabeza y le miró con amarga repugnancia.

—¿Se supone que debo sentirme halagado, incluso agradecido, porque me has ofrecido casarme contigo?

—Tú necesitas algo de mí, y yo algo de ti, es un trato justo.

—¿Un prostituto de la calle o tu prostituto personal? Una difícil decisión —la mirada de Maxwell se oscureció, sus rasgos se endurecieron y el instinto de Edward le advirtió que estaba en peligro.

—En ese caso seré tu primer cliente. Te pagaré porque me ofrezcas tu cuerpo unas horas ¿Cuánto dinero quieres, cincuenta dólares la hora?

—¿Que? —exclamó, lleno de incredulidad.

—Tendrás que ganártelos, querido. Por ese precio, exigiré un trabajo de primera —Edward sintió que su cuerpo se ponía rígido y le resultó imposible

articular una sola palabra. —Empezaremos ahora mismo —insistió Maxwell con calma.

Despacio y con deliberada provocación, Maxwell se quitó la chaqueta y la corbata. Como si estuviera hipnotizado, Edward permaneció inmóvil en su sitio, viéndole desabrocharse la camisa y después el cinturón. Luego reaccionó al comprender lo que estaba sucediendo. Sin pensarlo, dio media vuelta y se dirigió a la puerta, tenía que alejarse de ahí, no llegó bastante lejos, fue detenido por unas fuertes manos.

—¡Suéltame idiota! O te golpearé otra vez.

—¿Desde cuando eres tan tímido, cariño?

—¡No me toques!

—No llegarás lejos si haces esto con todos. Sólo lograrás excitar a tu... clientela y hacer que quizá te traten de forma más brutal —Dominado por el pánico, intentó liberarse, Maxwell era más alto que él por pocos centímetros, donde Maxwell mostraba una musculatura más abundante, Edward era de constitución más delgada, ya que él no podía permitirse el lujo de un gimnasio. Le sujetó las manos y no pudo evitar que él acercara la cabeza. Su boca encontró la de Edward, obligándolo a abrir los labios, dejó escapar un gemido cuando Maxwell inició un devorador ataque que destruyó todos los recuerdos que Edward tenía de su relación. Él jamás había sido duro y áspero con Edward. Este Maxwell era rudo, áspero, severo, le estaba demostrando lo que podría esperar de un hombre consumido por la lujuria y que estaba dispuesto a todo por satisfacerlo. En estos momentos Maxwell le estaba demostrando lo que un hombre que pagaba por sexo exigiría a cambio por su dinero.

Edward lo empujó, pero Maxwell fue más rápido y utilizó su pierna para que Edward tropezara y cayeran sobre la alfombra. Inmediatamente lo sometió y siguió su asalto.

Siguió besándolo, convirtiendo la caricia en una salvaje posesión. Después, Maxwell apartó sus labios y pudo respirar de nuevo, recuperando el aliento. Pero el cruel asalto no acabó ahí. Gritó cuando, unos segundos después los labios de Maxwell descendieron y le recorrieron el cuello y bajaron, siguiendo la línea de la abertura de su camisa, mordió y chupó la piel con fuerza. Le estaba dejando marcas a propósito. Sujetó ambas manos con una sola de sus manos y con la otra continuó la exploración de su cuerpo. sacó de sus pantalones los bordes de su camisa y con un rápido movimiento rasgó con fuerza haciendo que todos los botones saltaran por la oficina. Con cínica

tranquilidad, buscó la suavidad de sus pezones y los acarició con los dedos.

—¡Basta! —dijo en un susurro, sintiéndose morir al ver la expresión en los ojos oscuros que encontraron los suyos.

—¿Estás suplicándome? —Oh, Dios, ¿qué había hecho para merecer eso? Un intenso temblor lo recorrió al sentir aquellas caricias tan excitantes por su cuerpo.

Lo invadieron recuerdos que había creído olvidados, aunque él no quisiera su cuerpo reconocía las manos y el calor del hombre del cual una vez estuvo enamorado, Intento luchar de nuevo, pero entre más lucha, más violento se volvía Maxwell. Este hombre nada tenía que ver con el Maxwell de hace algunos años. Ni él tampoco era el mismo joven ingenuo. ¡Todo estaba definitivamente mal!

Entonces, suplicó que desistiera y volvió a quejarse al ver que no la hacía caso. Odiaba su debilidad, Cuando pensó que ya no podría soportarlo más, buscó dónde herirle para hacerle detenerse. Le mordió con fuerza el hombro y sintió satisfacción al oírle gemir, pero él no se dio por vencido.

Le impidió que continuara quejándose al cubrirle la boca con sus labios. Cuando las manos de Maxwell le desabrocharon los pantalones, se quedó inmóvil y dándose cuenta de lo que era capaz de hacer, Edward empezó suplicar que no lo hiciera.

—¿No? —repitió Maxwell con cinismo. Edward estaba agotado.

—Ya entiendo lo que quieres —dijo en un susurro

—¿De verdad? —Irguió la cabeza para enfrentarse con la salvaje crueldad que veía en aquellos rasgos implacables.

—Querías demostrarme tu punto de vista, ¿no es así? —Deseaba morir, cualquier cosa sería mejor que tener que permanecer allí de pie, humillado. Pero la alternativa era aún peor y él se lo había demostrado con claridad.

—Quizá —reconoció él, dejándolo atónito ante esta confesión.

—Tienes todo a tu favor —logró balbucear Edward en una risa en la que se adivinaba una burla de sí misma —Si tengo que venderme, lo haré para obtener comodidades y lujos —Edward lo miró con todo el coraje del que fue capaz —Te odio —susurró vengativo desde el fondo de su corazón.

—¿Por reclamarte como mi pareja?

—No te hagas el inocente.

—Ten cuidado, cariño —advirtió con peligrosa suavidad que contradecía el término afectuoso. Maxwell se alejó de él, dejando que Edward recupera la

poca dignidad que le quedaba, se levantó de un salto como si el suelo le hubiera quemado. Su camisa estaba desecha, así que intento fajarla para que quedara sujeta con sus pantalones, no estaba funcionando. Sus buenos reflejos lo hicieron levantar la vista justo a tiempo para atrapar una chaqueta de diseño que le quedaría un poco grande. Estuvo a punto de mandarlo al diablo. Pero el recuerdo de lo que acaba de pasar y lo que podría pasar si no ayudaba a su familia hicieron que se mordiera la lengua. Había únicamente un modo de salir de aquella situación y un único hombre que podía ayudarlo.

—Ese es el contrato que vamos a firmar —señaló Maxwell la carpeta tirada sobre la alfombra.

—¿Quieres que lo firme con sangre? —Maxwell pasó por alto su sarcasmo y continuó instruyéndolo mientras acomodaba su ropa.

—Tengo una video conferencia en diez minutos, nos reuniremos con mi abogado en su oficina en una hora, te recomiendo que, si quieres cambiar o agregar algo al contrato, hagas anotaciones para que Tadeo lo cambie.

—¿Tan pronto?

—¿Para qué esperar? Soy un hombre de acción, ya lo sabes —exclamó con un cínico humor que consiguió que él se ruborizara. Su sentido de la dignidad hizo que se contuviera. Retrocedió un paso con la cabeza bien alta.

—¡Eres un canalla! —exclamó con voz ronca se sentía tan impotente, sin ganas de mirarlo se agachó para recoger la estúpida carpeta, Maxwell le pilló desprevenido, no lo había sentido acercarse a él, lo hizo enderezarse y lo sujeto por la nuca y, con la otra mano en su espalda, lo atrajo hacia él. Después llevó su boca a la suya, aprovechándose de su sorpresa para meter la lengua y comenzar a despertar sus sentidos, con un beso que expresaba y reclamaba desvergonzadamente sus derechos. Durante unos instantes, a Edward se le detuvo el corazón, olvidó quién era y dónde estaba. Lo único que había era aquel hombre, su energía sensual, el deseo recordado y la necesidad instintiva de satisfacerlo. Pero un rincón de su cerebro y de su corazón le indicaban otra cosa. Así habían sido las cosas antes, no en aquel momento. Al darse cuenta de que estaba cometiendo una estupidez lo empujó con la suficiente fuerza para que lo liberara, Maxwell no lo forzó más, por un instante ambos se miraron fijamente, con desafío, como si fueran dos rivales que estaban luchando cada uno por establecer su dominio, en lo personal esperaba que su mirada expresara toda la ira y la rabia que sentía.

—Quizá tu cerebro me odie, pero tu cuerpo —dijo tocando suavemente su

ardiente piel —me dice que no es inmune a mis caricias. .

—Eres un imbécil —Maxwell rio ante el insulto.

—Tengo que trabajar, estudia el contrato y nos iremos a ver al abogado — Maxwell señaló el sofá como si le estuviera diciendo a un niño malcriado que estaba castigado en el rincón. Abrió la boca para contestar, pero no pudo emitir sonido alguno. Deseaba y necesitaba atacarlo física y emocionalmente. Pero tenía que ser inteligente, necesitaba aprender a tratar con el enemigo y luchar las batallas que podía ganar, si Maxwell pensaba que tenía la guerra ganada, se llevaría una gran sorpresa.

CAPÍTULO 4

Edward podía sentir la penetrante mirada de Maxwell sobre él, cada que Edward apuñalaba con el lápiz el estúpido contrato, estaba desquitando toda su ira y frustración con el papel y no le importaba. Necesitaba que alguien pagara su coraje y a las hojas con estúpidas letras no parecía importarles. Durante ese tiempo en ningún momento levanto la vista para mirarlo, Dios sabía que, si miraba su estúpida sonrisa, Edward perdería los nervios.

Minutos más tarde mientras Edward hablaba por video conferencia en italiano, la puerta de la oficina se abrió, la secretaria de Edward entro sin llamar, dejando sobre la mesilla de café donde Edward estaba trabajando una bandeja con una jarra de café, una taza y varios pastelillos, además de que junto a él coloco una bolsa de papel color azul marino con el nombre de una marca muy costosa de ropa de hombre, sin decirle nada le sonrió profesionalmente y volvió a salir tan silenciosamente como había llegado.

En un acto completamente infantil de rebeldía, Edward continuó trabajando en rayar, tachar y hacer anotaciones en su contrato de esclavitud. Ignorando los deliciosos panecillos que olían realmente divino, su estómago rugió de hambre ya que no había desayunado. Pero Edward era orgulloso y obstinado.

—No has bebido el café —dijo Maxwell tiempo después de despedirse de las personas que estaban al otro lado de la pantalla, Edward apretó el lápiz en sus manos, sentía ganas de clavárselo en el cuello. Pero como no quería ir a la cárcel así que se contuvo.

—No tomó café.

—¿Desde cuándo? —Edward sintió deseos de reír.

—Hay muchas cosas que usted no sabe de mi señor Hamond —le dijo con desdén—Aquí tiene su contrato, no necesito ir a su abogado, simplemente dele esto —se puso de pie y lanzo de malos modos la carpeta sobre la mesilla del café, miró desafinante a Maxwell el cual seguía sentado en su escritorio.

—Esa bolsa contiene una camisa decente, ahí está mi baño privado, cámbiate, Tadeo llegara en un momento y no quiero que te coma con los ojos —si no fuera porque Edward sabía que todo esto era una farsa pensaría que Maxwell estaba celoso.

—Pensé que iríamos a verlo a su oficina.

—He cambiado de opinión —dijo mientras regresaba su mirada a la

pantalla. Edward apretó los dientes. Quería mandarlo a la mierda, lanzarle la estúpida bolsa a su estúpida cabeza. Pero estaba tan cansado, solo deseaba terminar con esto de una buena vez, e irse a su casa, se metería en la cama y no volvería a salir de ella hasta el lunes que tuviera que ir a trabajar.

Se tardo en el baño más de lo necesario, se cambió la camisa, tenía que admitir que la prenda era suave y de un color hermoso, esto era algo que a él no le alcanzaría para comprarse, habían pasado demasiados años desde que él utilizara algo tan costoso.

Cuando salió del baño, descubrió que Maxwell no estaba solo, un hombre rubio casi de la misma edad se giró para mirarlo.

—Supongo que tú eres Edward —dijo el hombre con acento extranjero. La mirada que le dirigió el hombre no fue nada amable. Edward supo inmediatamente que al hombre no le agradaba y no entendía la razón, ya que ni siquiera lo conocía.

—Cariño —llamó Maxwell volviéndose también hacia él —Ven, te presento a Tadeo Rusos, es mi abogado y un gran amigo —Edward comprendió que era momento de comenzar su papel, aunque dudaba que el abogado no supiera las condiciones en las cuales se estaba dando todo esto. Edward obligo a sus piernas a moverse y se acercó a ambos hombres, estrecho la mano que el abogado le ofrecía.

—Edward Burks —se presentó profesionalmente, no sería tan hipócrita como para añadir el típico “*gusto en conocerte*” Este hombre no podría tener directamente la culpa de lo que estaba sucediendo, pero Edward de alguna manera sentía que era cómplice de esta farsa.

—Maxwell me ha hablado mucho de ti —El abogado le dedico una sonrisa. Pero gracias a los años en que se movió en sociedad Edward sabia distinguir cuando una sonrisa era verdadera o falsa, y la sonrisa de Tadeo era falsa, tan falsa como la de Edward en aquella situación ¿Qué relación tienen en realidad Maxwell y su abogado?

—Me imagino —sonrió con sarcasmo, Edward contuvo su lengua rápida. Maxwell también debió de temer que Edward dijera algo inapropiado porque se colocó a un lado de él y le colocó un mano sutilmente sobre su hombro.

—¿Qué tal si pasamos a la sala de juntas? —intervino Maxwell, el abogado asistió y se dirigió a la puerta lateral de lado izquierdo de la oficina, bruscamente Edward se liberó de la mano en su hombro y sin mirar al importante hombre, tomó la carpeta que momentos antes estuvo garabateando y

se dirigió a la sala de juntas.

Tomó asiento justo enfrente del abogado, en un principio temió que Maxwell se sentara a un lado de él, pero en cambio ocupó la cabecera de la mesa a su lado izquierdo, dejando el asiento contiguo vacío. El abogado se sentó a la izquierda de Maxwell, miró con curiosidad la silla vacía entre Max y él, pero sabiamente no dijo nada. De su maletín comenzó a sacar documentos.

—Bueno —dijo el abogado abriendo una carpeta —Supongo que ya leyeron el contrato prematrimonial, ¿Tienen algo que agregar? —Maxwell se reclinó en el asiento y señaló con la cabeza a Edward cuando el abogado lo había mirado. —¿Edward? —el tono de voz del abogado hasta parecía aburrido.

—Tengo muchas cosas que cambiar en el... contrato —omitió la palabra “*prematrimonial*”

—Te escucho —el abogado sacó una fina lapicera antigua.

—Primer párrafo —dijo Edward mirando sus apuntes. —Soy Edward Burks solamente, elimine el Charles de mi vida hace años.

—Entiendo —dijo el abogado —Continua.

—Clausula uno —hizo una pausa para mirar a Maxwell el cual enarco una ceja, lo ignora y regreso a mirar al abogado —No cambie mi apellido a Hamond —sentenció, él era un hombre independiente, no quería una etiqueta que le recordara durante dos años que le pertenecía a Maxwell. ¡No se señor! Él no era de nadie. El abogado lo observó atentamente pero no dijo nada.

—No necesito una cuenta bancaria para cubrir mis gastos, no dejare de trabajar, no necesito compensación por los años de matrimonio, eso puede quedarse a cuenta de las deudas que tiene mi padre y hermano con esta empresa, tampoco requiero el dinero de las ganancias de Maxwell durante el periodo que dure nuestro enlace, ni propiedades, ni autos —dijo sin mirar a los hombres, cambió a la siguiente clausula y siguió enumerando las cosas que necesitan ser cambiadas, ninguno de los dos lo interrumpió —Estoy de acuerdo en donar mi esperma para la concepción de nuestro hijo, pero solicito que mi apellido también sea incluido en su nombre, puede ser Burks-Hamond. Además, después del divorcio que pido tener la custodia ya que seré el padre biológico, podremos arreglar los derechos de visita de Maxwell, jamás le negare el derecho a ser el padre adoptivo. Por último, no requiero una pensión después de divorciados —tomando una respiración profunda para calmarse

miró ambos hombres, en lo personal Edward se sentía mejor. Había dejado salir algo de su frustración al decir lo que pensaba. Tadeo desviaba la mirada entre sus notas, Edward y Maxwell. Al final Tadeo simplemente clavo una dura mirada en Maxwell

—Te dije que esta no era una buena idea... —dijo el abogado.

—No estás aquí para opinar Tadeo —El abogado negó con la cabeza.

—de acuerdo ¿Algo que añadir Maxwell? ¿Estás de acuerdo con tu prometido? —sin que el semblante de Maxwell cambiara nada, se inclinó hacia adelante y clavo la mirada directamente en Tadeo.

—Adoptara el nombre de Edward Burks - Hamond —dijo Maxwell calmadamente, Edward iba a protestar pero alzo la mano para detenerlo, ni siquiera lo miró cuando lo hizo —Tendrá tarjetas bancarias asociadas a mi cuenta principal para cubrir sus gastos, la casa de los Hampton, se cambiara a su nombre, al igual que cualquier cosa que le compre durante estos dos años, el diez por ciento de mis ganancias anuales irán a dar a un fideicomiso, deja a futura negociación los detalles del nombre, guarda y custodia del hijo —Tadeo intento decir algo pero Maxwell no se lo permitió —Haz los cambios que te he dicho, deja todo lo demás tal cual esta y dile a Johana que te imprima el documento, firmaremos de inmediato —Tadeo no miró Edward, ni le pregunto si estaba de acuerdo, claro que sus ojos le indicaron que tenía que decir algo, pero no a Edward, sino a Maxwell, nuevamente se preguntó qué tipo de relación tenían esos dos, estaba claro que a Tadeo no le agradaba Edward, ni le gustaba este acuerdo.

—Maxwell....

—Haz lo que te he dicho Tadeo —suspirando el abogado se puso de pie y camino fuera de la sala de juntas.

—¿Qué caso tenía hacerme leer esta mierda si no tomaras en cuenta lo que diga?

—Pensé que serias más racional.

—¿Racional?

—Si, pensé que verías las cosas objetivamente y tendrías algo inteligente que agregar.

—¡Escucha yo...!

—Comprendo lo del nombre —dijo Maxwell —Pero tienes que aprender a ser más inteligente y a moverte por el campo de juego ¿Cómo es que quieres trabajar ganando el sueldo mínimo cuando tendrás a un esposo inversionista

que gana más de lo que obtendrás en toda tu vida en ese misero trabajo? La prensa me tendría para el desayuno —Edward iba a discutir, pero comprendía que tenía razón, Edward estaba peleando ese contrato para salvar lo que le quedaba de orgullo. —Darte dinero para tus gastos... —Maxwell le dedicó una mirada desde la cabeza a los pies —No puedes aparecer en actos públicos conmigo con esas fachas.

—Tengo ropa decente —se defendió

—Decente no es lo mismo que elegante —contestó Maxwell colocando la mano en la mesa —Si piensas quedarte con la custodia de nuestro hijo... ¿A dónde se supone que lo vas a llevar a vivir? ¿a la caja agujero de hobbit que tu llama apartamento? Yo creo que no.

—Te aseguro soy bastante capaz de darle una vida digna a mi hijo.

—Nuestro —aclaró Maxwell con los dientes apretados —Y dudo eso, porque si fuera así tratarías de obtener lo más que pudieras para darle una vida estable, si no tienes los suficientes recursos tendrás que trabajar jornadas largas y ¿después que pasara con el niño? Crecerá a cargo de un desconocido, no pienso permitirlo, en este arreglo por lo menos uno de nosotros debe ser inteligente, así que sin protestar firmaras el contrato y punto—Edward se quedó callado, odiaba a Maxwell y su arrogancia. Odiaba no poder pensar con la cabeza fría y poder hacerle frente en todo esto, al parecer en este absurdo negocio para lo único que Edward era bueno era para hacerlo enfadar. Aunque secretamente eso le daba una buena satisfacción.

—Después de firmar ¿me podo ir? Tengo muchas cosas que hacer.

—Me temo que no, tenemos que hacer los arreglos para la boda —contestó Maxwell, arrastrando las palabras —La ceremonia será la siguiente semana así que tenemos mucho que hacer —Edward trago saliva, ni siquiera se había puesto a pensar cuando sería el día de su sentencia definitiva

—¿Por qué tan pronto?

—Ya he hecho las gestiones necesarias —replicó con voz suave. .

—¡Maldito egoísta! ¿Tan seguro estabas de mí?

—Me gusta adelantarme a los hechos, y admítelo, no era como que tuvieras mucha elección —Edward apretó los puños.

—Eres un idiota petulante —Maxwell le sonrió como si le hubiera dicho un piropo cariñoso

—¿Quieres un té o un poco de brandy para tranquilizarte? —Lo miró fijamente indicándole que no aceptaba el rechazo.

—No quiero nada—respondió, sin importarle la irritación que se adivinaba en él

—En cuanto Tadeo regrese nos iremos.

—¿Irnos?

—Tenemos que ir de compras, además tenemos una cita con mi contador para registrar tu firma, ¡Felicidades! desde el día de hoy vuelves a ser millonario—contestó Maxwell, con sarcasmo.

—¿Estas intentando provocarme? —Edward no había tenido mucho tiempo de pensar en esto, pero, ¿Por qué Maxwell estaba haciendo todo esto? Con su atractivo y sus millones podría tener a cualquiera que quisiera, en cambio Edward lo odiaba, le daría batalla y en cuanto le fuera posible lo molestaría a cada instante del camino ¿soportaría eso por dos años?

—Sí —insistió Maxwell —Me gusta cuando estas furioso.

—No tienes sentido de la auto preservación —De repente, estalló sin poder evitarlo —¡Maldito seas, Maxwell! Ojalá nunca se hubiera conocido —Edward ahorita mismo odiaba a todo el mundo, en especial a su padre y hermano por obligarlo a todo esto. ¿Por qué no podían dejarlo en paz? ¿Por qué no podían dejarlo escoger su vida?

—No puedes cambiar el pasado.

—No —reconoció —Pero quiero decidir mi futuro.

—¿Y cuál es la diferencia?

—¡No puedes estar hablando en serio!

—De cualquier forma, tienes que casarte, si no recuerdo mal, tu querías una casa de madera con un jardín, dos perros, un gato y cinco niñas, solo estoy facilitándote el camino —Maxwell le dedico una sonrisa mientras escribía en su celular —Excepto por los perros, no me gustan, puedes tener a cambio dos gatos —Edward se sintió herido porque Maxwell estaba burlándose de sus sueños, de algo que anhelaba y que estúpidamente compartió eso con él cuando creyó haberlo amado.

—Tú eras él quería solo niñas —Lo acusó por un instante ninguno dijo nada. Edward noto la forma en que por un segundo Max apretó las manos en torno a su teléfono móvil. Pronto se recompuso. —Pero ya no importa, yo me asegurare de obtener lo que deseo —dijo Edward con sarcasmo —Cuando me divorcie de ti, podre encontrar al hombre perfecto que le gusten los perros.

—Seguro—Maxwell ni siquiera lo miró mientras continuaba escribiendo frenéticamente en su móvil de última generación. Edward ya no dijo nada,

tenía que aprender a pelear sus batallas. <<*dos años*>> <<*setecientos treinta días*>> <<*diecisiete mil quinientas horas*>> tal vez matemáticamente no era nada, pero para Edward parecía un largo tiempo de condena.

CAPÍTULO 5

Eran más de las siete cuando Maxwell sacó el coche del aparcamiento del centro comercial. Comenzaba el crepúsculo y el pálido cielo se teñía de velas rosadas que iban volviéndose naranjas. Pronto sería de noche. El día había pasado delante de sus ojos como una película en blanco y negro; y sin sonido. Camino y actuó solo por inercia, habían firmado una infinidad de documentos en todos lados. Habían ido a millones de tiendas, por todo tipo de cosas, ahora era el propietario de no solo varias prendas y calzados de diseño, si no hasta de relojes de marca y una MacBook de última generación. Era demasiado para asimilar y todo el día estuvo en modo automático. Maxwell escogía y Edward se probaba la elección y al momento siguiente el artículo era puesto en el montón de la compra.

Edward sólo quería volver a casa, darse una ducha y acostarse. Pero no era eso lo que iba a suceder, y la cama en la que dormiría no sería la suya. Esa fue la razón porque que después de que Maxwell le informara que no volvería a su ¿Cómo dijo? “*agujero de hobbit*” si, eso fue lo que dijo, al parecer al multimillonario se le había olvidado que mientras fue un estudiante medio muerto de hambre él vivía en un agujero igual. Y de verdad Edward daría lo que fuera por regresar a aquella época, por recuperar al chico de aquel entonces. Desde que Maxwell le dijo que el trato comenzaba a surtir efecto inmediatamente y que iría casa con él. Edward se había encerrado en sí mismo, la palabra “puta” le había llegado a la cabeza, era prácticamente ese tipo de empleo el que tenía ahora. Se había vendido a este hombre y punto.

Su hermano le había llamado infinidad de veces, pero no le contesto, no tenía paciencia ni ganas para lidiar con él. Y no le molesto que Maxwell le dijera que él se ocuparía de su hermano. Al contrario. Se lo agradecía, parecía que era la única buena cosa que le estaba sucediendo aquel día de mierda.

Poco después, Maxwell detuvo el coche y apagó el motor. Ni el local frente al que se hallaban ni la calle le resultaban familiares a Edward. <<*claro idiota, tu no frecuentas estos rumbos con tu precario suelto*>> tan solo un donut por esta zona le costaba lo de un día completo de salario.

—¿Falta algo más que comprar?

—No, vamos a cenar —Maxwell se quitó el cinturón de seguridad.

—No tengo hambre —Maxwell se dirigió una mirada dura

—Baja, Edward —como éste no se movió, se inclinó para desabrocharle el cinturón. —No hagas una escena aquí —Discutir con él no iba a servirle de nada. Y tampoco quería fastidiar por fastidiar Ya había transcurrido un día muy pesado y Dios era testigo que no tenía más energía. Bajó del coche y cruzó la calle al lado de él. Entraron en un pequeño restaurante, donde el maître saludó a Maxwell por su nombre y los condujo a una mesa apartada. Edward no quiso vino, eligió sopa de primer plato, un entrante de segundo y fruta.

—¿Prefieres que no hablemos y mantengamos una conversación insulsa? ¿O dejamos el incómodo silencio? —preguntó, No le importaría cenar en silencio, pero la verdad no lo deseaba, el silencio lo obligaría a pensar y no quería hacerlo, no quería analizar la estupidez que estaba haciendo, prefería hacerlo más tarde cuando estuviera solo y pudiera derrumbarse sin que nadie fuera testigo.

—Podrías empezar contándome lo que has hecho estos últimos años — Maxwell le dedicó una sonrisa burlona.

—¿Para qué? si ya lo sabes todo —Tomó un sorbo de agua helada—. ¿Has contratado a alguien para seguirme los pasos?

—Que yo sepa —se recostó en la silla y lo miró fijamente —No es delito que un hombre se interese por su ex pareja, más cuando este lo dejó sin darle ninguna explicación —El camarero sirvió la sopa y el pan y se retiró mientras Edward escrutaba el rostro de Maxwell con algo parecido al desprecio.

—¿Abandonarte yo? Según la versión de mi historia, mucho antes de eso tú te habías alejado de mí, y ni siquiera viniste a buscarme.

—¿Te importaría explicarme qué quieres decir? —su expresión se endureció, sus ojos oscuros daban casi miedo.

—Entre más tenías éxito, menos te ocupabas de mí, antes de la muerte de mi madre, teníamos tiempo muy mal ¿Qué caso tenía volver a ti si tu no estabas?

—Eso es ridículo, tu simplemente me usaste para irritar a tu familia, después simplemente te marchaste sin mirar atrás—Su voz era como un trozo de hielo que se deslizara por la espalda de Edward.

—¿Entonces mandaste a mi familia a la quiebra a modo de venganza?

—Son solo negocios, y tu padre se estaba hundiendo solo muy bien y sin mi ayuda, solo estaba recogiendo los trozos.

—Aunque así fuera, lograste quedarte con todo y ahora tu venganza se

traslada a mi—se sentía como un tren sin frenos, incapaz de parar—. ¿Por qué te empeñas en hacerme pasar por todo esto? —Maxwell tomó un sorbo de su vino y clavó su oscura mirada en él. en un principio creyó que se negaría contestarle.

—El declive económico de tu padre —comentó sin pestañear —Me dio la oportunidad de aumentar mis inversiones. Soy un hombre de negocios. Si no hubiera sido yo, habría sido otro.

—Por supuesto —reconoció en tono burlón, y cayó en un silencio tenso cuando llegó el camarero para llevarse los platos de la sopa, que él no recordaba haber probado.

—Y en lo que respecta a ti... no creo que estés preparado para escuchar lo que tengo que decir —Edward enarco una ceja ¿Qué quería decir con eso? —Habla de eso en otro momento, ahora come —le ordenó Maxwell en voz queda.

—No tengo hambre —se ahogaría si comía algo, por lo que apartó el plato. Había sido un día terrible. Y todavía no había acabado. Edward quería marcharse, huir de aquel enemigo, de lo que le proponía... de todo.

Maxwell le dedicó una dura mirada, pero Edward lo ignora, permaneció en silencio mientras Maxwell terminaba de cenar. Media hora después salían del lujoso restaurant.

En el auto se mantuvo en un silencio tenso mientras el coche recorría las calles de la ciudad. Maxwell le ofrecía una vida sin deudas y lejos de su padre y hermano. Cualquiera estaría brincando de gusto menos él, todo se escuchaba muy bonito, pero prácticamente Maxwell le estaba pagando solucionándole la vida a cambio de su culo. Rio entre dientes, ojalá solo fuera algo físico. Tenía que mantener sus emociones apartadas en todo momento.

El teléfono del Maxwell sonó y él contestó a través del manos libres.

—El trabajo está hecho, señor —Edward supo que la llamada era algo referente a él por la forma en que Maxwell lo miró de reojo.

—Gracias Warren, nos vemos en casa —dijo Maxwell

—¿Qué ocurre? —preguntó sin detenerse a pensarlo dos veces.

—Tu hermano fue ingresado para su desintoxicación, tu padre fue cambiado a otra residencia más apropiada, quiere verte —Maxwell lo observo cuando dijo es última parte, Edward no contesto ¿deseaba ver a su padre? en ese preciso instante no. No estaba listo. Su silencio debió de haber sido la respuesta que Maxwell esperaba. Porque regreso su mirada a la

avenida y continuó hablando —Tus cosas ya fueron recogidas y tu apartamento entregado al casero, tu jefe quiere que el lunes tu personalmente presentes tu renuncia.

—¿Renunciaste a mi trabajo por mí? —Maxwell rio

—Prácticamente fue Tadeo —se burló. Edward resopló.

—Esto es el colmo—cerro los ojos con frustración —Veo que te has ocupado de todo ¿algo más?

—Encontramos un juez que podrá realizar nuestra ceremonia el miércoles, puedes invitar a quien quieras, .

—Que, considerado de tu parte, gracias.

—¿Quieres pelea? —la voz masculina era engañosamente suave, pues se percibía su dureza bajo la superficie.

—No tiene caso, nunca gano, todo está decidido y sentenciado por ti, no se me permite tomar ninguna decisión.

—Puedes elegir a donde quieres ir a pasar nuestros días de vacaciones.

—¿Días de vacaciones?

—Luna de miel, es la tradición ¿no? —dijo Maxwell burlón. —No he llegado a ocuparme de esa parte ¿Qué quieres hacer? tomare unos días, podemos irnos después de la ceremonia y regresar hasta el domingo — Edward trago saliva. Luna de miel igual a... se recriminó en silencio mientras el coche se deslizaba por las calles llenas de tráfico. Maxwell había especificado que lo quería como esposo y pareja en todos los sentidos. Un cuerpo cálido y servicial en su cama. Un anfitrión para sus eventos, un premio que se parara ante su costado y sonriera como si lo amara y aparentara ante todo lo demás

—¿Alguna idea? Podemos ir a las Bahamas, el caribe, Europa, lo que quieras.

—¿Qué tal Alaska? —sugirió en tono de sarcasmo, miró fijamente el perfil masculino. Maxwell soltó una carcajada, hacía mucho que no lo había escuchado reír así, y durante todo ese día, sus risas fueron sarcásticas y fingidas, pero está en realidad era verdadera. Años atrás, durante su tiempo juntos, las risas de Maxwell eran escasas pero sinceras, eso había cambiado con los años. Anoche, había visto muchas fotos de Maxwell sonriendo, pero no era una sonrisa sincera, era sonrisa diplomática. Fingida y calculada. La reacción de ahora lo había sorprendido con la guardia baja.

—Creo que prefiero un lugar donde pueda verte medio desnudo, prefiero

la playa —y ahí había terminado su momento divertido. Se removió en el asiento y decidió volver a mirar por la ventana. No le sorprendió llegar a un enorme edificio en el centro de la ciudad, tampoco le extraño que el apartamento de Maxwell fuera muy lujoso, estaba claro que las inversiones de Maxwell en los últimos años le habían dejado buenas ganancias, de hecho, era más raro que tuviera un apartamento <<*aunque fuera lujoso*>> y no una mansión. Según por lo que había leído en internet, Maxwell era muy exitoso en sus negocios, demasiado, era astuto, inteligente y siempre lograba los mejores acuerdos. Según los expertos todos los contratos que caían en las manos de Maxwell Hamond se convertían en oro seguro.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron fueron recibidos por una mujer que no podría pasar de los cuarenta años.

—Ella es Elena —indicó Maxwell mientras le colocaba una mano en la cintura —Mi ama de llaves. Warren es su marido, ambos son mi personal de más confianza —Una vez hechas las presentaciones, entró en el magnífico vestíbulo de mármol. Era enorme, lámparas exquisitas, muebles oscuros y varias puertas de madera tallada que conducían a sus correspondientes habitaciones. Era lujosa y amplia, pero no en exceso. Se acercó al gran ventanal de la sala de estar, pensó que la vista panorama de la ciudad era impresionante.

—Hay café, o té si lo prefiere —dijo el ama de llaves —Sus pertenencias y algunas de las compras que han llegado han sido llevadas y acomodadas en la suite principal, puedo acompañarle y así me indica si le gusta el orden en que están o prefiere hacer un cambio —A Edward se le hizo un nudo en el estómago. No quería pensar en el dormitorio, ni mucho menos ir allí.

—Creo que un té me sentaría bien, gracias —escuchó la risa de Maxwell, pero la ignora, era obvio que se había dado cuenta de su táctica para evadir lo inevitable.

—Tengo que trabajar un poco —Maxwell se quitó la chaqueta y la colgó sobre el respaldo del sofá, luego se quitó la corbata y se aflojó el botón superior de la camisa antes de dirigirse por un pasillo —Cuando hayas acabado tu té, reúnete conmigo en el estudio, hay cosas que faltan por hablar —Edward sintió que podía volver a respirar cuando Maxwell desapareció de la habitación, sentirse libre de su presencia le produjo un gran alivio. Pero no iba a durar. Sería maravilloso poder ducharse, acostarse y...dormir. Dudo un momento, pero cuando Elena regreso con su taza de té le pregunto cómo llegar

a su habitación, ella insistió en acompañarlo, pero, Edward se negó. Agradeció a la mujer la taza de té y se dirigió a su habitación.

La suite principal era muy elegante como todo en el apartamento, las paredes eran blancas, con pocos muebles que daban a la estancia elegancia y masculinidad, no había cuadros en las paredes y un enorme televisor de pantalla plana adornaba una gran parte de la pared frente a la enorme cama, sin duda era la habitación de un hombre.

Dejando la taza sobre una de las mesillas, se dirigió al cuarto de baño, con movimientos rápidos se desnudó y entró en la ducha de mármol para disfrutar de un agua caliente que no se acababa nunca. El gel de baño, de delicado aroma, era divino, al igual que el champú <<olía a Maxwell>> sacó ese pensamiento de su cabeza e inclinó la cabeza y dejó que el agua le cayera por la cara. Era estupendo no tener que depender de un pequeño sistema de calentamiento que permitía ducharse durante tres minutos, ya que, después, el agua comenzaba a salir fría. Pasó un buen rato antes de que cerrara el grifo, se secara y se pusiera el albornoz.

La cama tenía un aspecto muy atractivo. Retiró la colcha y tocó la almohada de plumas con una especie de reverencia. Sabía que estaba provocando deliberadamente a la bestia al no obedecer la orden de reunirse con él. En cuanto a vestirse, la idea no le resultaba atrayente. Tampoco la de bajar, pues sentía sobre sus hombros el peso de aquel día y sus consecuencias. Buscó entre los cajones unos calzoncillos, no estaba acostumbrado a dormir con pijama, al menos que fuera temporada de frío, su pequeño agujero de hobbit era un congelador en esa época, pero su elección predilecta era dormir desnudo, no lo haría con Maxwell pudiendo entrar en la habitación, con algo de ropa puesta, por lo menos represaría algo de barrera, o al menos eso creía. Se introdujo entre las sábanas con cuidado. No iba a ir a ninguna parte. Que Maxwell viniera a buscarlo y lo arrastrara al estudio si quería.

Edward se durmió y no se percató, una hora después, de la presencia de Maxwell, que se quedó mirando su rostro en reposo. Tampoco se dio cuenta de que salió de la habitación y volvió a medianoche, ni del ruido de la ducha, ni de que se metía en la cama. Sólo se sorprendió, de madrugada, cuando su mano tocó unas fuertes y cálidas costillas, sin ser consciente de dónde se hallaba. Se percató únicamente de que estaba oscuro, de que no estaba solo en la cama y de que alguien le estaba impidiendo escapar de allí. Pero estaba tan cansado que el sueño terminó por tumbarlo, volvió a dormirse sin pensar en

nada más.

CAPÍTULO 6

—¡Vamos Alvin!, tienes que levantar el letrero para la izquierda —
Instruyó Edward, hoy era un buen día, el inicio de clases no era el día más feliz para muchos, pero a Edward le encantaba el instituto, sus amigos, su escuela, su club. Para Edward el club de teatro era su vida. Y este último año del instituto estaba más que dispuesto a que fuera el mejor año de su vida. Se graduaría dejando su huella en la historia de esta escuela.

—Con un letrero de dos metros, esperas ganarle al club de futbol —
Edward se giró para enfrentar al chico que le había hablado. Era el capitán del equipo de futbol americano, Maxwell, el chico más arrogante de la escuela. Muchos le tenían miedo, pero Edward...

—Estoy seguro de que les ganare —dijo con una sonrisa, Maxwell no sonrió, jamás sonreía.

—Suerte con eso —dijo el chico alejándose, Edward no le permitiría eso, le dijo a Alvin que asegurara bien los lazos para que el letrero no cayera, y se dirigió a perseguir a su otro amigo. Nadie comprendía como él, que era tan optimista, alegre y vivaz podría ser amigo de alguien tan sombrío como Max Hamond.

—Oye, espera —Edward tuvo que correr para alcanzarlo justo antes de que entrara en el edificio administrativo. Se colocó enfrente de él para que dejara de avanzar, Max clavó su oscura mirada en él. —Hola —dijo Edward sonriendo. Max enarco una ceja

—Hola —contesto seriamente en un tono como diciendo “Ahora que rayos quiere este loco”

—Hace más de tres semanas que no te veo ¿Cómo estás? —No sabía mucho sobre la vida de Max, pero sabía que el chico en vacaciones de verano trabajaba para ayudar a su abuela. Lo que volvía imposible que Max se reuniera con ellos para ir a las fiestas que hacían entre amigos, ni siquiera pudo ir al campamento de un mes atrás.

—Bien —Max murmuró —Tengo prisa....

—No —Edward le impidió el avance, así era Max de malhumorado. Pero Edward poco a poco estaba haciéndolo cambiar. —Se supone que ahora tú debes preguntarme como estoy, es la ley de la cortesía —Max rodo los ojos.

—No tenemos tiempo para esto....

—¡Anda! Haz un esfuerzo —Insistió Edward. Max era un chico rebelde que no aguantaba tonterías de nadie. Pero con Edward era diferente. Max suspiró derrotado.

—Hola Eddy, ¿Cómo estás? —preguntó seriamente. Edward sonrió ampliamente

—Bien, gracias—le guiño un ojo—Ahora debemos marcharnos o llegaremos tarde al auditorio —se rio ante el gruñido malhumorado de su amigo. Pero estos momentos eran los que valían la pena. Aunque muchos no lo supieran Max valía la pena, como amigo, como persona y tal vez como algo más....

Edward se despertó. Los rayos del sol se filtraban por las cortinas, y supo que estaba solo en la inmensa cama. Se frotó los ojos con fuerza ¿Qué hora era? No recordaba haber dormido tanto en su vida.

La puerta del baño se abrió y apareció Maxwell haciéndose un nudo de la corbata. Bien vestido con un traje impecable, parecía de pies a cabeza, el típico ejecutivo, aparte de poseer un atractivo enorme para la paz espiritual de cualquier hombre o mujer.

—¿Qué hora es? —preguntó, Maxwell se detuvo y lo miró.

—Temprano, vuelve a dormir —Edward lo estudio unos segundos no sabiendo que decir, ¿no le reclamaría por no aparecer anoche en su estudio como lo había ordenado? —Tengo un desayuno de trabajo, volveré más tarde, puedes quedarte hasta tarde en la cama o ir de compras, Warren te llevara.

—¿Trabajas en domingo? —se arrepintió de haber preguntado, esto era un negocio, no eran pareja de verdad, así que no debería de importarle lo que Maxwell hiciera o dejara de hacer.

—Tengo varios pendientes que atender si quiero irme de luna de miel por cuatro días —comentó con aire serio, pero algo muy peligroso brillo en su mirada. Edward se volvió de lado en la cama y se tapó con la sabana. Era un gesto infantil. Pero era lo único que podía hacer para manifestar su desprecio hacia este acuerdo. Escucho los pasos de Maxwell acercarse a su lado de la cama. Colocó algo en la mesilla de noche —Es tu nuevo teléfono móvil, los números importantes están registrados —Edward lo miró con recelo

—Ya tengo un móvil, no hace falta.

—Hasta el lunes llegara tu nueva tarjeta de crédito, he dejado la mía en mi estudio junto con algo de efectivo por si decides salir a algún lado o comprar algo —Edward se acurrucó más bajo la sabana, la verdad era que esta cama era muy cómoda y se estaba comenzando a adormilar de nuevo.

—¿No temes que me fugue? —la pregunta le salió con más ligereza de la que pretendía. Ya que el sueño lo estaba venciendo. Bostezó.

—Te advierto que no llegarías muy lejos —escuchó el tono de amenaza en la voz de Maxwell y le creyó, después de todo lo que estaba pagando económicamente por él, además de estar soportando todas sus guerras de palabras dudaba de alguna manera que Maxwell lo dejara marchar tan fácil.

—He hecho un trato —susurró adormilado —No es como si tuviera muchas opciones ahora. “*Tu dinero por mi culo*” trato es un trato —al instante siguiente la sabana fue arrancada de su cuerpo, en un solo movimiento estuvo extendido boca arriba sobre la cama con los brazos sujetos sobre la cabeza y todo el cuerpo de Maxwell extendido sobre él.

—¿Sabes lo que pienso? —Maxwell murmuró sujetando ambos brazos con una mano y la otra la enterró en el cabello de Edward, lo obligo a mirarlo directamente a los ojos tirando firmemente, pero sin hacerle demasiado daño, sus caras estaban a pulgadas de distancia. Edward tragó, su boca muy seca. Su polla reacciono ante el cuerpo firme sobre él. <<*es una erección matutina*>> se dijo a sí mismo.

—¡Suéltame! —susurró. Por supuesto que él no le hizo caso.

—Sigues diciendo que hago todo esto solo por tu culo, ¿Por qué te importa? Después de todo obtienes un beneficio tú también... no es como si no te gustara lo que se hacer con ese culo tuyo —Maxwell tiró de su pelo, tirando de la cara de Edward más cerca —¿Lo recuerdas cariño? ¿recuerdas todo lo que te gustaba que te hiciera? —Edward sintió su cara volverse caliente.

—Aléjate de mí —intentó luchar, pero fue inútil

—Yo creo que sí lo recuerdas muy bien, lo deseas, y prefieres fingir que me odias para no sentir culpa—dijo Maxwell, presionando su frente contra la de Edward—. Creo que realmente quieres que te joda de nuevo, pero estás demasiado avergonzado para admitirlo. Quieres provocarme para que te joda y luego poner toda la culpa sobre el malvado y cruel Maxwell.

—Que te jodan —Edward dijo entre dientes, su ira volviendo con toda su fuerza. Quería hacer daño a Maxwell. Dios, quería hacerle daño tan mal,

quería hacerle comer sus palabras y humillarlo completamente.

—Ni siquiera puedes con tus propias acciones —dijo Edward, respirando con fuerza contra la boca de Maxwell —Prefieres culpar de todo a los demás antes que admitir lo que verdaderamente quieres y luchar por ello —Maxwell lo empujó hacia atrás y cerró de golpe sus bocas juntas. Edward lo mordió. Maxwell gruñó y mordió su labio de vuelta. Edward lo mordió de nuevo, queriendo hacerle daño. Dios, esto era pura locura, la ira chocando con la excitación embriagadora y haciendo a su cabeza girar con deseos contradictorios. Quería matar a Maxwell, quería estrangularlo, quería joderlo y ser jodido, duro y sucio, hasta que ninguno de ellos pudiera recordar sus nombres.

Edward no estaba seguro de en qué punto su concurso de mordidas se convirtió en hambrientos besos profundos, pero pronto estaba gimiendo y tirando a Maxwell sobre él, con las manos acariciando su ancha, musculosa espalda, sus uñas romas excavando mientras sus bocas se moldeaban en la contraria, en un beso caliente, necesitado. Ambos gemían y gruñían, retorciéndose sobre la cama y empujando y tirando el uno al otro más cerca. Edward no podía recordar la última vez que quiso algo tan mal que su cuerpo temblara de deseo. Estaba casi llorando con la necesidad de tener, tomar, joder.

Pero tan rápido como había empezado este ataque, terminó. Maxwell se puso de pie dejándolo sobre la cama jadeando y excitado. Edward lo miró confundido.

—Tengo que irme —dijo Maxwell acomodándose la ropa, si fuera otro diría que el hombre rudo no era inmune a lo que acababa de pasar, pero su rostro decía lo contrario, en serio Maxwell debería tener algo importante que hacer si había logrado controlarse tan bien, a pesar que el brillo en sus ojos y el bulto en sus pantalones delataba lo mucho que deseaba joder a Edward — Te veré más tarde —y con esas últimas palabras salió a toda prisa de la habitación.

CAPITULO 7

Como ya era costumbre de Edward <<Al menos en las últimas cuarenta y ocho horas>> Deseaba correr. Correr muy lejos y esconderse. Apenas habían transcurrido menos de veinticuatro horas que había vuelto a encontrarse con Maxwell Hamond después de varios años y ya estaba mentalmente y físicamente exhausto, no quería ni imaginar de como sería su vida por los siguientes dos años. Después de que Maxwell se marchara esa mañana, Edward se había quedado en la cama, pero después no quiso que Elena pensara que era un holgazán, se levantó, arregló la recámara y se quedó sin nada que hacer, el desayuno le fue preparado por Elena y Warren se ofreció a llevarlo de compras. Por orden de Max. ¿esa sería su vida ahora? Maxwell ordenaba y el obedecería. Tal vez podría soportarlo, al menos no tenía opción en ello, como no tenía opción en soportar a los amigos de Maxwell. Por la tarde había llegado Maxwell acompañado de Tadeo Russos, trabajaron un buen rato en su despacho hasta que llegó la hora de la cena y si ayer había tenido la impresión de que el abogado no lo toleraba, hoy le quedaba más que claro. El hombre era cortés con Edward. <<Cortes, frío y distante>>. El hombre lo odiaba y Edward temía que la razón era que esos dos, eran o fueron amantes. Porque la cercanía y la complicidad de ambos hombres era obvia para cualquiera, durante su tiempo en el instituto y la universidad, Edward había sido testigo de que Max no era el típico hombre que hiciera amigos fácilmente, Max siempre tuvo compañeros de clases, compañeros de equipo o compañeros de trabajo, nunca amigos. Incluso su compañero de habitación durante la universidad en una ocasión le comentó que era muy complicado vencer las barreras de Maxwell, ya que él era reservado y no muy sociable, además de que Maxwell siempre exigía demasiado de las personas que lo rodeaban.

Pero al parecer eso había cambiado con los años, Max y Tadeo parecían llevarse bien. Bastante bien en realidad. ¿debería de preocuparse por eso? Frunció el ceño, lo que Maxwell hiciera o no hiciera con su abogado no era su asunto, en el acuerdo prenupcial no había ninguna cláusula que dijera que serían fieles.

Maxwell parecía ajeno a la incomodidad de Edward y al desagrado de

Tadeo por él. Habían llegado con la intención de revisar unos asuntos pendientes y simplemente fue natural suponer que el hombre se quedaría a cenar, debería de estar agradecido porque no se quedaría a solas con Maxwell, pero no lo estaba. El abogado no le agradaba nada. Lo hacía sentir incomodo y fuera de lugar, el hombre era elegante, estaba cómodo en la casa de Maxwell, lo que no era fácil Edward.

Muchos años atrás Edward dejó de ser refinado o de preocuparse por los modales y las apariencias, no las necesitaba en su nueva realidad, y ahora en ese momento con esos dos hombres no podía dejar de sentirse intimidado. Jamás había sentido su autoestima tan pequeña como en ese momento. Intento recordar todo el daño que pudo haberle causado a Maxwell para que decidiera vengarse de él de esa manera. ¿Por qué él? ¿Por qué no Tadeo? O cualquier otro, viéndolos conversar desde el sofá, Edward se daba cuenta que ambos hombres se llevaban muy bien. Tadeo era elegante, refinado, culto, apuesto. Sería mejor pareja para Maxwell que Edward.

Antes de que Elena anunciara que la cena estaba lista, Maxwell fue a buscar una nueva botella de vino, los tres minutos que tardó en ir a buscarla, Tadeo y Edward se quedaron en el salón sin saber que hacer. Edward en el sofá de una sola plaza y Tadeo junto a la chimenea artificial. El silencio fue algo incomodo

—¿Está casado señor, Russos? —preguntó Edward, ni siquiera supo que lo impulsó a hacerlo. No tenía por qué ser cortés con el hombre y no era una pregunta de cortesía, estaba intentando averiguar que terreno estaba pisando.

—No lo estoy, desgraciadamente no todos tenemos la suerte de encontrar a la persona adecuada —fue toda la respuesta del abogado antes de que Maxwell regresara.

—¿De que hablaban? —preguntó Maxwell destapando la botella y sirviéndole vino primero a Edward.

—De lo maravilloso que es el matrimonio —dijo Edward con sarcasmo esperando que Maxwell terminara de rellenar su copa. Decidió disfrutar del vino.

—Ya veo —comentó Maxwell mirándolo intensamente, sus ojos lo estaban severamente reprendiendo por sus palabras sarcásticas, Edward no le importó, se llevó la copa a los labios.

—Efectivamente —dijo Tadeo acercándose para que Maxwell le sirviera más vino —Debe ser maravilloso el matrimonio, es el sueño de todo hombre,

una casa llena de niñas, dos perros y un gato —Edward se atragantó y escupió de golpe todo el vino que tenía en la boca, empapando a Maxwell y su camisa blanca. Al ver lo que había hecho, se asustó y soltó la copa, que se rompió en mil pedazos al chocar contra el suelo manchando el sofá, la alfombra, los pantalones de Maxwell y todo el suelo de madera roble. Maxwell se limpió la cara y la camisa mientras maldecía en voz alta. Muy alta. Edward saltó del sofá, se arrodilló y empezó a recoger los trozos de cristal roto.

—Déjalo —Escucho la voz de Maxwell, pero él siguió recogiendo, con lágrimas en los ojos. ¿Por qué? ¿Por qué Maxwell le había contado a Tadeo sobre sus sueños? ¿Cuántos más de sus recuerdos pisarían estos hombres?

—¡Que lo dejes! —repitió Maxwell más fuerte, Edward se pasó los trozos de cristal de una mano a otra y siguió con su tarea. Parecía un cachorro arrastrándose patéticamente por el suelo con una pata herida.

—¡Para! ¡Por el amor de Dios, Edward, para! Te vas a cortar. — Maxwell se escuchaba estaba furioso, y Edward no entendía porque, ya que el único que debería de sentirse traicionado aquí era él. ¿Cuántos de los bellos momentos que vivió con Maxwell sirvieron para que Tadeo se burlara? Agarrándolo por los hombros, Maxwell lo levantó y lo obligó a soltar los trozos de cristal en un cuenco con hojas y frutos secos que había sobre la mesilla de café, antes de conducirlo hasta el cuarto de baño cerca del estudio. En ningún momento Edward miró a Tadeo. No podía hacerlo, se sentía tan humillado.

—Siéntate —le ordenó. él se sentó en la taza del váter.

—Yo....

—Enséñame las manos —Entre las manchas de vino, Edward distinguió algunas gotas de sangre y alguna esquirla de cristal clavada en la palma. Arrugo la cara, se veía muy mal, aunque no sentía ningún dolor, debería ser a causa del sentimiento de humillación. Sin darse cuenta comenzó a llorar. Maxwell Maldijo varias veces al ver las heridas de su mano, inmediatamente sacó un botiquín de uno de los estantes del baño

—No se te da muy bien escuchar, ¿no? —Edward parpadeó, lamentando no poder secarse las lágrimas de las mejillas con las manos. —Y tampoco obedecer.

—Estoy bien —susurró, limpiándose las lagrimas con el dorso del brazo, intento levantarse, enjuagaría las heridas en el grifo del agua, después correría a su habitación y no saldría de nuevo hasta el día que tuviera que decir

“*Acepto*” al juez.

—Te he dicho que te sientes —Maxwell lo empujó para que volviera a sentarse, eso no lo sorprendió, al menos no tanto como el hecho de que Maxwell se inclinó sobre él, y le secó las lágrimas con los dedos con delicadeza. En cuanto lo rozó, notó un estremecimiento y la sensación de que su piel le resultaba familiar. Por un instante fue transportado a varios años atrás, a cientos de noches donde Maxwell lo consolaba...

Lo mimaba...

Lo amaba...

Pero ya no era el caso. Aun así. Maxwell le limpio las lágrimas con mucho cuidado, casi cariñosamente y cuando le hubo secado las lágrimas, le sujetó la cara entre las manos y le levantó el rostro hacia él. Durante largos segundos se observaron a los ojos, Edward tuvo la impresión de que Maxwell quería decirle algo, pero no lo hizo. Cuando liberó su rostro, se apartó rápidamente y empezó a limpiarle las heridas.

—Gracias —murmuró Edward, agradeciéndole el cuidado con que estaba retirando los trocitos de cristal. utilizó unas pinzas y no dejó ni un milímetro de piel sin examinar.

—Tienes que aprender a tener más cuidado —Cuando se dio por satisfecho con el resultado, echó yodo en una borra de algodón. —Esto te va a doler un poco —Edward permaneció inmóvil e intento ser valiente, no era muy bueno soportando el dolor. —Ya está —dijo Maxwell malhumorado, limpiándole los últimos restos de sangre—. Curado.

—Siento haber roto la copa, la repondré mañana—Dijo mientras miraba a Maxwell guardar las cosas en el botiquín. Él hizo un gesto con la mano, quitándole importancia.

—No tiene importancia, tenemos muchas copas de sobra—Maxwell podría permitirse perder toda una docena de copas sin que resultara mucho problema, eso estaba claro, pero no era el punto. Aun así, Edward estaba aun avergonzado.

—Lavare tu camisa por lo menos —insistió. Maxwell bajo la mirada hacia su ropa, dándose cuenta por primera vez que su camisa blanca y costosa estaba irremediablemente inservible, ni el mejor detergente o la tintorería más prestigiosa podría quitar esa mancha.

—Olvídalo, no importa —Maxwell lo miró por sobre el hombro — Adelántate al comedor, iré a cambiarme la camisa —Edward estuvo a un

instante de protestar, no quería cenar, mucho menos hacerlo con Tadeo, pero Maxwell no le dio oportunidad a negarse, salió del baño dejándolo solo. Edward suspiró, quería irse a su habitación, pero no quería que Tadeo pensara que estaba huyendo.

En el cuarto de baño se tardó más de lo necesario. Recordó el tiempo en el que él tenía la seguridad en sí mismo de enfrentarse a quien fuera, jamás le importó lo que los demás pensarán de él, ni mucho menos se deprimía por cualquier cosa. Ahora mismo su autoestima y su amor propio estaba escasamente en su sistema.

Cuando al fin consiguió el valor para salir del baño, se encaminó hacia el comedor, pero se detuvo al ver que Maxwell y Tadeo seguían en la sala de estar, estaban uno frente al otro, ni demasiado cerca ni demasiado lejos, ambos se miraban intensamente, al primer vistazo cualquiera diría que era un encuentro apasionado de miradas entre dos amantes, pero viéndolo más atentamente Edward se dio cuenta que en realidad ambos hombres parecían furiosos el uno con el otro. Pero no entendió por qué y tampoco intentó averiguarlo. No era su asunto. En ocasiones la mejor estrategia era la retirada. Así que decidió seguir su camino hacia la cocina, pediría a Elena un té.

El resto del lunes y el martes, fueron casi la misma rutina, Maxwell mayormente trabajaba todo el día con el pretexto de dejar todo listo para irse de viaje, Edward intuía que Maxwell hacía eso para evitar mayores confrontaciones hasta el día de la boda, le estaba dando extrañamente ese tiempo para que se adaptara al cambio, le hacía llamadas durante el día y le aseguraba que cenarían juntos, Edward simplemente evitaba al hombre yéndose a dormir lo más pronto posible. ¿cobardía? Seguramente sí, estaba inútilmente aplazando el momento de su sentencia el mayor tiempo posible. Era una estupidez, lo sabía, pero mientras pudiera correr, lo haría. No era que sus distracciones pudieran detener de cualquier forma a Maxwell para avanzar en su cama. Pero durante esos tres días, no lo había hecho. Dormían en la misma cama, pero Maxwell no había intentado nada más.

En esos dos días se dedicó a vagar por la ciudad haciendo compras, él no deseaba comprar nada, pero Warren siempre tenía una lista en la mañana con las cosas que tenían que hacer, prácticamente eran ordenes silenciosas de Maxwell ya que sabía con anticipación que Edward no movería ni un solo

dedo para preparar su dichosa boda.

Además de eso, Edward había ido a su trabajo a presentar su renuncia, se había reunido con Samantha para desayunar y le había contado sobre su inminente matrimonio. Él no era buen mentiroso, pero trato de ocultar las partes feas, no le conto que estaba siendo obligado a esto, pero su amiga era muy intuitiva y le dijo que algo le parecía mal en todo eso. Edward trato de tranquilizarla y decirle que solamente eran nervios y dudas normales, ya que ellos habían tenido una relación en el pasado y habían terminado y ahora que lo volvían a intentar no sabía cómo resultaría. Ella no le creyó del todo, pero se tranquilizó. Edward la invito a la ceremonia y sería la única invitada de su parte. Ni su hermano ni su padre estarían presentes.

Otro de los problemas que había tenido esos días, fue que recibió una llamada de su hermano a la casa de Maxwell, el ama de llaves fue quien contesto y le informo que Edward no se encontraba a pesar de que él estaba justo enfrente de ella en la cocina tomándose una taza de té. Su hermano estaba tan furioso y gritaba tanto que Edward alcanzo a escuchar alguna de las cosas que dijo por teléfono. *Lo llamó mal hermano, un hipócrita, que después de que había conseguido este valioso trato para que él estuviera mejor, Edward le había dado la espalda. Que Maxwell era un mentiroso de mierda, y que no pago el dinero que había prometido por conseguirle el culo de Edward.*

Según la mente retorcida de su hermano, gracias a él, ahora Edward era rico y él merecía una recompensa por todo esto. Edward debería de estarle agradecido, rio irónicamente, era verdad que por ellos estaba metido en este lio, pero deberían de pensar que todo era gracias a que estaban en la ruina y él se estaba vendiendo para salvarlos a ellos. Pero claro. No se podía razonar con su familia, jamás pudo.

También habían llamado de la residencia donde su padre había sido trasladado, le informó la encargada que su padre quería verlo. Pero Edward no, así que le dijo a la enfermera a cargo de los cuidados de su padre que en cuanto tuviera tiempo iría. Pero no lo haría.

—¿Tiene mucho tiempo de conocer a Maxwell? —preguntó Edward al abogado, el martes por mañana Maxwell le había llamado y le había dicho que tenía que pasar al despacho de Tadeo a firmar la licencia de matrimonio para el día de mañana y tenía que ir a un laboratorio clínico para la realización de los análisis médicos que el Estado pedía para el matrimonio. Cuando vio a Tadeo esa mañana, temió que el hombre sacara a relucir el incidente que había

ocurrido con el vino, pero el hombre no dijo nada, se limito a tratarlo con profesionalidad, lo cual era aun mas inquietante.

—Algún tiempo —contesto el hombre al mismo tiempo que le entregaba unos documentos más para que también los firmará —Yo era nuevo en esta firma de abogados cuando él irrumpió en mi puerta y me convenció de creer en él y sus planes de inversión —Tadeo se encogió de hombros —No muchos le habían tomado en serio, era joven y apenas y tenía lo suficiente para comenzar su negocio.

—Pero a usted lo convenció —Tadeo rio como si hubiera recordado algo.

—Había algo en él que me hizo creerle, estaba convencido de que lograría cumplir lo que se proponía, al parecer tenía una buena razón para tener éxito.

—¿Cuál razón?

—No lo sé —contesto el abogado mirándolo fijamente —Pero fuera lo que fuera lo que lo impulso a arriesgarse, funciono, le demostró a todos que él era capaz de lograr lo que se propusiera, nunca me he arrepentido de haberle dado el beneficio de la duda —Edward estudio al abogado, él hombre no podía ser mayor que él, era joven, pero a pesar de su juventud, era fácil darse cuenta que era un buen profesional, su despacho era elegante y era el jefe de la firma. Si era verdad lo que le estaba contando, no solo el imperio de Maxwell fue creciendo, también Tadeo fue beneficiándose. ¿Habrían trabajado juntos al margen de la legalidad? O ¿actuado ilegalmente como había afirmado su padre que Maxwell era un ladrón embaucador? Que Maxwell Hamond hubiera alcanzado la cima del éxito no era un hecho desdeñable.

—Tú no estas de acuerdo con esto que Maxwell está haciendo ¿cierto? —Edward no necesitaba una afirmación, tampoco era que quisiera tener esta confrontación con este abogado.

—No te preocupes —dijo Tadeo desviando la mirada hacia su ordenador —Él jamás ha hecho caso de los consejos que le doy —Esa afirmación no le sorprendió, estaba claro que Tadeo intento convencer a Maxwell de no casarse y no hacer nada esto. La pregunta era ¿Por qué? Sin un acuerdo verbal, ambos dejaron la conversación de lado, Edward tenia millones de preguntas, pero por su propia seguridad mental, mejor decidió no hacerlas. Tadeo entro en su papel de abogado y se dedicó llanamente a explicarle lo que tenía que explicarle.

Para mal gusto de Edward, el miércoles llego demasiado rápido, el juez que presidió la ceremonia, no tenía personalidad alguna y la voz del hombre,

al pronunciar las palabras acostumbradas, estaban desprovistas de emoción. Edward se preguntó cuántas veces al día repetiría esas mismas frases. Tal vez las había memorizado y, lo más seguro, era que debía estar aburrido con un trabajo tan tedioso.

La ceremonia fue sencilla y en la casa de Maxwell, hubo pocos asistentes, la mayoría eran amigos de trabajo y conocidos de Maxwell, al final su amiga Samantha y su esposo no habían podido asistir, ya que la ceremonia se realizó a una hora en la que ambos trabajaban. De la Familia de Maxwell tampoco asistió nadie, ya que solo tenía a su abuela y ella en ese momento estaba de visita en casa de una hermana en España, Maxwell le aseguró que pronto irían de visita. El testigo de Maxwell fue Tadeo y como Edward no conocía a nadie, decidió pedirle el favor a Elena, la cual encantada aceptó.

Y así de simple, se convirtió Edward Burks- Hamond. Edward se miró la mano, el anillo de platino que Maxwell deslizó en su dedo durante la ceremonia, era ancho, y le pareció que se parecía a un grillete en miniatura.

A pesar de lo informal del acto, Maxwell habían insistido en que Edward se vistiera adecuadamente para la ocasión, con un esmoquin color negro, no podía esperar el momento para arrancarse la pajarita, la maldita cosa lo estaba asfixiando, con la mirada busco por la sala a su nuevo marido, Maxwell estaba cautivador, no había una palabra más adecuada para describirle. Desde los zapatos hasta el traje de corte impecable, tenía todas las características de un exitoso hombre de negocios, brindando una imagen de dinámica masculinidad.

Había muchos invitados a los que fue presentado, uno por uno, por lo que, al terminar, la sonrisa cortés que logró dibujar en sus labios, se había convertido en una máscara. La comida fue deliciosa, cada plato era un exquisito complemento del que le había precedido y, mientras tanto, el champán fluía sin cesar. No había duda de que era una alegre ocasión.

Ellos constituían el centro de atención y Maxwell aparentó ser un atento esposo en todo momento. Nunca se alejó de su lado y si Edward no hubiera sabido la verdad, se habría sentido cautivado por su sonrisa, por el frecuente contacto de una mano en su cintura o en su mano. Pero sólo él conocía, además de Tadeo, Elena y Warren, el siniestro motivo que ocultaba en ese diabólico matrimonio. Pasaron las horas, hasta que llegó el momento de partir. Edward estaba cada vez más nervioso, a pesar del esfuerzo que hacía por no demostrarlo y no soportaba saber que Maxwell se daba cuenta de su agitación.

El cinismo que veía en sus ojos, era una burla a su deseo de huir, asegurándole, en silencio, que no podría hacerlo. Esa noche lo poseería completamente, con su consentimiento o sin él.

—Es hora de irnos —Edward levanto la cabeza y miró a Maxwell a través del espejo. Acaba de escaparse del salón, pero ni en su recámara Maxwell le brindaría dos minutos de paz y tranquilidad.

—Los invitados no se han ido.

—Tadeo se hará cargo.

—Dices que ese hombre es solo tu abogado, pero para mí que trabaja más allá de sus funciones, ¿también es tu amante? —si de algo se había dado cuenta estos días era que el abogado estaba muy unido a Maxwell, para todo recurría a él y Tadeo hacia todo lo que Maxwell decía sin objetar. Maxwell lo miró fijamente antes de dar unos pasos hacia él. Edward se tensó.

—¿A caso este celoso, cariño?

—Yo no te quiero —se apresuró Edward a decir. Comprendió su error demasiado tarde.

—Ten cuidado, cariño, en una de esas pensare que sigues sintiendo algo por mi.

—Vete al infierno —Edward intento golpearlo, pero Maxwell fácilmente esquivo su golpe, lo atrajo pesadamente contra su cuerpo y cerró sus bocas juntas. Gimiendo, Edward agarró el pelo de Maxwell y tiró de él más cerca, abriendo la boca, ansioso, tan condenadamente ansioso. Dios. Los labios de Maxwell estaban calientes y ásperos, sus besos enviaron escalofríos por la columna vertebral de Edward. Los labios de Maxwell sabían a resentimiento, ira y algo primitivo. Era el beso más profundo, más salvaje que había tenido. Maxwell le dio un beso como si él lo odiara y lo ansiaba, la boca como un hierro de marcar, abrasando sus labios y agitando sus sentidos en un frenesí de deseo embriagador y necesidad. Él quería, necesitaba, los labios de Maxwell en todas partes, en todo el cuerpo, que aspiraran en su cuello, sus pezones, su pene, entre sus mejillas...

Como si hubiera leído sus pensamientos, la boca de Maxwell se trasladó a su cuello, mordisqueando y chupando. Edward abrió la boca, los ojos rodando hacia la parte posterior de su cabeza. Probablemente debería parar a Maxwell, nunca había sido fan de la gente que le marcaba, pero no pudo. Su cuerpo se negaba a obedecer a su cerebro. Edward clavó las uñas romas en la nuca de Maxwell.

Escucharon que llamaron a la puerta de la habitación, La boca de Maxwell se quedó inmóvil, sus hombros endureciéndose. Se apartó lentamente. Respirando con dificultad, se miraron el uno al otro. Las pupilas de Maxwell estaban tan dilatadas que sus ojos parecían oscuros.

—¿Qué sucede, Warren? —dijo Maxwell, ¿Cómo sabía que era él?

—El coche está listo, señor —informó Warren a través de la puerta

—En seguida salimos.

—Si señor.

—Ya escuchaste, hora de irnos —Edward tomó una respiración profunda, calmante. Por lo menos se suponía que era calmante.

—Te odio —susurró—Te odio —repitió con más firmeza.

—No me importa —dijo Maxwell en voz alta sujetándolo del brazo —El show debe continuar —dijo arrastrándolo fuera de la habitación.

CAPÍTULO 8

Aproximadamente tres horas y media después de la boda, salían en una lujosa limosina del aeropuerto, rumbo al hotel en el que se hospedarían por cuatro días. Edward nunca tomó interés a donde viajarían, pero Maxwell había cumplido su palabra, eso de verlo en bañador había ido en serio y ahora estaban en las Bahamas.

Las últimas horas Edward había estado en modo automático, después de su pequeña discusión en la habitación, Maxwell lo había arrastrado fuera para despedirse de los invitados, todo estaba preparado para comenzar su viaje, lo único que tuvo que hacer fue caminar y sonreír. Segundos después bajo una nube de confeti, arroz y buenos deseos corrieron hasta la limosina aparcada en la puerta fuera del edificio. El resto del camino lo hicieron en silencio, no hablaron en el trascurso hacia el aeropuerto, ni en el vuelo, y mientras más se acercaban al hotel, más aumentaba la tensión de Edward, manifestándose como un dolor que comenzaba en el vientre y se extendía por todo el cuerpo. Hubo un momento en que pensó si sería preferible saltar del coche en movimiento, a sufrir las consecuencias de lo que le esperaba. Después se golpeó mentalmente por andar pensando estupideces, no iría a la horca, lo hecho, hecho estaba y más valía aceptarlo. Dos años. Solo dos años tendría que estar atado a Maxwell y después podría regresar todo a la normalidad.

—Estás muy callado —dijo Maxwell mientras eran conducidos por el lobby del hotel rumbo a su cabaña privada cerca del mar.

—¿Quieres una conversación brillante, Maxwell? —Contesto Edward a su lado, había estado fingiendo todo el día estar feliz delante de los amigos de él, ya no le quedaban fuerzas.

—No, pero estamos en un lugar paradisiaco, cualquiera podría sentirse emocionado, según dicen, el sol, la playa y el mar sacan lo mejor de una persona —hizo una mueca a través de sus gafas oscuras —Creo que me siento estafado con esta propaganda —Edward enarco una ceja, ¿acaso había intentado hacer una broma? Por un segundo, solo por un miserable segundo le pareció ver aquel hombre del cual se había enamorado.

Edward desvió la mirada, debería de alejar esos pensamientos, no era bueno sumarlos a su ya de por si momentos de tensión, todo el tiempo en el

auto del departamento al aeropuerto, el tiempo de viaje en el avión hasta Miami, también los minutos que estuvieron en avioneta que los trasladó a la isla, lo hicieron en silencio, y todo el trayecto hasta aquí hicieron que Edward fuera aún más consciente de la presencia masculina y del deseo que iba invadiendo lentamente su cuerpo. No debiera ser así. No quería sentirse así. Ni que lo poseyera sexualmente. Había tenido demasiado tiempo para pensar y recordar cómo había sido entre ambos, y lo que seguramente sucedería una vez que llegaran al hotel, era difícil no pensar en eso y en lo que sucedería en su tiempo de matrimonio, el sexo estaba dentro del trato, y ya sabía cómo era entregarse a este hombre, recordaba los vividos detalles de su tiempo juntos, de todo lo que él le había enseñado, Maxwell había conseguido que sólo lo deseara a él y se entregara por completo a él, había conseguido que Edward lo deseara en su forma más primitiva. Pero no todo involucraba sexo, había mucho más que eso, al menos lo hubo. Lo que hubo entre los dos fue más que magia sensual, No era simplemente sexo.

<<Deja de pensar estupideces>> se reprendió, aquello era el pasado. En aquellos momentos, debido a las circunstancias, no tenía más remedio que establecer un futuro con Maxwell Hamond:

Vivir con él.

Convivir con él.

Acostarse con él.

Un escalofrío le recorrió la espalda. ¿Cómo iba a sobrevivir en un matrimonio sin amor? Mientras entraban en la cabaña, Maxwell se aflojó la corbata y Edward observó que se quitaba la chaqueta y se la echaba al hombro. ¿Por qué el hombre se las arreglaba para que más mínimo gesto fuera tan sexy? Negó con la cabeza y decidió prestarle atención al gerente que les estaba mostrando la que sería su suite por los próximos cuatro días, la cabaña estaba dividida en tres zonas, con un salón enorme, una amplia cocina y un comedor y la habitación principal, una de las paredes era enteramente de cristal, de modo que podía ver el mar desde todos los ángulos. Era hermoso y elegante.

—Tengo que consultar mi correo electrónico y hacer unas llamadas, saldremos a cenar en una hora—Dijo Maxwell sobresaltándolo, ni siquiera se había dado cuenta, en el momento en que el botones se había marchado.

—Bien —Edward contesto sin mucho ánimo. Quería negarse el salir a cenar, pero no quería comportarse como un niño berrinchudo. Caminó al

cuarto de baño, deseaba refrescarse, tal vez a si su cerebro pudiera trabajar un poco mejor.

Se desnudo y entro en la ducha, permitiendo que el agua tibia lavar4 todos sus problemas y preocupaciones, cerrando los ojos, permiti3 que sus manos recorrieran su propio cuerpo, apenas y fue consciente de lo que estaba haciendo, se sentía tan bien, que deseaba renunciar a las caricias que lentamente estaban poniéndolo duro como una piedra, tanto tiempo solo le había servido para conocerse a sí mismo y ser capaz de satisfacerse. Había conocido hombres durante este par de años sin Maxwell, pero jamás fueron buenas relaciones, no había muchas posibilidades una vez después de la primera cita, además con tanto que hacer apenas y había tenido tiempo para salir una vez cada par de meses. Estaba acostumbrado a su soledad, y le gustaba. Al menos eso era lo que pensaba.

Estaba concentrado bombeando su polla, que no escucho a Maxwell entrar en el baño hasta que fue demasiado tarde. El cuerpo de Edward se puso rígido cuando sintió unas callosas manos sobre sus nalgas. Inmediatamente libero su polla, y trató de dar la vuelta, pero Maxwell lo sostuvo contra la pared, solo pudo voltear la cabeza y se dio cuenta que su marido estaba en la ducha con él completamente vestido. Tenía el rostro encendido, sus ojos oscuros estaba completamente dilatados y la forma en que la camisa blanca se pegaba a su cuerpo a causa de la humedad, le pareció absolutamente sexy. ¡Maldito bastardo! ¿Por qué tenía que ser tan bien parecido? Estaba tan jodidamente sensual que las bolas de Edward empezaron a dolerle mientras que las manos de Maxwell amansaban su culo.

—¿Qué haces aquí? —dijo Edward, y fue una pregunta muy estúpida, en su defensa diría que su cerebro no estaba funcionando con normalidad. Iba a continuar protestando, pero sus palabras se convirtieron en un gemido cuando Maxwell se arrodilló detrás de él y le dio a su agujero una larga lamida. En segundos Edward ya no control sobre su cuerpo, no podía pensar, solo sentir.

Maxwell se puso de pie y asalto sus labios al tiempo que apagaba el agua, cuando sintió su dedo urgir su agujero, Edward lo detuvo, algo dentro de él le dio valor para manifestar en palabras lo que le rondaba por la mente. Tenía que hacerlo de una vez.

—Quiero que te pongas protección cuando tengamos relaciones. —era un adulto e inconscientemente o conscientemente sabía que tarde que temprano terminarían teniendo sexo, era inevitable.

—¿Por qué motivo? —La expresión de Maxwell no se alteró, aunque parecía que la ira acechaba bajo su aparente control.

—Es estúpido que tenga que explicarte por qué —Edward intento empujarlo, pero Maxwell lo aplastó contra la pared.

—¿Tienes problemas de salud? —preguntó Maxwell mordiéndole el lóbulo de la oreja.

—Yo no ¿y tú? —su respuesta había sido demasiado brusca.

—¿Acaso crees que he descuidado los principios del sexo seguro? —La idea de que hubiera estado con otros y que hubiera compartido con ellos las delicias que le había ofrecido a él era más de lo que podía soportar.

—Dudo que te hayas mantenido célibe durante los últimos años. —contestó molesto, y ni sabía porque, Edward no era tonto, y si él no había guardado celibato, aunque fuera solo con un par de hombres, no era tan hipócrita como para pensar que Maxwell hubiera permanecido pasivo.

—¿Y tú, Edward? —Pregunto Maxwell al tiempo que introdujo un dedo húmedo en su culo. Edward jadeo ante la quemadura, fue más a causa de la sorpresa que de dolor. Apretó con fuerza los antebrazos de Maxwell para sostenerse.

—No tienes derecho a hacerme esa pregunta —le sostuvo la mirada. Maxwell intento besarlo de nuevo, pero Edward se mantuvo firme a pesar de que todos sus sentidos le indicaban que debía salir de allí corriendo.

—Estoy limpio —dijo Maxwell —De no ser así, el juez no nos habría casado —Maxwell se apartó de él, su cuerpo protesto por la falta de contacto, ¡Maldito fuera! lo invadían distintas emociones, una de las cuales era una mezcla de deseo e ira. No lo deseaba. No podía necesitarlo. Pero los dictados de su cuerpo contradecían su lógica racional... y lo odiaba por eso. Sobre todo, se odiaba a sí mismo. No le dio tiempo a protestar, tomándole del brazo lo arrastro fuera del baño, iban dejando un reguero de agua por el camino, pero a Maxwell parecía no importarle en lo más mínimo, una vez en la habitación lo empujó cerca de la cama.

—Espera....

—Deja de luchar, sabes que esto pasara Eddy —Maxwell extendió una mano y le metió los dedos por el pelo, lo agarró por la nuca y cerró su boca con la suya. Evocador y tremendamente sensual, jugó con él con desvergonzada facilidad, sondeando su lengua con la suya, provocándolo hasta conseguir que un gemido saliera de su garganta. Edward trató de golpearlo en

el hombro sin resultado alguno. Sus cuerpos ni siquiera se tocaban, pero a él le parecía como si lo absorbiera, lo que convenía en inútil toda resistencia.

Sabía cómo agradarlo, con un erotismo que barría toda claridad de pensamiento hasta dejar únicamente el momento, al hombre y la necesidad de responder. Antes de Edward lo notara, Maxwell lo había empujado hacia la cama y estaba sobre él, aplastándolo bajo su cuerpo pesado.

—Te odio —dijo entre dientes antes Maxwell volviera a besarlo, una y otra vez.

—Supongo que en este preciso momento es así—contesto Maxwell en lo que se incorporaba un poco para quitarse la ropa mojada —pero estoy seguro de que este instante te odias a ti mismo todavía más. —¡Hijo de perra! Edward intento quitárselo de encima, pero Maxwell se lo impidió. Maxwell volvió besarlo y Edward luchó contra él, Edward estaba demasiado furioso como para hacerle caso

—Suéltame.

—No lo creo—Con un solo movimiento de la otra mano Maxwell sujeto sus brazos, Edward no era una frágil mujer, era un hombre que sabía defenderse, pero Maxwell era un poco más fuerte.

—¡No! —pronunció la negativa como un ruego inútil un instante antes de que la boca de Maxwell tomara posesión de la suya. Esta vez no fue una danza exploratoria, si no un juego intenso y hambriento, el preludio de mucho más de lo que Edward quería darle. Al final su cuerpo gano la batalla, Apenas se dio cuenta de que él invertía las posiciones en que se hallaban hasta que comenzó a deslizar la boca hacia pezones, saboreó uno y jugueteó con su tierno pezón y siguió descendiendo por sus pectorales, su vientre plano... Dios. Edward curvó una mano alrededor del cuello de Maxwell y metió la mano entre ellos para agarrar la polla de Maxwell.

—Si... así...—dijo Maxwell, chupando sus labios. Un fuego líquido le recorrió el cuerpo como si tuviera fiebre mientras él le proporcionaba un placer tan intenso que se puso a gritar al tiempo que movía la cabeza a uno y otro lado en un intento mínimo de controlarse. Pero le fue imposible. Maxwell se aseguró de que así fuera. Lo conocía bastante bien y sabía que puntos de su cuerpo debía presionar para que se entregara por completo.

Con el mejor cuidado de lo que se podía ser posible, Maxwell lo preparo con sus dedos haciendo tijera. Mientras no dejaba de besarlo y su polla molía incesantemente contra su muslo. No era suave o una exploración dulce. Fue

furioso y en carne viva, lleno de la frustración y el alivio reprimidos. Maxwell atacó la boca de Edward con labios y dientes, mordiendo y chupando mientras que Edward se retorció debajo de él

Cuando al fin Maxwell tuvo compasión de él, empujó dentro de Edward lentamente, Edward jadeó, su mirada ampliada y vidriosa y sus dedos clavándose en la espalda de Maxwell. Dios, la polla de Maxwell en él se sentía increíble, tan jodidamente perfecta, su circunferencia estirándolo hasta el límite, el placer mezclándose con dolor, y el dolor convirtiéndose en placer.

Con un gemido, Maxwell dejó caer la cabeza al lado de la de Edward en la almohada, y empezó a joderlo con investidas urgentes. Retorciéndose, Edward envolvió sus piernas alrededor de la cintura de Maxwell, quejidos salieron de su boca cada vez que la polla dentro de él golpeaba su próstata. No era sexo; era necesidad, algo que ambos ansiaban y necesitaban. Era sucio, rápido y descarado, un choque de cuerpos, dientes y labios, y deseo, tanto deseo que le provocaba mareo, vértigo, y desvergüenza. Sus sentidos sobre estimulados hasta el punto en que él tenía el pensamiento irracional de que podría morir si no se corría. Maxwell empujó fuerte, una y otra vez, y Edward aguantó, murmurando algo ininteligible y disfrutando entre jadeos, y las investidas calientes, perfectas, y los gruñidos de Maxwell y el conocimiento de que esto era lo que necesitaban.

Su orgasmo fue aterrador por su intensidad y Edward jaló a Maxwell más cerca mientras se corría, apretándose fuerte alrededor de la polla de Maxwell. Los espasmos eran tan potentes que podría haber caído de la cama si Maxwell no hubiera estado sujetándolo abajo. Maxwell se estrelló contra él unas cuantas veces más y se quedó inmóvil sobre él, deshuesado y pesado y tan malditamente perfecto. Edward gimió de placer, apretando sus brazos alrededor de él. El silencio en la habitación era ensordecedor.

Por un largo periodo de tiempo se quedaron así, hasta que al final Maxwell rodó fuera de él. quedaron uno al lado del otro, pero ninguno decía nada. Edward clavó su mirada en el techo. Estaba esperando en el momento en que apareciera la culpa y remordimiento por lo que acababan de hacer. Nunca llego. Entonces tuvo una gran revelación al respecto.

—Esto es todo lo que habrá entre nosotros —dijo Edward sin mirar a su compañero de cama.

—¿Estamos a punto de pelear de nuevo? —preguntó Maxwell con calma.

—No —Edward negó con la cabeza, estaba comenzando a ver las cosas de

forma diferente —Estoy amarrado a ti por dos años, aunque sigo sin comprender porque —Maxwell no contesto, ya le había preguntado en una ocasión él porque estaba haciendo todo esto, según Edward, el único que estaba invirtiendo verdaderas utilidades a este negocio era Maxwell, él le había dicho que le contestaría después. Al parecer esa noche tampoco era ese día —Nos odiamos, no te quiero y tú tampoco a mí, ya no somos los jóvenes que éramos, esto solo es un negocio.

—¿Quieres llegar a algún punto en específico? —Maxwell parecía furioso. Edward al contrario estaba demasiado tranquilo.

—No seremos amigos, ni verdadera pareja, ni siquiera tenemos las mismas amistades o intereses en común, pero... —Edward hizo una pausa, giro la cabeza para ver a Maxwell —El sexo se nos da bien.

—Es uno de los beneficios del matrimonio —dijo Maxwell

—Es lo único que tendremos en común —Su cuerpo estaba completamente saciado, la desquiciante frustración acumulada durante días finalmente desapareció. Maxwell podría molestarse por sus palabras, pero esto era la verdad.

—El sexo es una cosa tan tonta —Maxwell murmuró de repente, hasta parecía aburrido, sin esperarse el movimiento Maxwell lo sorprendió volviéndose a colocar encima de él —¿No te parece? —preguntó Maxwell, arrastrando sus labios sobre el cuello de Edward. Nunca había considerado que su cuello fuera tan sensible.

—El sexo hace que las personas se comporten estúpidamente y da una ilusión de intimidad —El tono de Edward era reflexivo, casi melancólico — Es tan estúpido —Maxwell se tensó encima de él. entonces se separó unos centímetros y lo miró a los ojos. La furia era clara en sus ojos.

—Es normal —dijo, con su voz más seca —El orgasmo generalmente produce un aumento en los niveles de oxitocina y provoca sentimientos de cercanía, intimidad... —se miraron unos segundos. Desafeándose con la mirada —Sexo ¿dices? De acuerdo —concordó Maxwell —Si es todo lo que me ofrecerás, te tomare la palabra —entonces volvió a besarlo, con furia y necesidad.

CAPÍTULO 9

Edward se estiró con languidez, sintió el tirón de músculos no ejercitados, la sensación que aún conservaba de haber tenido una relación sexual vigorosa, y cerró los ojos ante el torrente de recuerdos que le inundaba la mente. Lo seguía sintiendo dentro de él, su huella, el tacto de su boca, sus manos... La excitación sexual, el sexo embrujador e increíblemente sensual. Porque eso era lo único que había habido. Y lo único que habría entre ellos, había dejado eso claro a noche. La unión física de dos personas en armonía sexual parecía un trato justo.

Desechando sus preocupaciones salto de la cama y corrió a la ducha, agradeció que Maxwell no estuviera en la habitación, eso por lo menos le daría el tiempo necesario para recuperar la compostura y averiguar cómo manejaría el día a día a partir de hoy.

Maxwell nunca apareció y él terminó de vestirse, no sabía lo que se esperaba de él en ese momento, pero sabía lo que quería hacer, estaba en las Bahamas, y lo disfrutaría, no se preocupó por dejarle un mensaje a su “*marido*”. La palabra hasta sonaba rara para él.

Los ventanales de la habitación daban directamente a la playa, en otros tiempos le daría lo mismo, pero ahora que sabía lo que era contar centavos para vivir, se preguntó cuánto le estaría costando a Maxwell este pequeño lujo. Durante su trayecto a la playa se encontró con varios sirvientes del hotel y le preguntaban cortésmente si podían ofrecerle algo. Tenía hambre, un desayuno sería lo ideal, pero primero quería acercarse la playa, ver el amanecer.

La playa estaba desierta a excepción de uno que otro corredor que pasaba, a lo lejos alcanzaba a ver a uno que otro surfista que estaba disfrutando de las olas.

Quitándose su camina, Edward se sentó sobre la caliente arena, su mirada se perdió en horizonte, hasta que se dio cuenta que estaba estudiando con atención a los surfistas en el agua, era impresionante, sonrió, si él intentaba hacer alguna de esas acrobacias lo más seguro es que terminaría ahogado en medio del océano. Sabía nadar, le encantaba el agua, pero no era tan osado como esos hombres.

Él estaba casi por marcharse para ir a desayunar, cuando alcanzo a distinguir que conocía perfectamente el cuerpo de uno de los surfistas. Apretó los dientes. <<Por supuesto que ese bastardo sabe surfear>>

El ver los músculos de Max entre las olas, había hecho que el pene de Edward lo notara. Se giro sobre su estómago y sintió la arena raspar su pecho. Descansando su mentón en sus manos, el vio a Maxwell desaparecer y reaparecer cuando entraba en las olas.

Una buena cantidad de gente empezó o aglomerarse en la playa para ver a los hombres en el agua. Edward vio moverse a Warren. El hombre estaba parado en la paya con sus bronceadas manos en sus caderas, vigilando a su jefe, giró su rostro y encontró a otros dos hombres sospechosamente familiares. Guardias de seguridad, un signo de su nuevo estatus social. <<Que fastidio>>

La multitud empezó a hacer ruido y Edward regreso su atención hacia el mar. Su *marido* estaba montando una ola y diablos que ola. La palabra marido sonaba desconocida en sus labios. Todo era desconocido para él. Todo parecía un sueño perturbador del cual esperaba despertar pronto. Recordaba como Maxwell se había burlado de sus sueños e ilusiones. ¿Cuántas veces en la universidad no había imaginado un futuro como este? Al menos similar, ya que jamás pensó en el dinero, ni que Maxwell podría ser rico, tampoco se imaginó en la pobreza, pero si una escena donde ambos trabajaban hombro a hombro para construir un futuro. Una casa en Atlanta, empleos estables, hijos, perros y gatos. Todo el numerito. Pero Maxwell había arruinado todo eso. Ahora tenía un marido de contrato y demasiados millones fríos en cuentas bancarias.

—Él es bueno —Warren dijo caminando hacia donde estaba Edward sentado.

—Si. Lo sé —Edward agregó, Maxwell siempre había sido bueno en los deportes. Pero al mirar al hombre a los ojos se dio cuenta que Warren no estaba hablando sobre los deportes. Edward se quedó observando un minuto... pero no pudo profundizar en el tema con el hombre ya que Maxwell se aproximó hacia ellos. Maxwell se dejó caer sobre Edward y lo hizo darse la vuelta, quedando tumbado sobre su espalda con Maxwell aprisionándolo contra la arena. Entrecerró los ojos al ver su rostro y la tensión interior que traslucían sus ojos. El corazón de Edward palpito en su pecho cuando el hombre se inclinó para besarlo ligeramente en los labios, tembló, pero le echó

la culpa a las gotas de agua fría que cayeron sobre él, la mirada de Edward se fundió con la suya durante unos interminables segundos, con el intenso deseo de adivinar algo en la expresión masculina que insinuara que la pasión que habían compartido la noche anterior era algo más que buen sexo. En aquel momento, Edward recordó la sensual posesión. Sintió una explosión de excitación instintiva cuando su mente le proporcionó una vivida imagen. Él lo sabía. Edward podía adivinarlo por el brillo de sus ojos oscuros, tan cerca de los suyos. ¿Era satisfacción masculina por recuperarlo como amante? ¿O la culminación de su venganza? Sospechaba, por desgracia, que se trataba de ambas cosas.

—¿Ya desayunaste? —Pregunto Maxwell. Él negó con la cabeza. Maxwell se puso de pie con la agilidad un felino y lo sujeto de ambas manos para ayudarlo a levantarse.

—Me daré una ducha rápida, desayunarnos juntos y después podremos ir navegar en un yate —No espero la aprobación de Edward. Hicieron exactamente lo que dijo Maxwell que harían, desayunaron junto a la playa, después se dirigieron al puerto marítimo para abordar el yate. Edward estaba en piloto automático, repentinamente no tenía fuerzas ni siquiera para protestar o discutir cada cosa que Maxwell decía, cuando bajaron del auto alquilado para dirigirse por la marina, Edward no podía hacer otra cosa que mirar a Maxwell tratando de averiguar si el hombre que él alguna vez llegó a conocer, seguía ahí.

—¿Me han salido tercera cabeza repente? —le preguntó en tono burlón a través de las gafas oscuras de aviador. Maxwell lo dirigía por el muelle tomados de las manos, ni siquiera le importaba que eran hombres y que estaban llamando la atención de los demás.

—Pues aún no lo he decidido —le dijo sosteniéndole la mirada.

—Piensas las cosas demasiado —Maxwell apretó su mano —A pesar de todo, te sugiero que sonrías.

—¿Por algún motivo especial? —su marido señaló con la cabeza disimuladamente el final del puerto.

—Porque hay un fotógrafo buscando una buena exclusiva —Edward se tensó, se detuvo de repente, pero Maxwell tiro de su brazo para que continuara caminando. —Finge amabilidad.

—No pensaba hacer otra cosa... —le aseguró —En público —añadió. Sabía que este era parte del contrato, fingir ser un marido feliz a lado del

hombre que pronto se lanzaría en la política, su vida privada no existiría en un futuro inmediato. Llegó el momento de la foto, y cuando el compañero del fotógrafo observó los anillos de boda, los felicitó y se dedicó a garabatear un rato en su bloc. No era desconocido que Maxwell y él se casarían, había salido una nota de felicitación en un diario famoso en Nueva York el fin de semana anterior, una foto de ellos en su luna de miel sin duda sería muy vendida. Edward no se acostumbraría a eso de estarse cuidando las espaldas cada que saliera de casa.

—¿Ha sido un montaje, Maxwell?

—No —¿Podía creerle? ¿Importaba que lo hiciera? —Ha sido muy oportuno —continuó en tono burlón, apenas disimulado— Debes acostumbrarte, la próxima semana tenemos una cena benéfica, por un tiempo seremos la pareja que llamara la atención —Claro que lo haría. Pero conservaba recuerdos muy vívidos de la caída de su padre en la escala social. Las cenas se pospusieron, después se cancelaron, y las invitaciones fueron cada vez más escasas hasta desaparecer por completo. Los amigos de muchos años ya no quisieron que los relacionaran con su familia. Aquella experiencia le había demostrado que la vida consistía en sobrevivir en un mundo regido por la realidad.

El mar sin duda tenía un efecto relajante, la brisa marina y el efecto del agua lograron que por lo menos por un instante Edward se olvidara de sus problemas y del mundo entero.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo Edward recostado desde la tumbona en la parte superior del yate. Maxwell estaba a un costado, disfrutando del sol y estaba leyendo un libro de finanzas mientras navegaban por el mar.

—Siempre puedes preguntarme lo que sea —contestó él sin apartar la vista de su libro. A Edward le recordó a cuando estaban en la universidad, tumbados en su pequeña cama, mientras trataban de estudiar para los exámenes del día siguiente.

—¿Fuiste amante de tu abogado? —soltó la pregunta antes de poder arrepentirse, Maxwell giró a cabeza para mirarlo, buena cosa que llevara las gafas oscuras eso impedía que viera su mirada asesina. —¿Te acostaste con Warren? —preguntó al ver que Maxwell no contestó a su primera pregunta, no sabía si su silencio podría interpretarse como un sí o como un no.

—¿Por qué me estas preguntando tonterías?

—Dijiste que podía preguntarte lo que fuera —Edward miró alrededor,

estaban a solas, Warren debería de estar merodeando no muy lejos y no había mucho personal a bordo, así que no estaba preocupado porque alguien escuchara esta conversación.

—Tadeo es un gran amigo y Warren tiene la edad suficiente para ser mi padre ¿Contento? ¿O tienes más preguntas tontas? —Edward se encogió de hombros.

—Tengo muchas preguntas tontas —informó mientras alcanzaba su bebida —En la universidad pensé que sabíamos mucho el uno del otro, pero me he dado cuenta que no es así —Tomó un sorbo del refrescante liquido amargo —Varios años después, puedo decir que te conozco mucho menos, solo quería saber que terreno estoy pisando.

—Anoche aseguraste que solamente habría sexo entre nosotros, ¿Qué caso tiene que te cuente todos mis secretos? —Edward trato que no le dolieran esas palabras, pero era cierto. Entre menos personal fuera el asunto mejor.

—Si todo sale de acuerdo a tu contrato, entonces habrá un niño entre los dos —explico Edward dejando su bebida en la mesilla y enderezándose, tal vez era bueno alejarse un poco —Tal vez no quiero decirle a él o ella que soy la persona que menos conoce a uno de sus padres —Se levantó, iría a la habitación a recostarse un rato, o al otro lado de la borda. Tal vez hasta podría mejor meterse en el yacusi, todo parecía un buen plan, menos estar ahí.

Intento alejarse, pero su retirada fue frustrada cuando Maxwell lo sujetó del brazo y tiro de él hasta que lo tumbó sobre la tumbona. Colocó sus manos en ambos lados de la cara de Edward. Los ojos oscuros se clavaron en él.

—Estoy tratando de ser paciente...—dijo con los dientes apretados. Edward rio con incertidumbre.

—¿De verdad?

—Sera mejor que prestes atención y te des cuenta de inmediato —dijo Maxwell en voz baja. Edward se estremeció ¿De qué estaba hablando?

—¿Cuánta de qué? —Maxwell enarcó las cejas.

—No tendría caso que te lo dijera —dijo Maxwell. Por alguna extraña razón Edward tenía la impresión que se estaba perdiendo de algo. Algo importante al parecer, dada la intensidad con la que Maxwell lo miraba. Edward desvió la mirada.

—Deja de burlarte de mí.

—No me estoy burlando de ti —Edward se humedeció los labios con un golpe de su lengua. Maxwell levantó la mano, lo obligó a mirarlo y acarició el

labio inferior de Edward con el pulgar. —Sigues siendo tú—Maxwell murmuró. Las últimas palabras no tenían sentido para Edward, pero no tuvo mucho tiempo para pensar al respecto, Maxwell se inclinó y reemplazó el pulgar por su lengua. Varios minutos después, Edward se encontró sobre la tumbona donde cualquiera en el yate pudiera verlos, con el pesado cuerpo de Maxwell sobre él. Él estaba gimiendo mientras chupaba con avidez la lengua de Maxwell, sus manos enterradas en el cabello del hombre. No podía fingir más que no disfrutaba de esto, así que no trató de suprimir sus suspiros y gemidos de placer mientras Maxwell lo besaba a fondo.

—Eres ruidoso —gruñó Maxwell, pellizcando a lo largo de la mandíbula de Edward y por su cuello. Edward se sentía demasiado desorientado para responder y sólo lo jaló de nuevo a sus labios. Quería más besos. Necesitaba más besos. Siempre le había encantado besar, <<Besar a Max>> Maxwell lo forzó, besándolo profundamente, los ojos de Edward se abrieron cuando sintió a Maxwell sacar sus pollas de sus bañadores, para envolver su mano alrededor de sus pollas. Él se tensó.

—Alguien puede vernos.

—No me importa —Murmuró Maxwell y comenzó a acariciarlos rápidamente, besando a Edward más profundamente y más sucio. Edward no podía hacer nada más que gemir. Estaba demasiado ido para protestar. Él quería venirse. Antes de que pudiera detenerse, empezó a mover las caderas, encontrándose con los golpes de Maxwell, sintiendo la polla de Maxwell frotar contra la suya, y joder, de solo pensarlo... se besaban con desesperación. Edward enredo sus piernas en la cintura de Maxwell para atraerlo más contra su cuerpo. Podía sentir el calor que se reunía en su vientre, estaba a punto de explotar. Sintió a Maxwell gruñir, estremeciéndose mientras se corría, pegajoso calor húmedo se reunió entre ellos. Unos cuantos golpes más y Edward se corrió también, gimiendo y arañando la espalda de Maxwell. Abrió los ojos lentamente y se encontró a Maxwell ya de pie, acomodándose el bañador. Al darse cuenta de que su polla todavía estaba a la intemperie, Edward se guardó rápidamente a sí mismo y se acomodó el bañador, sus dedos temblaban.

Por un largo segundo Maxwell lo miró desde arriba, parecía que el hombre quería decirle algo, pero se equivocó, simplemente recupero el libro del suelo y se alejó sin mirarlo dos veces. Dejando a Edward, saciado, confundido y solo.

CAPÍTULO 10

Edward tomó un sorbo de vino y depositó la copa en la mesa con mano firme. Saboreó por un segundo el dulzor del líquido, hacía años que no tomaba algo de tan buena calidad. Habían regresado al hotel, y habían pasado el resto de tarde en la playa, cenado en la terraza y contemplado el atardecer, algo realmente romántico. Rio internamente. Edward miró a Maxwell trabajando desde su laptop. No había nada de romántico entre ellos, era un trato cerrado y solamente estaban disfrutando de unas vacaciones. No era nada parecido a como el recordaba sus tiempos con Maxwell. Claro que cuando estaban estudiando no podían siquiera permitirse un motel barato, pero iban a acampar cuando tenían la oportunidad o mejor dicho cuando Max no estaba realizando algún trabajo de medio tiempo, para ellos era suficiente sentarse juntos a contemplar las estrellas y comer sopa instantánea. Ahora tenían la mejor vista, el mejor de los hoteles, vino caro y comida deliciosa. Pero una atmosfera fría como el hielo.

—Si esperas que asista contigo a los eventos en la agenda necesitare un par de esmoquin más —El nuevo teléfono móvil que Maxwell le había entregado, estaba enlazado directamente con la secretaria de su nuevo marido, la cual a cada diez minutos agregaba alertas sobre eventos en los actuales asistirían como pareja.

—Puedes comprar todo lo que quieras —Dijo Maxwell sin dejar de teclear en su computadora —Ocúpate de eso cuando regresemos a la ciudad.

—Adquirir una pareja como si fuera un trofeo puede resultar caro — sugirió malvadamente, en este trato, Maxwell estaba pagando más de lo que Edward podría agregar al acuerdo, no creía que su culo valiera tanto.

—Si hubiera querido un esposo trofeo, no estarías aquí —entrecerró ligeramente los ojos. Lo que implicaban sus palabras le heló la sangre. No tenía respuesta para aquello. Dinero, dinero y más dinero. Edward tuvo una niñez desahogada financieramente, eso fue hasta que su padre comenzó a caer en deudas, en el juego y en llevarse a la cama mujeres más jóvenes que él, incluso cuando su madre todavía vivía. Pero el dinero jamás le había importado, recordaba las innumerables noches con Maxwell cenando juntos en el pequeño dormitorio de la universidad. Cenas en la que se habían dado el

uno al otro trocito de comida, ajenos a todo y a todos. En aquellos años le había entregado su alma y su cuerpo. Lo había amado. Y había creído que era correspondido. Nada importaba entonces. Hasta que intervino la realidad y todos sus sueños se vinieron abajo.

En aquellos momentos volvía a estar con el hombre que le había robado el corazón. Pero nada era igual. Esa vez, el motivo era la venganza y la conveniencia, no el amor. Para Maxwell era un trato conveniente para obtener un fin y para Edward solo era supervivencia. Volvió a su realidad cuando se dio cuenta que había estado observando fijamente a Maxwell más de lo necesario, tanto se había sumido en sus pensamientos que él había dejado de trabajar y ahora lo observaba atentamente.

—Me iré a dar una ducha —declaró alejándose rápidamente de la terraza. En el cuarto de baño, se desnudó rápidamente, desnudo se detuvo frente al espejo del baño, estudio su rostro pálido, sus ojos marrones, su cabello castaño, su cuerpo delgado sin ningún musculo en él, se estudió de pies a cabeza, pero no logro encontrar nada que le indicara porque Maxwell estaba encaprichado con él. Al final llego a la conclusión que el trato de darle un hijo, de estar casado con él y hacer todo lo que le ordenaba, era lo único que podría importarle a Maxwell, lo había comprado porque podía controlarlo, cosa que no podría hacer con otro hombre. ¡Auch! Definitivamente eso era para deprimirse.

Después de una rápida y relajante ducha, regreso a la habitación, encendió la televisión, buscó un programa interesante y se sentó a verlo. Era un documental que lo absorbió hasta el punto de perder la conciencia del paso del tiempo.

—¿No puedes dormir? —Edward dio un respingo y se volvió para mirarlo. No se había dado cuenta de que hubiera entrado ni de que se hubiera desvestido y puesto solo unos bóxeres para dormir. Miró la mesita de noche, era casi le media noche. ¿Tanto tiempo había pasado?

—¿Cuánto llevas aquí?

—Unos minutos —Maxwell subió a la cama, se colocó con la espalda recargada contra el cabezal, luego lo tomó en sus brazos con un rápido movimiento y se sentó con él en el regazo. Una postura muy conocida y muy desconocida a la vez. El corazón le dolió al recordar de nuevo los viejos tiempos.

—¿Qué haces? —trató de librarse de sus brazos, pero fracasó. Maxwell le

puso la mano en el hombro y lo atrajo aún más hacia sí.

—¿Tengo que contestarte a eso? —Durante unos minutos estuvieron así, con Edward recargado contra el pecho de Maxwell, no pudo relajarse en absoluto, no era igual a como recordaba que eran esos momentos. De repente sintió la calidez de su palma al introducirse por debajo de su camiseta para retorcer uno de sus pezones. El corazón se le aceleró, y maldijo en silencio el efecto que aquel hombre provocaba en él. Y, peor aún, era evidente que él se daba cuenta. Qué fácil sería alzar su rostro hacia el de él, acariciarle el cuello con los labios y luego buscar su boca. Dedicarse a una exploración mutua. ¡Qué estúpido! El pasado y el presente no se mezclaban. La primera vez, el amor había sido lo importante. En aquellos momentos, no tenía nada que ver. Quedarse allí sentado sin hacer nada era imposible, por lo que le agarró la muñeca para tratar de liberarse. Fue en vano.

—Tengo sueño.

—¿No estás cómodo? —Dijo Maxwell besando su oreja —No sería la primera vez que te quedas dormido encima de mi.

—No juegues conmigo—sus ojos lo miraron con furia.

—¿Crees que esto es un juego?

—¡Sí! —su ira aumentó, y lo maldijo en silencio. Lo tomó por la barbilla y lo inclinó hacia él para atrapar su boca con un beso que tuvo efectos devastadores e impidió cualquier protesta que tratara de emitir. Edward trató de darle un puñetazo a ciegas, sin resultado. Maxwell despegó la boca de la suya unos instantes para lanzarse, después, a una decidida invasión sensual, atormentándolo y acariciándolo sin descanso hasta que él cedió con un gemido casi inaudible y comenzó a responder. El resto era un borrón de calientes besos y toques, y tanta piel. Edward nunca se había sentido tan fuera del control por el deseo, incapaz de pensar, sin poder hacer otra cosa que sentir y desear. Cuando finalmente se dejó caer contra la polla de Maxwell, el profundo alivio fue abrumador. Él gimió. La plenitud, la intimidad era enloquecedora y aterradora por su intensidad. Maxwell gruñó, tirando de Edward más fuerte contra él, sus pechos rosándose entre ellos. Mirando dentro de los ojos oscuros, Edward se movió. Fue tan excitante ver los ojos de Maxwell entrecerrarse, la forma en que su cabeza se sostenía con su espalda arqueada. Edward abrió sus piernas un poco más, ajustando su postura mientras tomaba tan profunda y dulce, la longitud caliente de su marido que le quemaba de adentro hacia afuera. Miró hacia abajo en medio de sus cuerpos,

fascinado por el movimiento de sus propias caderas mientras continuaban girando en su lugar. Vio las manos de Maxwell, grandes y cálidas, y fuertes en sus caderas dirigir el movimiento como él lo quería, guiando a Edward montándolo mientras la propia polla de Edward se quedó sin ser tocada entre ellos; estaba enrojecida y gruesa, la humedad reluciente y deslizándose por su eje.

Los pulgares de Maxwell acariciaron sin pensar en sus huesos de la cadera, su lengua trazando una franja húmeda en su cuello mientras su polla extendía a Edward tan condenadamente bien. Tragándose sus gemidos, Edward empujó hacia abajo para aumentar la presión y tomarlo completamente. La sensación del estómago duro de Maxwell deslizándose contra la carne dolorida de su polla hizo a Edward gemir, y él se aferró de los hombros de Maxwell un poco más apretado mientras abandonaba las rotaciones con su pelvis y comenzaba a deslizarse hacia arriba y abajo en la polla de Maxwell, duro y rápido, con ganas de más, más profundo, más.

Tampoco podía respirar bien y ambos necesitaban todo más duro y más rápido, y pronto Maxwell estaba golpeando sus caderas para encontrarse con Edward en cada embestida, y Edward jadeaba cada vez que Maxwell golpeaba su próstata, estrellas chisporroteaban detrás de sus ojos. Maxwell gruñía, sus músculos trabajaban mientras él levantaba a Edward y lo bajaba sobre su polla, y joder, su fuerza era tan excitante, y Edward lo quería, lo quería, lo quería. Maxwell se corrió primero, y Edward lo siguió poco después, sacudiéndose su camino a través del orgasmo y hundiendo sus dientes en el hombro de Maxwell para amortiguar sus gemidos. Edward solamente era vagamente consciente de Maxwell levantándolo y poniéndolo sobre su espalda, sus párpados se sentían pesados y su cuerpo estaba lánguido con el placer.

Justo antes de que se quedara dormido, le fue imposible resistir el deseo de comprobar la capacidad de control de Maxwell y de ver cómo se dejaba ir, y esperó hasta que estuvo a punto de dormirse para comenzar a explorar su cuerpo por su cuenta. Recorrió, con caricias tan suaves como el aleteo de una mariposa, los músculos compactos de su estómago, sintió su reacción, luego subió hasta uno de los pezones y lo acarició entre el pulgar y el índice antes de arañarlo ligeramente. Halló la hendidura del ombligo y lo recorrió con el dedo antes de bajar lentamente para introducir los dedos en el vello púbico. Oyó cómo Maxwell inspiraba débilmente y sintió la reacción de su miembro, tan

fuerte y flexible. Un instrumento capaz de proporcionar un placer inmenso. Y sensible al más ligero roce. Sonrió furtivamente, pero se quedó inmóvil cuando una fuerte mano lo agarró por la muñeca.

—Te sugiero que te detengas ahí —La venganza resultaba muy agradable.

—Cariño —pronunció la palabra con tono burlón —Pero si casi no he empezado —hizo una pausa imperceptible—. ¿Es demasiado para ti? —De la garganta Maxwell salió un gemido débil... ¿o una risa ahogada? No le importaba.

—Ten en cuenta que esto sólo puede acabar de una forma —le soltó la mano. Se convirtió en una prueba de resistencia para él, mientras Edward lo provocaba y excitaba con las manos, la punta de la lengua y los dientes. Fue un delicado saludo que hizo que las manos de Maxwell recorrieran su columna vertebral como una advertencia silenciosa. Edward sostuvo con la mano sus testículos y los apretó un poco antes de recorrer su miembro en erección, largo e hinchado, con la punta del dedo, acariciar su extremo y jugar con él con implacable fervor. Se sentía valiente y travieso... se sentía bien volver a ser por un segundo el antiguo Edward, juguetón, seguro de sí mismo y dispuesto a darle tanto placer como fuera posible al hombre que amaba.

—Ya basta—Maxwell invirtió la postura en que se hallaban y lo penetró con una potente embestida que desencadenó un acoplamiento erótico y primigenio, enloquecido al llegar ambos al límite, donde se quedaron en suspenso antes de descender en una gloriosa caída libre.

¿Había gritado? Edward no se acordaba de nada más que del embrujo de un sexo increíble y de sus resultados. Maxwell le recorrió el cuerpo con la mano, y sintió el roce de sus labios en la sien. No quería moverse. No creía que fuera capaz de hacerlo. La agradable sensación de las sabanas de seda, el calor de la cama y sobre todo los brazos que lo rodearon lo obligaron a cerrar los ojos y a dormir tan plácidamente como no lo había hecho en años.

CAPÍTULO 11

Edward se apoyó contra la pared, mientras observaba como al otro lado del auditorio, Robert coqueteaba con unas porristas, esto era una mierda, pero eso le sucedía por ser el sucio secreto de un imbécil. ¿Tan difícil era aceptar tu sexualidad? Al parecer si, Edward comprendía la situación, cuando ingreso al instituto, llegó con los típicos sueños de adolescente acabado de salir de la escuela secundaria, quería experimentar nuevas experiencias, conseguir una novia, perder la virginidad... solo que con Edward no funcionaron las mujeres. Mierda. Era difícil darse cuenta que lo que creíste que querías en realidad no era lo que necesitabas. No le costó trabajo aceptar que debería de experimentar con hombres... hombres... no tipos en plena pubertad con miedo a salir del armario.

—Robert es un idiota —murmuró

—Te lo advertí —dijo Max. Edward pego un brinco del susto, no lo había escuchado acercarse.

—¡Tonto! No hagas eso —se quedó Edward con una mano en el corazón —¿Qué haces aquí? —Max jamás asistía a los festejos de la escuela, siempre estaba muy ocupado, muchos decían que era un arrogante de mierda que no quería tener amigos. Pero Edward sabía la verdad. Max trabajaba por las tardes en una tienda de comestibles, en ocasiones por las noches ayudaba a lavar platos en un restaurante, Max trabajaba muy duro, era el primero en la clase, el capitán del equipo de futbol, y según los rumores había conseguido una beca para la universidad.

—Pensé que sería bueno venir a la fiesta de mi propio equipo —Max dejó escapar una risita sin humor.

—Tiene sentido —el equipo había ganado el pase para el campeonato regional, era un gran logro. No era que antes no hubieran ganado nada, el equipo de futbol era lo mejor que tenía la escuela, pero Max solo jugaba, no convivía de manera personal con nadie. Prácticamente Edward lo obligaba a ser su amigo. Al menos eso fue lo que había dicho Robert en muchas ocasiones. Edward observó distraídamente a su ex mientras se inclinaba para susurrarle algo al oído a una chica. No tuvo tiempo de sentir celos o ira, Max lo sujetó del brazo y lo arrastro fuera del auditorio. Edward no se

resistió, le vendría bien alejarse del lugar. No fueron muy lejos. Llegaron al área de vestidores. Max lo empujó contra uno de los anaqueles de metal.

—¿Qué le ves a ese idiota? —Max murmuró, dando un paso demasiado cerca para su comodidad. La mano del chico se instaló en la parte baja de la espalda de Edward, y el sistema nervioso de Edward se volvió loco, chasqueando y chispeando con vida. Prácticamente podía oler el fuego eléctrico. Cristo, claramente la presencia de Max constituía el problema más grande aquí. Eran amigos, solo amigos, bastante era tener su amistad, pero secretamente Edward siempre había sentido algo más por Max. Sentimiento que había enterrado en lo más profundo de su ser, ya que no podía obtener nada al respecto. Max no tenía novia, al menos que él supiera, las chicas siempre andaban tras de él. Simplemente el aura peligrosa de Max era suficientemente tentadora para cualquiera. La frente de Max se arrugó con preocupación.

—No lo sé —Edward se frotó la frente, tratando de ignorar la palma de la mano de Max a lo largo de la base de su columna vertebral. Max se movió un espeluznante paso más.

—Entonces, ¿cuál es el problema? Supéralo, no vale la pena —<< ¿Por qué esta tan cerca?>> Con un esfuerzo monumental, Edward había luchado para meter su mayor preocupación en una caja de seguridad mental, pero... cuando se encontró con la mirada de Max.

—No es tan fácil —dijo Edward, tratando de ignorar el olor de Max. De todos modos, ¿qué era ese delicioso olor?

—Eddy... —Los dedos de Max comenzaron un masaje relajante, enviando señales seductoras que Edward sabía que eran falsas, pero su cerebro sufrió un cortocircuito de todos modos, su voz subiendo una octava.

—No es que este enamorado ni nada, pero realmente pensé que sería un buen....

—Detente —dijo Max, dando un paso lo suficientemente cerca como para besarlo. Max puso la mano en la pared a un lado de la cabeza de Edward y se inclinó para mirarlo a los ojos. Entonces Max hizo lo que Edward jamás pensó que sucedería en toda su vida. Se inclinó y lo besó.

Edward se había quedado completamente inmóvil. Durante unos pocos latidos de su corazón, pensó que iba a enloquecer, por lo que puso su mano libre sobre el pecho de su amigo para confirmar que no estaba soñando <<De nuevo>> cuando finalmente le permitió a su cerebro procesar las

sensaciones lanzadas como dardos alrededor de su sistema nervioso, notó cómo de flexibles eran los labios de Max. Cuan suaves. Justo como los había imaginado.

Sus labios se trabaron, y su pulso se disparó más alto, Edward agarró los bordes de la chaqueta de Max y levantó la barbilla para meterse de lleno en el beso. Los labios de Edward se abrieron voluntariamente bajo los suyos. Max se movió más cerca, instintivamente, Edward inclinó su cabeza para buscar una mejor posición. Primero a la izquierda. Y luego explorando desde la derecha, tomando más de esa boca con la suya. Una corriente de sensaciones zumbó a través de él. Las sensaciones incluían calor, humedad y dulzura, pero también ardiente húmedo aliento y el débil sabor del ponche.

Disfrutando del pecho duro bajo su mano, su cuerpo se sentía frustrado por el limitado contacto, por lo que abrió la boca aún más, presionándola profundamente. Con Robert jamás habían pasado al siguiente nivel, el chico le había pedido muchas veces que Edward le chupara la polla, pero Edward quiso ir lento, así que simplemente eran caricias, besos, pero nada más, ahora estaba feliz por ello. Ya que el maldito Robert no merecía nada más.

Pero con Max... él estaba dispuesto a llegar a todos los niveles a los cuales su amigo quisiera arrastrarlo. Edward gimió bajo él, pidiendo más. Mucho más.

—Levántate. Son más de las diez—Edward oyó las palabras y se tapó con la cabeza con la almohada. Protestó en voz alta cuando Maxwell se la quitó. Pero abrió los ojos para mirarlo. Parecía muy descansado y relajado, y muy varonil. —Primero el desayuno —dijo Maxwell—Saldremos a Nueva York a medio día —Edward restregó sus ojos, no quería volver a Nueva York, hacerlo sería aceptar la maldita realidad de sus circunstancias, estos días, habían sido sexo, playa, sexo, sol, más sexo, descanso y seguido de sexo, había tenido más actividad sexual estos cuatro días que en los últimos cuatro años. No quería reventar su burbuja, esa donde Edward no era un esposo comprado y donde Maxwell no era un monstruo sin corazón.

—No quiero irme —susurró cansado.

—Yo tampoco —dijo Max inclinándose para darle un beso en la frente como si fuera lo más natural del mundo —Pero tengo un negocio que atender,

así que levántate perezoso.

—Si —Edward aparto las sabanas de una patada —Tienes que regresar a ser el señor todo poderoso —su comentario era desdeñoso, pero no podía evitarlo, estaba enojado, ya que estos días pudo deslumbrar algo de lo que habría sido si Maxwell no le hubiera entregado su corazón al diablo. A Maxwell tampoco le había parecido su comentario, pero lo dejó pasar. Su último día en las Bahamas pasó volando y al final la burbuja se reventó y regresaron a su realidad.

Para el lunes estaba regresando su vida a la normalidad, bueno a la normalidad que sería ahora que era esposo de Maxwell, que no tenía la menor idea de que tendría que hacer durante dos años. Mientras doblaba el periódico de la mañana y terminaba de tomar su té, Edward pensó que tenía que haber una razón para cada día. No hacía mucho que había deseado disponer de tiempo libre, no tener que correr de un trabajo al siguiente, ni que comer deprisa.

Pero creía que ahora no se conformaría con simplemente levantarse cada mañana, ducharse, dar instrucciones al ama de llaves, tal vez ir de compras y esperar tranquilamente a que Maxwell regresara a casa para follarlo cada noche después de a ver jugado a ser el amo del universo.

Establecer un diario social era algo que prefería posponer el mayor tiempo posible. Hasta ahora solo podía contar con una amistad sincera. Eso lo animo un poco, necesitaba poner todo en perspectiva y que mejor que hablarlo con alguien en quien confiara, convencido, llamó a Samantha y quedaron para almorzar, la hora que le otorgaba la empresa a su amiga no bastaría para que Edward alcanzara a contarle todo el culebrón que estaba viviendo, pero era mejor que nada.

Después de arreglarse, le pregunto a Elena si podría llamar para pedir un taxi.

—Yo lo llevare a donde desee ir señor Hamond —dijo Warren desde la esquina de la barra del desayuno donde estaba terminando de tomar su café

—No hace falta, puedo ir en taxi —insistió, ignorando la forma en que Warren lo había llamado “señor Hamond”

—Son instrucciones de su esposo, lo llevare a donde desee ir —La idea de tener a Warren a su entera disposición le parecía ridícula. Sabía conducir, tenía el permiso... lo que necesitaba era un coche. Pero su carcelero no le permitiría esa libertad, estaba claro que las pretensiones de Maxwell era que

no escapara.

Aunque Edward pudo hacer un esfuerzo por evitarlo, decidió que era mejor compartir todo lo que sentía con su amiga. Terminó contándole todo a Samantha. desde su maravilloso noviazgo con Maxwell hasta como había terminado y el trato que ahora estaba encadenándolo a ese hombre.

—¿Por qué crees que Maxwell ha decidido volver tras de ti?

—¿Por venganza? ¿Por qué más vale malo con conocido que bueno por conocer? Me tiene en sus garras, puede hacer lo que quiera conmigo y no puedo pelear.

—¿Te has preguntado por qué se casó contigo?

—Para tener la última palabra —Samantha lo miró pensativa, para haber escuchado la historia de terror que era la vida de Edward, su amiga estaba muy calmada.

—¿No será porque nunca has dejado de importarle?

—Ni por asomo —Edward rio sin ganas, antes nevaría en verano.

—Según por lo que me ha contado, su relación era algo muy especial.

—Tal vez. Lo fue—sintió que se le partía el corazón.

—Ya no soy él de antes, y tampoco él.

—Oye —Samantha le sujetó la mano —No conozco a ese tal Maxwell, simplemente lo he visto en fotos —ella sonrió —Después de que me avisaste que te casarías lo busque en internet, la historia de cómo paso de no tener nada, a ser un hombre de éxito es realmente admirable....

—Vendió su alma al diablo —Edward se encogió de hombros. —Maxwell quería riqueza, lo consiguió, pero no se detendrá ahí, seguirá queriendo cosas, y después de que cumpla el siguiente nivel, habrá otro, es imparable.

—Le juzgas con dureza.

—¿Ahora estas de su lado? —Edward alejó la mano de su amiga molesto —Me ha chantajeado para casarme con él, ha comprado mi culo.

—Dicho de esa forma suena muy feo —Samantha miró su reloj

—Me parece que lo que mueve a Maxwell no es la ambición.

—Tal vez te equivoques.

—No veo cómo puedo estar equivocada —al ver que no contestaba, continuó —Te ha devuelto todo lo que tenías.

—Excepto el amor —las palabras escaparon de su boca antes de siquiera pudiera contenerlas, pero era lo que más le dolía, la falta de amor del hombre que un día llegó a robar su corazón.

A última hora de la tarde le llegó un mensaje de la secretaria de Maxwell sobre una cena de negocios de último minuto. Estuvo tentado en llamarle a Maxwell para enviarlo a la mierda, ya que ni siquiera se había tomado la molestia en llamarlo él mismo. Llevaban cinco días de matrimonio y al parecer la tercera rueda en su relación sería su secretaria... tal vez Warren sería la tercera, la secretaria la cuarta y Elena era el pilón en la ecuación... ¿Y Tadeo en que escala quedaría? Frunció el ceño al pensar en el abogado. Era mejor no dejar ir a su cabeza por ese rumbo.

Al salir del vestidor, su marido se estaba aflojando la corbata con una mano y desabrochándose la camisa con la otra. Verlo le hizo perder el equilibrio. Su piel aceitunada... su magnífica musculatura... aquel hombre desprendía energía por cada poro de su cuerpo.

—Hola —afloraron sus buenos modales—¿Qué tal tu imperio? Espero no se haya desmoronado después de cuatro días de ausencia.

—Para eso tengo personal capacitado —dijo Maxwell con una sonrisa que decía que no caería en su juego —¿Qué tal te ha ido tu día?

—Bien —¿le informaba Warren de todos sus movimientos? —He comido con Samantha, quiere conocerte, ¿Agendo una cita con tu secretaria?

—Invítala a venir el fin de semana, prometo comportarme delante de tus amigos —Maxwell se quitó el cinturón y se desabrochó los pantalones. Camino tranquilamente hacia el baño ¿Por qué no se molestaba? Edward estaba siendo sarcástico y Maxwell actuaba como si nada. Trató de mantener la calma. Habían pasado años y seguía siendo tan sensible a su presencia como la primera vez. Tenía algo, una magia intrínseca que no sabía definir, pero que excitaba sus sentidos y los descontrolaba. Tenía la facultad de poseerlo, en cuerpo, alma y mente, y él luchaba sin descanso en una batalla perdida por conservar una apariencia de equilibrio.

Aquello era una locura. El amor no estaba previsto. Sin embargo, se sentía atraído hacia él como la polilla a la llama. ¿Sobreviviría... o ardería y moriría? Edward termino de prepararse y a los poco minutos Maxwell salió del vestidor impecablemente vestido con esmoquin negro.

—¿Nos vamos? —preguntó con voz fría y una sonrisa ensayada, y vislumbró que algo se alteraba en aquellos ojos oscuros cuando él se puso a su lado.

El restaurante al que llegaron era un lugar italiano de cinco estrellas, Edward dudo al entrar, este ya no era su mundo, nunca lo fue, ni siquiera

cuando su padre tenía las posibilidades económicas. Edward jamás le gusto jugar al papel de millonario. Miguel era el hijo preferido de su padre, para él era toda la atención, Edward era feliz con quedarse en casa y dedicarse a lo que le gustaba hacer.

—Tranquilo, todo saldrá bien —susurró Maxwell a su lado. Su voz era infinitamente sensual, y una sensación familiar hizo que él se estremeciera. ¡Maldito fuera! Estaba jugando adrede, evocando emociones y recuerdos que Edward había intentado olvidar con todas sus fuerzas.

Tal vez debería dejar de preocuparse tanto, llevaba su apellido, dormía en su cama, y, por la noche, era incluso posible creer que el pasado no existía, sólo el presente, y vislumbrar lo que el futuro les depararía. Las dudas y la inseguridad venían con la luz del día, cuando él, sin darse cuenta, escudriñaba su expresión, examinaba su estado de ánimo, todas sus palabras y trataba de analizar todos los matices en busca de un significado oculto. Luego se reprochaba en silencio esa búsqueda de lo imposible.

—No estoy nervioso —era mentira.

—¿En serio? vamos a adentrarnos en la jungla social —Maxwell le dedicó una rápida sonrisa teñida de burla. Edward oculto su asombro, eran las palabras que muchas veces él le dijo en su adolescencia, era la forma en que Edward describía el círculo social donde sus padres se movían.

—Ahora es un terreno que conoces bien —Edward le contestó en tono ligero.

—Aprendo cada día un truco nuevo.

—Supongo que sí.

—Pórtate bien —le puso la mano la espalda, en un gesto gentil e íntimo.

—Siempre lo hago.

Llegaron a una mesa dispuesta para diez personas, Maxwell le presentó a todas las personas presentes, todas y todos a excepción de una persona, le sonrieron y lo felicitaron por la boda.

—Maxwell —una voz exageradamente amable se lanzó contra su marido —¡Qué alegría! —Edward observó al tipo, deliberadamente estaba ignorando a Edward mientras colocaba descaradamente las manos en el pecho de Maxwell —No te imaginas la alegría que me da que hayas podido venir.

—Nosotros sentimos la misma alegría —respondió Maxwell con falso calor. Edward sintió algo de orgullo al ver como Maxwell le dejaba claro al pelirrojo que Edward estaba ahí. El pelirrojo le fue presentado como Byron. Y

por la mirada que el dirigió el hombre, a Edward le quedó bien claro que él no era de su agrado. Transcurrieron unos quince minutos cuando un segundo incidente dejó claro que la noche no sería sencilla para él.

—¡Maxwell! —Un hombre rubio se abrió paso entre la gente hasta que llegó directamente a Maxwell ¿Otro? Este hombre a diferencia del pelirrojo deslumbrante, era un hombre de mediana estatura, complexión fina y tenía que admitir que bastante atractivo, tanto que te dejaba sin respiración. ¿Un modelo? ¿un antiguo amante?

—Marino—Maxwell lo saludó con afecto. Definitivamente se trataba de un amante. Había que esperar que fuera antiguo, pero Edward percibió que no lo era tanto, dada la descarada expresión que sus ojos proyectaron brevemente y ocultaron con rapidez.

Muy bien. Estaba claro que Maxwell no se mantuvo célibe todos estos años. Pero era diferente pensarlo a tener la prueba en sus narices. ¡Auch!

—Edward, mi esposo —El sonido de la voz de Maxwell lo devolvió bruscamente al presente. Se sentía indeciso. ¿Debía sonreír?, ¿darle la mano?, ¿Cuál era el protocolo para el esposo y el ex amante de un hombre?

—Encantado de conocerte —Marino se le adelantó extendiendo la mano. Edward se la estrechó cortésmente y experimentó una genuina compasión por todo hombre que hubiera amado y perdido al hombre cuyo apellido llevaba ahora. Maxwell Hamond era especial. Era indudable que no tenía rival. Ni en la cama ni fuera de ella. ¿No había ansiado Edward sus caricias y llorado por haberlas perdido? Y al volver con él, ¿no había experimentado una vorágine emocional por haberlas recuperado? La vida era paradójica.

—Te llamare pronto Maxy, necesitamos ponernos al día —dijo Marino guiñándole un ojo ¿Maxy? después miró a Edward —Adiós, Edward. Espero que podamos vernos pronto —¡Vaya! ¿Para qué? ¿Para intercambiar confidencias tomando un té? ¿Para hablar de Maxwell? No le parecía posible que el esposo y el ex amante pudieran ser amigos. Marino se perdió entre la multitud. Edward miró, burlón, a Maxwell.

—Esta será una noche interesante, debiste haberme advertido que me encontraría con tus ex amantes —susurró a Maxwell—Dos contra uno es un atraco a mano armada —susurró. Su marido le indicó que tomara asiento, delante de todos era un atento caballero, pero por la forma que sujetó su brazo le quedó claro que no estaba para sus juegos en ese momento.

Edward se armó de valor para la velada que la esperaba. Los otros siete

ocupantes en la mesa, eran miembros de una fundación de ayuda social para niños sin hogar que patrocinaba la empresa de Maxwell, los directores del proyecto era una pareja encantadora, los otros eran dos socio de Maxwell y su esposa. Byron el pelirrojo era el publicista de la asociación y el resto solo miembros de la directiva. Edward pensó, sin resentimiento, que todos pertenecían a la gente importante, educada desde el nacimiento para desempeñar un papel. fueron a buenos colegios y vivían en el mundo social al cual Maxwell había luchado con todas sus fuerzas pertenecer. él había sido uno de ellos. Hasta que las circunstancias cambiaron y descubrió que sus supuestos amigos no lo eran de verdad. Como esposo de Maxwell, lo volvían a aceptar en el rebaño con los brazos abiertos y expresiones de alegría. ¿Genuinas o superficiales? No estaba seguro de querer saberlo. ¿Cuánto tardaría alguno de los presentes en preguntar por qué habían casado tan repentinamente? Trató de engañarse pensando que tal vez predominara la cortesía y no se diera rienda suelta a la curiosidad. Beber champán y mantener una conversación superficial era algo que sabía hacer. Tenía mucha práctica, al menos la tuvo, esperaba que el dicho ese que decía que lo que bien se aprendía jamás se olvidaba fuera verdad. Consiguió aparentar suficiente amabilidad mientras estaba sentado a un al lado de Maxwell. Todo parecía ir bien, al menos en la primera hora, hasta que Marino volvió a aparecer, fue divertido ver la expresión de Byron. Edward parecía un intruso en este triángulo amoroso o ¿era cuarteto? Definitivamente no quería saber. Después de una charla insulsa y sonrisas con Maxwell y todos los demás presentes en la mesa, Marino volvió a alejarse. Maxwell se inclinó hacia Edward para hablarle bajito.

—A Mariano le gusta... —hizo una pausa que él aprovechó para interrumpirlo.

—¿Le gustas tú?

—Hacer un drama de todo—concluyó.

—Ah, ¿En serio? —Edward sonrió amablemente y se inclinó para susurrarle a Maxwell —Creo que debería cederle mi lugar en la mesa, claro está que a él le gusta más esta mesa, que atender a su cita —Edward señaló la mesa unos metros más al fondo, donde Marino estaba cenando con otro hombre, pero su vista no dejaba de perderse hacia ellos en cada oportunidad. —Su acompañante es atractivo, seguro que podríamos tener una interesante conversación —Maxwell lo miró con sus ojos oscuros llenos de oscuras

promesas.

—Recuérdame que te regañe cuando estemos solos.

—¿Por qué esperar, cariño? —le preguntó con una sonrisa deslumbrante. Maxwell lo hizo, y se maldijo a sí mismo por desafiarlo cuando lo besó en la boca de forma erótica delante de todo el que quisiera mirar, lo que hizo que se sonrojara y se sintiera vagamente humillado. Tuvo que hacer un inmenso esfuerzo para componer una sonrisa borrosa y acariciarle la mejilla con gesto íntimo, gesto que él finalizó presionando sus labios contra la palma de su mano. Edward tuvo que reprimirse para no decirle que había ganado, ya que eso hubiera estropeado la representación. Pero si Maxwell pretendía hacer una declaración silenciosa, ¿a quién iba dirigida? ¿A Mariano? La cena transcurrió sin incidentes por lo menos hasta que Tadeo Russos apareció y pidió hablar unos segundos con Maxwell, ¿Por qué el abogado no se había acercado antes? ¿Y porque rayos a Edward no se le ocurrió que el hombre estaría ahí? estaba en seria desventaja, ahora eran tres contra uno. Al menos Edward concluyo que el más peligroso era Tadeo, tanto Marino como Byron podrían ser amantes de ocasión, pero Tadeo... era mejor amigo, abogado y hombre de confianza de Maxwell, por lo tanto, era el más peligroso enemigo que tenía. Tadeo en general a todos los presentes en la mesa, por lo tanto, no importo demasiado que no lo saludara de manera personal a él. Cualquiera vería ese acto normal, pero Edward sabia la verdad. Tadeo lo ignoraba sutilmente. Maxwell se disculpó un segundo y se alejó con Tadeo hacia el otro lado del salón. Entablo una conversación con los demás en la mesa, de esa forma evitaba seguir con la mirada a Maxwell y a Tadeo.

—Siempre necesitamos que los miembros de la comunidad dediquen parte de su tiempo a recaudar fondos para los enfermos y los necesitados. ¿Le interesaría ayudar, querido? —Edward dejó el vaso de agua que estaba bebiendo y dedicó toda su atención la directora de la fundación.

—Me encantaría, tendré que hablar con Maxwell. Aún no hemos establecido mis actividades diarias.

—Estoy seguro de que nadie dudará de tus actividades nocturnas — observó como Mariano tomaba asiento en el lugar de Maxwell, no lo había visto acercarse, Edward evito mirar a los demás en la mesa para saber quién había escuchado las palabras de Marino, estaba seguro de que todos lo habían hecho. Casi se oyó cómo todos contenían la respiración al mismo tiempo. Vaya. ¿Quería Mariano jugar sucio? ¿En público?

—¿Por qué no le preguntamos a Maxwell sobre eso? —replicó Edward en voz baja. Mariano no respondió, y la esposa del director de la fundación trató de quitar hierro a la situación cambiando de tema. Aquello no había acabado. Ni por asomo. A menos que Edward se equivocara, a Mariano le importaba poco quedar como el amante dolido. Poco después Maxwell regresó y Marino se marchó, pero el daño ya estaba hecho, cuando Maxwell le indicó que se marchaban, respiró aliviado.

—¿Tienes algo que reprocharme? —le preguntó Maxwell, ya en el coche.

—¿Por qué lo dices? —Edward no dejó de mirar por la ventanilla.

—Porque ha habido momentos muy desagradables —Eso le indicó a Edward que alguno de los invitados en la mesa le comentó sobre su encuentro con Marino.

—Nada que no puedo manejar —Edward tenía que aprender a luchar sus batallas, estaba ahora en el mundo de Maxwell, por los siguientes dos años estaba atrapado, necesitaba una coraza más resistente para su roto corazón.

Por ahora tenía tres enemigos, Tadeo, Byron y Marino, ¿Cuántos más surgirían? Edward se mantuvo en silencio durante el trayecto hasta la casa de Maxwell. Una vez allí, se dirigió inmediatamente hacia el pasillo que dirigía a su habitación, sin tener en cuenta si él lo seguía o no.

—Iré enseguida —Dijo Maxwell a su espalda, su voz tenía algo indefinible, pero a Edward no le importaba. Nada importaba en ese momento. ¿A caso podrían humillarlo más? Una cosa eran las circunstancias de este arreglo privado, pero gracias a los celos de los exámenes de Maxwell ahora su extraña relación estaba en boca de todos.

—No tengas prisa. Tengo que prepararme para mis actividades nocturnas —eran palabras estúpidas, en un tono que no pretendía, pues las había dicho sin pensar. <<*Rayos, las palabras de ese idiota dolieron más que un buen puñetazo*>>

—Edward —una sola palabra, pero que conllevaba una seria advertencia. No se detuvo ni se volvió hacia él. Unos segundos después dio un grito al sentir sus fuertes manos agarrarlo por la cintura y echárselo al hombro.

—¡Bájame! —Maxwell siguió andando. Edward le golpeó en vano con el puño. —¿Qué haces? —Llegaron al dormitorio. Maxwell cerró la puerta con tanta suavidad, que él deseó que hubiera dado un portazo. Luego lo puso en el suelo.

—Vamos a dejar una cosa clara —dijo Maxwell con voz suave, a pesar de

la ira que lo poseía.

—¿Que soy tu esposo, no tu prostituto? —se inclinó ante él solemnemente —. ¿Y que tendría que estarte agradecido? —Tenía que estar loco, haber perdido completamente el juicio. Durante unos instantes, la mirada de él se oscureció amenazadora, pero luego entrecerró los ojos al tiempo que lo tomaba de las manos.

—¿Quieres que te enseñe la diferencia? —Le desabrochó los botones de la chaqueta.

—No lo hagas —el desafío arreboló sus mejillas, y trató en vano de soltarse las manos. Le quitó la chaqueta y le arranco la camisa, Edward le suplicó con la mirada mientras desataba su cinturón y abría la cremallera de sus pantalones.

—Maxwell —era un ruego mezclado con un miedo instintivo. —No puedes hacerme esto —susurró mientras lo atraía hacia sí. Luego apretó su boca contra la de él, dura, posesiva, voraz y destructora, mientras se adentraba sin delicadeza, con la lengua y los dientes, lo que produjo en Edward un efecto devastador. Lo veía en los ojos masculinos, en la tensión de los músculos faciales y en la línea adusta de sus labios. Fue entonces cuando Edward comenzó a defenderse en serio, dándole patadas y tratando de clavarle los dientes en cualquier parte de su anatomía. Todo en vano. Jadeaba debido al esfuerzo, Maxwell le sujetó ambas manos en la espalda ¡Por Dios! Él no iba a... Durante largo tiempo se limitó a mirarlo, mientras él, hipnotizado, era incapaz de moverse. Sentía que los ojos se le estaban llenando de lágrimas y parpadeó para evitar que se derramaran, porque sería la humillación definitiva.

—Vete a la cama —le dijo con voz dura—. Antes de que haga algo de lo que me pueda arrepentir —lo soltó y salió de la habitación sin decir otra palabra. Edward se derrumbó en la cama. Enterró su rostro en la almohada para ahogar sus gemidos de dolor ¿Por qué maldita sea estaban terminando de esta manera? ¿Por qué no podía ser feliz? ¿Por qué la vida era tan injusta?

Muchas preguntas como esa, pasaron por su cabeza, pero jamás obtuvo una respuesta. No fue consiente de haberse quedado dormido, hasta que sintió la delicadeza del toque de unas manos que conocía bastante bien, Edward se retiró de forma instintiva al mismo tiempo que se despertaba. Maxwell lo besó en la sien y, después, sus labios descendieron a la comisura de sus labios.

—Confía en mí, y siente. Límitate a sentir —Recorrió sus labios y se

introdujo en su boca con tanta suavidad, que Edward casi se echó a llorar. Con las manos siguió el contorno de su cara, luego le acarició los hombros y bajó a su pecho, acaricio sus pezones los cuales siguió acariciando con la boca. Algo se quebró en su interior al sentir la delicadeza de los movimientos de Maxwell, no quería follarlo en esta ocasión, todo indicaba que Max, su Max estaba haciéndole el amor como tantos años antes. Edward tembló ante sus caricias, cerró los ojos y dejó que la mente se le separara del cuerpo y se elevara para poder observar las sensaciones que Maxwell despertaba en él, para analizarlas y separarlas de su corazón. Sentía cómo se despertaba su sensualidad, y trató de refrenarla, pero fracasó penosamente cuando la excitación que anunciaba el orgasmo cobró fuerza, y perdió el control mientras el cuerpo se le arqueaba por sus caricias.

Al cabo de uno segundos interminables, cedió al placer, consciente de que no tenía otra opción, ya que Maxwell lo seguía excitando una y otra vez hasta que él gritó en el momento de liberarse. Entonces lo besó en la boca, y Edward sintió que se derretía. Pero todavía necesitaba más: sentirlo dentro, experimentar el largo y lento empuje de su posesión y cómo se acomodaba a él cuando sus músculos internos se cerraban en torno a él.

Un gemido salió de su garganta cuando Maxwell se colocó encima de él y se deslizó lentamente hasta el fondo, se detuvo un momento y comenzó a moverse, creando un ritmo ancestral que los llevó hasta la cima y los mantuvo ahí para luego dejarlos caer, en una gloriosa y sensual caída libre, a un lugar donde sólo importaban ellos y la emoción que compartían.

Si lo que Maxwell había querido era recalcar el poder que ejercía sobre él, lo había conseguido. Con creces. Pero eso era todo; maestría sexual. El amor que habían compartido ya no existía. Para sobrevivir tenía que aceptar la vida con Maxwell. Ir hacia delante, no mirar atrás. Era lo mejor para su salud, su bienestar y su equilibrio mental. Pensar cualquier otra cosa constituía una auténtica locura. Edward se durmió estrechamente abrazado a él, con los labios de Maxwell pegados a su sien.

CAPÍTULO 12

Edward levanto la vista del documento que acaba de leer, observó a Maxwell con una ceja arqueada.

—¿Es en serio? —Maxwell asintió sin dejar de teclear en su computadora.

—Jennifer manifestó que le gustaría trabajar contigo, si no quieres dedicarte a la fundación, en esa lista hay varias opciones de las cuales puedes elegir, aligerarías mi carga de trabajo si me ayudas.

—Por supuesto —contestó Edward con sarcasmo, se detuvo, había decidido comenzar de nuevo, por lo menos llevar la fiesta en paz durante estos dos años, menos de una semana y ya estaba agotado. —Gracias —dijo sinceramente. Estudio la lista —¿Arte y subastas? —En la lista, aparte de la fundación, existía una variada cantidad de empresas y negocios pequeños. Desde una editorial hasta la gestión de venta y compra de antigüedades. No eran negocios millonarios como la empresa Hamond, pero eran inversiones variadas que aportaban capital desde varias ramas de inversión.

—Las galerías de arte tienen su atractivo —comentó Maxwell. Edward rio. Era una risa sincera. Recordaba a Maxwell decir en el instituto que no lograba comprender a los artistas y sus pinturas raras.

—Puedo ocuparme de toda la lista —dijo Edward.

—Se que puedes —Maxwell lo miró a los ojos y vio la sinceridad en ellos. Era un nuevo día, inevitablemente, una nueva esperanza. Hacía un día precioso, el sol brillaba y no había nubes en el cielo. Poco después de que Maxwell se marchara, Edward se puso a trabajar, organizo todo en la lista y decidió por donde comenzar. Dos horas después decidió que tenía que hacer unas visitas importantes tanto a la editorial como a la galería de arte, deliberadamente dejaría la fundación y a la agencia de modelaje hasta el final. Byron y Marino eran la razón. Warren se presentó en el momento en que Edward acababa de anotar todos los pendientes en su agenda.

—Cuando quiera.

—Cinco minutos —tenía que recoger el ordenador, el móvil y sus notas.

—Voy a traer el coche —De camino a la editorial, Edward revisó su lista. Estaba muy emocionado por comenzar, tenía tantos planes, tantos proyectos que podía implementar, estaba tan emocionado, al menos hasta que descubrió

que la primera para era en el edificio de oficinas de Tadeo. El ánimo que había tenido, cayó en picada después de que Warren le informara que tenían que recoger los nombramientos que lo acreditaban como nuevo apoderado de Maxwell en los asuntos en los cuales se había comprometido a trabajar. Era lógico, no podía presentarse de buenas a primeras a la editorial, o a la galería de arte simplemente a mandar. Necesitaba el poder legar para tomar decisiones. Cosa en la cual él no había pensado. Pero Maxwell si, él era muy inteligente, asusto y hábil, al menos en la cuestión laboral, porque en otras cuestiones al parecer no era bastante listo, hasta ahora parecía que el hombre no se había dado cuenta que Tadeo y Edward no se llevaban precisamente bien.

Tadeo lo recibió con cortesía, era profesional el su trabajo, le explico claramente en que consistían los nombramientos y poderes que Maxwell le otorgaba, aclaró con toda calma y claridad todas sus dudas, nuevamente le demostró, que era un buen abogado, pero eso no hacia nada por agradarle más.

—¿Conoces a Marino y a Byron? —Preguntó a Tadeo mientras firmaba la pila de documentos. El abogado levanto una ceja.

—¿Crees que somos amigos para que me preguntes esas cosas? —La voz de Tadeo era tranquila y para nada había cambiado su semblante de abogado profesional.

—Es obvio que no, ya dejaste claro que no te agrado.

—No necesitas agrardarme —comentó recargándose en su silla —Byron y Marino no son personas de las cuales debas preocuparte, no son competencia para ti.

—¿Y tú sí? —ambos se miraron a los ojos. Un latido de corazón se transformó en varios segundos, ambos parecían estarse midiendo el uno al otro. Dos rivales. Dos enemigos.

—No creo que quieras tener esta conversación —Tadeo estaba fríamente tranquilo. Edward apretó los puños.

—Respóndeme algo —hizo una pausa —Si tanto me odias, porque apoyarte a Maxwell en esto, debiste de convérselo de lo contrario, para eso eres su abogado, él te escucha ¿Por qué no lo persuadiste? Seguramente tú puedes donar tu esperma para ese hijo que tanto desea —para asombro de Edward, Tadeo rio.

—Mírate... —volvió a reír —Realmente esa actuación tuya de chico sufrido es atrayente, comprendo porque Maxwell esta tan encaprichado

contigo —Edward se puso de pie violentamente, tenía ganas de darle un guantazo a este hombre.

—No te voy a permitir....

—¿Qué? —Tadeo se puso de pie también —Te das cuenta que al comportante de esta manera, tratando de negarte a él y de hacerte el mártir lo único que haces es atraerlo más y más, a Maxwell le encantan los retos, a pesar que siempre lo rechazas siempre terminas aceptándolo, si de verdad tuvieras dignidad hubieras preferido quedarte en la calle que aceptar casarte con él, sabes jugar muy bien tus cartas.

—¡El me obligó!

—¿Eso es lo que crees? —Tadeo se alejó unos pasos de su escritorio —¿Acaso tienes la más mínima idea de cuanto daño le hiciste? ¿Cuánto daño le estas haciendo al quedarte a su lado? ¡Yo soy mucho mejor para él! —El escuchar sus ultimas palabras fueron con un golpe en el estómago para Edward.

—¿Cómo puedes decir eso? Tu no sabes nada de nosotros.

Tadeo rodeo lentamente el escritorio hasta quedar cara a cara con Edward

—Se todo acerca de él, ¡Absolutamente todo! ¿Qué sabes tú sobre él? Tú de marcharse, han pasado años desde que ustedes fueron pareja, por lo tanto tu no conoces nada sobre el Maxwell Hamond de la actualidad.

—Esto... yo....

—No tienes derecho a quererlo —las palabras de Tadeo le dolían demasiado, porque era verdad, él ya sabia que el Maxwell de ahora no tenía nada que ver con el hombre que él había conocido. Pero Tadeo no tenía ningún derecho a humillarlo de esta forma. Aunque Edward tenía la culpa, él había sacado el tema y Tadeo lo único que estaba haciendo era desahogarse.

—¿Por qué tengo que soportar que me digas todo esto?

—Porque yo lo quiero mas que tú —Edward contuvo el aliento al ver la determinación y todos los sentimientos de Tadeo reflejados en sus ojos. —Ustedes tuvieron una relación en su adolescencia, era solo un juego, el primer amor no siempre dura. Tu continuaste tu camino sin preocuparte como eso afectaba a Maxwell, yo estuve ahí en los momentos más difíciles —Edward podía sentir dolor, mucho dolor y rabia. Todos esos sentimientos mezclados dentro de su sistema a punto de explotar.

—Entonces.... Entonces... —Edward podía sentir el nudo en su garganta —¡Convince a Maxwell de deshacer este matrimonio! —Molesto agarró la

carpeta de piel que estaba sobre la mesa y se encaminó hacia la puerta, tenía que salir de ahí, antes de perder la compostura.

—¿Tan fácil me lo estas cediendo? ¿A caso no lo quieres? —Edward se detuvo en la puerta y miró a Tadeo.

—¡Sedúcelo! ¡llévatelo a la cama! ¿No dices que tu eres mejor que yo para él? Pues bien, has lo que tengas que hacer y apártalo de mi —Edward apretó la carpeta —Y después, ambos pueden pudrirse en el infierno —y con esas últimas palabras abrió la puerta, mandaría todo a la mierda, que Maxwell se jodiera con todo su estúpido trabajo y que se revolcara con quien quisiera hacerlo. Estaba tan furioso, solo pudo mantener el equilibrio cuando se golpeo contra un duro pecho.

—Lo siento —se disculpó con la persona que lo sujetó del brazo, si no fuera porque lo sujetó a tiempo habría terminado sobre la alfombra del pasillo, pisoteando de esa manera mas su orgullo herido.

—¿Te encuentras bien? —Edward levantó la vista de golpe al escuchar la voz de Maxwell.

—¿Qué haces aquí? —pregunto entre asustado y preocupado, miró hacia su espalda, Tadeo los observaba desde su despacho, parecía también sorprendido de ver a Maxwell ahí.

—Vine a traer algo —dijo Maxwell tomándolo del mentón, obligándolo a mirarlo a la cara. Edward intentó alejarse —También tengo un asunto que atender con mi abogado —Edward apartó su mano.

—Entonces los dejo para que... trabajen —las ultimas palabras le supieron a veneno. ¿Qué tan involucrados estarían esos dos? ¿eran amantes? Siria la explicación más lógica para explicar el disgusto del abogado.

—Warren te está esperando, nos vemos en la cena —dijo Maxwell dirigiéndose hacia el despacho de Tadeo, Edward estuvo a casi nada de sujetarlo del brazo para impedirle entrar. No lo quería cerca de Tadeo... No quería... Edward no pudo hacer nada cuando Maxwell entró en la oficina y cerro la puerta. Tenía que marcharse, había sido despedido, pero... contra su mejor juicio se acercó a la puerta cerrada e intento averiguar que era lo que estaba sucediendo.

—¿Qué le has dicho a Edward? —le sorprendió la pregunta de Maxwell

—Nada en especial—Dijo Tadeo calmadamente, Edward apretó los dientes, estaba a casi nada de entrar en la oficina y gritarle delante de Maxwell, pero su impulso fue detenido por las palabras firmes y frías de

Maxwell.

—Mentiroso —Edward contuvo el aliento —Cuando él pone esa expresión en el rostro, siempre es debido a algo que se ha dicho lo conozco bien ¿Qué hiciste?

—No hice nada —Incisito Tadeo. <<*Mentiroso, dile que acabas de marcar tu territorio*>> Fue solo un pensamiento, pero después Edward razonó que tal vez no sería bueno que lo hiciera, ¿Qué sucedería si Tadeo declaraba sus sentimientos a Maxwell? Tal vez Maxwell desconocía que Tadeo lo amaba y si se enteraba podría dejar a Edward y... Edward se llevó la mano a la boca para evitar que escucharan sus jadeos, no era correcto estar escuchando tras la puerta. —Simplemente le dije algo que tú ya sabes, no creo que sea correcto que ustedes dos estén juntos.

—Pensé que había quedado claro —dijo Maxwell —Tadeo hace tiempo me acosté contigo, pero en aquella ocasión decidimos que no habría una segunda ocasión —Edward pego un respingo al escuchar a Maxwell decir eso, era algo que Edward ya había supuesto, pero era doloroso confirmar que Tadeo y Maxwell estuvieron juntos. <<*Tengo que irme, no tengo que seguir escuchando, no quiero*>> pero sus piernas no le respondieron.

—No quiero tener esta conversación Maxwell —Tadeo ya no sonaba tan tranquilo.

—Acostarnos que fue error, y pensando de esa manera he podido tratarte como un amigo hasta ahora —el tono de voz de Maxwell no había cambiado —Edward es pareja, tienes que respetar mi decisión o nuestra amistad será afectada —Edward jadeo detrás de su mano, no podía creer que Maxwell lo estuviera defendiendo delante de su amigo. No podía dejar de sentirse algo emocionado por ello.

—Escucha, Max... Abre los ojos de una buena vez ¿A caso olvidaste como te pusiste por su culpa? Él te lastimara de nuevo —Edward enarco una ceja, ¿de que hablaba?

—Este no es tu asunto Tadeo, Lo que sucedió entre Edward y yo y lo que tenemos ahora y lo que suceda después, no es tu asunto. Deja tranquilo a Edward, Para mi eres el mejor, como amigo y socio de trabajo, pero no tienes que entrometerte en mi vida amorosa —Maxwell hablaba tan tranquilamente que cualquiera pensaría que estaba hablando del clima, en lugar de rechazar duramente los sentimientos de un hombre que estaba enamorado de él, por un instante Edward sintió pena por Tadeo.

—A pesar de no saber cómo llevarte bien con las personas, me tuviste como tu único amigo cuando te encontrabas en el fondo del abismo, Yo fui el único que pudo ayudarte a ponerte de pie ¿no es así? yo estuve a tu lado ¿cierto? ¿acaso estas ciego? ¡Lo normal es que te enamores de alguien así! Cuando me dijiste que querías ser solo mi amigo pensé que no tenía otra opción, pensé que estando a tu lado podría pasar algo, es natural guardar un poco de esperanza ¿No crees? —Cada que hablaba Tadeo sonaba más y más desesperado, no podía verlo a la cara, pero Edward podía imaginar al hombre perdiendo la compostura —¿Por qué?, a pesar de todo ¿Por qué?... ¿Por qué tiene que ser él? —prácticamente Tadeo gritó las palabras —¡Él te lastimo! —Edward contuvo la respiración, intento revisar en sus recuerdos en que transcurso de su relación él había dañado de alguna forma a Maxwell, pero no recordaba algo en especial, simplemente dada las circunstancias ambos se habían alejado... ¿de que hablaba Tadeo? En ese momento la puerta de la oficina de enfrente se abrió, lo cual obligo a Edward a moverse, no podía permitir que lo descubrieran escuchando tras la puerta. Quería escuchar la respuesta de Maxwell.

Cerca del ascensor se encontró a Warren esperándolo, no le dijo nada, simplemente asintió con la cabeza en lo que ambos esperaban a que las puertas de metal se abrieran. Antes de que entrar en el elevador observo nuevamente el pasillo por donde se accedía a la oficina de Tadeo, guardó la esperanza de que Maxwell los alcanzara, pero no fu así.

¿Qué haría? segundos antes había decidido no realizar los trabajos que Maxwell le había encomendado, pero ver a Max ahí... y la discusión con Tadeo lo hizo pensar que Max estaba haciendo un esfuerzo por que se llevaran bien durante los dos años que estarían juntos, también le estaba demostrando que le estaba dando su lugar delante de los demás, Max no tenia la culpa que sus ex amantes no se rindieran. Por lo tanto, lo mínimo que Edward podía hacer era intentar llevar la fiesta en paz.

Al salir del edificio de oficinas, le sorprendió ver que en lugar del Lexus negro en el que habían llegado, delante de sus ojos estaba estacionado un Audi R8 color azul metálico. Era impresionante. Fue más extraño, aunque Warren se dirigiera directamente hacia ese vehículo ¿En serio?

—Esto es un cambio de estilo Warren, pero no creo que ese sea tu color.

—No lo es —dijo Warren entregándole las llaves

—¿Me está tomando el pelo? ¿Dónde está el Lexus?

—Es suyo —Warren sonrió al ver su incredulidad —A no ser que prefiera otro color —Edward estaba con la boca abierta. Warren trataba de disimular su diversión.

—¿Es en serio?

—Es un regalo de bodas de parte de su esposo —¿Era el coche a lo que Max se había referido cuando le dijo que había traído algo?

—¿Puedo conducirlo a casa?

—En esta ocasión usted será el chofer —dijo Warren. ¡Oh si ¡era en serio, este regalito era para él! Y Edward no desaprovecharía la oportunidad de sentirse libre, aunque fuera por poco tiempo. Acepto las llaves y montó en el coche. El motor arrancó con apenas un susurro y lo condujo hasta casa. Edward tuvo que tomarse un segundo para calmar su acelerado corazón, ese día sí que había estado lleno de emociones.

El resto de la mañana se la pasaron de un lugar a otro, en reuniones y citas con los socios pequeños de industrias Hamond, fue bien recibido en todas partes. en todo el día no recibió ni un mensaje o llamada de Maxwell o Tadeo, tampoco era que le interesara mucho enterarse de lo sucedido. Estaba seguro de que si Max hubiera cambiado de opinión con respecto a Edward y hubiera decidido quedarse con Tadeo, simplemente le llamaría a Warren para que lo dejara tirando en alguna esquina.

Ya estaba oscureciendo cuando por fin llegaron a casa, era extraño pensar en aquel edificio elegante como su hogar, pero era lo que era y por el momento no podía cambiarlo.

—Gracias por tu ayuda. Te lo agradezco de verdad. Y no me digas que es su trabajo —le dijo a Warren una vez que se despidieron en la entrada del departamento. Edward se dirigió a su habitación y se duchó, su plan era preparar algunos informes antes de la cena, para enseñarle su progreso a Maxwell, pero al salir del cuarto de baño, se encontró con Max, el cual se estaba desvistiendo. El corazón se le aceleró.

—¿Qué tal te ha ido hoy? —preguntó Maxwell mientras se vaciaba los bolsillos.

—He estado muy ocupado, llamadas, reuniones, documentos, ya sabes. Hemos hecho muchas cosas —lo miró a los ojos, tenía la tentación de preguntarle por lo sucedido con Tadeo, pero cambio de opinión —Gracias por el auto —dijo sinceramente.

—Pues agradécemelo —le dijo Maxwell con voz burlona. Edward iba a

darle solo un beso. Era muy sencillo, se lo había ganado. Pero a Edward no le bastó el casto beso que pensaba darle, sino que se puso de puntillas e introdujo la lengua en su boca y atrajo su lengua con la suya. Lo saboreó y exploró, e inclinó el cuello hacia un lado para besarlo mejor. Lamiéndose los labios, Edward bajó la mirada hacia el bulto que estiraba la tela de los pantalones negros de Maxwell. No lo dudo y cayó de rodillas, con manos temblorosas luchó por liberar la polla del hombre

Max hundió sus manos en el pelo de Edward y lo empujó hacia abajo, la presión fue enérgica y firme, pero no demasiado fuerte y envió una oleada de excitación que recorrió a Edward. Le gustaba cuando Max perdía el control. Temblando, esperó de rodillas, conteniendo la respiración.

Edward cerró los ojos y gimió un poquito, saboreando la forma en que esa dura y gruesa polla ampliaba sus labios. Max no fue lento ni amable. Inmediatamente, su polla comenzó a entrar y salir de la boca de Edward, golpeando su garganta y ahogándolo, haciendo que Edward gimoteara en torno a la polla en su boca. Continuó y continuó, con los bajos gruñidos guturales de Max como el único sonido en sus oídos. Una parte de Edward se avergonzaba por lo mucho que lo excitaba esto, siempre había amado al Max tierno y cariñoso, pero el Max duro y exigente despertaba sus instintos más primarios.

Demasiado pronto, Max le jaló el pelo con un poco rudeza. Edward gimoteó cuando la polla salió de su boca. No...

—Abre los ojos —Levantó la vista y vio a Max observándolo fijamente. Max jalaba su roja y reluciente polla, sus ojos ardían de excitación. —Voy a correrme en tu cara —Jadeando, Edward hizo lo que se le ordenó, con su hambrienta mirada fija en las gotas de pre semen en el glande de Maxwell. Max gruño, masturbándose rápido, y entonces se corrió sobre Edward, sus mejillas, su nariz, sus labios entreabiertos, chorreando por su cuello.

—¡Joder! —con esa maldición, Maxwell, el controlado Maxwell, el multimillonario Maxwell, el frío y oscuro Maxwell Hamond, perdió el control. Algo brilló en los ojos de Maxwell. Algo oscuro e indefinido. Edward ahogó un grito de sorpresa cuando Maxwell la agarró por hombros y lo obligó a levantarse y lo atrajo hacia su cuerpo. Edward gimió al aferrarse a él y gritó cuando él apretó su boca contra la suya en un beso tan intenso que pensó que se iba a derretir.

En tres movimientos Edward estuvo sobre en la cama, y con el pantalón a mitad de los muslos. Las manos de Max separaron sus nalgas y su lengua

mojada se deslizó sobre su agujero. Edward jadeó estremeciéndose, mientras Maxwell empezó a lamer y chupar sus sensibles bordes. Era demasiado, y aun así no era suficiente, y gimió, intentando retroceder contra la lengua de Maxwell. La punta de la lengua presionó y Edward cerró los ojos con fuerza, sintiendo a Maxwell abrirlo más y empujar más profundamente, lamiéndolo, con húmedos ruidos y pesados jadeos mezclándose con los propios gemidos de Edward.

—Por favor —Suplicó, casi sollozando, el sudor cubría todo su cuerpo, estaba ansioso y necesitado. Maxwell sacó la lengua y bordeó con ella el agujero de Edward, una y otra vez, torturándolo.

—Por favor, por favor, por favor... te necesito... —Pero Max no tuvo piedad de él. Maxwell lamió su agujero, ahora con un ritmo más rápido. Edward gimió.

—Por favor —Al parecer era la única palabra coherente que sus labios podían pronunciar. Maxwell lo rodó sobre la espalda, le termino de sacar los pantalones y trepó completamente vestido sobre él con su braguita desabrochada.

—¿Quieres ser follado, cariño? —murmuró, con voz ronca y gruesa, sus ojos hambrientos se clavaron en él. Edward asintió aturdido, estirando los brazos hacia Maxwell, queriendo ser sostenido y deseando ser follado. Maxwell se inclinó y chupó su cuello, su gran mano acarició sus sensibles pezones, mientras que con la otra agarraba el lubricante de la mesilla de noche. Edward sollozó cuando Maxwell finalmente empujó dentro de él con una embestida poderosa. Sus dedos se enredaron en la ropa de Maxwell, sólo podía jadear y sostenerse mientras la polla de Maxwell trabajaba en su interior. Se sentía abrumado, adorando el contraste de texturas entre su semi desnudes desnudez y la ropa de Maxwell contra su piel hipersensible. No estaba seguro de cuánto tiempo transcurrió. Su visión era borrosa y sus sentidos estaban sobre estimulados mientras Maxwell continuaba conectando sus caderas, su grueso pene lo estiraba ampliamente, llevándolo más y más alto. Ahora, estaba prácticamente destrozando la camisa de Maxwell, estaba muy abrumado y desesperado y simplemente fuera de sí.

—Vamos, cariño —dijo Maxwell en su oído, con una voz tan baja que apenas sonaba reconocible. Embistió con fuerza contra la próstata de Edward —Córrete, mi amor —Y eso fue todo. Con un ruidito lamentable, Edward se corrió sobre el elegante traje de tres piezas de Maxwell. Intentó empujar

hacia atrás contra Maxwell, trató de corresponder sus embestidas, pero no logró hacerlo, encontrándose completamente debilitado, su polla aún palpitante por las réplicas. Dejó escapar rotos jadeos mientras que permitía a Maxwell usar su cuerpo para satisfacerse, viendo la cara de Maxwell retorcerse de placer. Maxwell era tan ruidoso, y a Edward le encantaba, amaba saber que era el causante de esos gemidos bajos y gruñidos, era él quien logró que Maxwell perdiera su autocontrol mientras perseguía su orgasmo. Cuando Maxwell finalmente se corrió, Edward suspiró satisfecho, sintiéndose extrañamente orgulloso y contento.

Maxwell cayó pesadamente a su lado y lo atrajo contra su pecho, por largos instantes ninguno dijo nada, estuvieron disfrutando de la calma después de la tormenta. Edward recordó como esta escena había ocurrido mucho en el pasado. En otras circunstancias, pero igual de perfectas. La felicidad no lo hacía el dinero.

—Mañana te regalare un Ferrari —susurró Max. Edward no pudo evitar reír.

—No tienes a tu suerte —Edward levantó el rostro para mirar Max... su Max. Era extraño que ahora pensara en el cómo en la universidad. Maxwell era un extraño para Edward, un enemigo, pero Max... al menos le gustaba creer que Max siempre había sido suyo. —Podríamos repetir, si quieres, creo que el Audi lo vale —sonrió diabólicamente.

—Dame un respiro...—susurro Max casi adormilado, al parecer ni le importaba estar completamente vestido todavía, su esposo estaba a escasos minutos de dormirse. —Mañana salgo de viaje —La excitación de Edward se fue por las alcantarillas al escuchar esas palabras.

—¿A dónde iras? —esperaba no sonar demasiado ansioso.

—Tengo que ir a D.C por unos días —Quería pedirle que lo llevara con él. Pero como Maxwell no se lo pidió en un principio. Desistió, además tenía cosas agendadas. Edward recargó la cabeza contra el pecho de Maxwell. Él tenía los ojos cerrados.

—Te voy a echar de menos —las palabras se le escaparon sin querer, y sintió la emoción correrle por las venas <<*Eres un tonto Edward*>>, se dijo con desdén.

Una hora más tarde, Maxwell lo volvió a follar. Su madre decía que los instintos primitivos del hombre servían para tener sexo y comer. Después de la segunda ronda Max tenía el aspecto de poder dormir toda una semana, pero su

estómago lo hizo levantarse. Edward se divirtió mucho con eso. Elena les llevó la habitación una ligera cena, además de un ramo de rosas amarillas. Edward enarco una ceja.

—Le han llegado hace una hora.

—¿Para mí? —preguntó extrañado. Elena le entregó la nota y después se retiró. ¿Quién le enviaría flores? Miró a Max en busca de respuesta, pero él negó con la cabeza. Edward se reunió con él en la pequeña mesa de la habitación. Dejo las flores a un lado de la bandeja de la cena y decidió leer la nota.

*Para mi precioso Eddy, estoy herido porque no me invitaste a la boda.
Llámame...*

Adriano Belgrano.

Edward enarcó una ceja, le sonaba este nombre... Pero no podía recordar...

—¡Oye! —gruñó cuando Maxwell le arrebató la nota de las manos. La furia en el semblante de Maxwell al leerla fue clara.

—¿Desde cuando tienes contacto con él?

—¿Qué? —Edward estaba sorprendido ante la furia contenida en la cara de Maxwell.

—No quieras jugar conmigo Edward.

—No sé qué hablas... —Se levantó sorprendido al ver como Maxwell agarraba el ramo de rosas y las lanzaba contra la pared

—¡No permitiré que me engañes! ¡Te queda claro! —Maxwell dio un golpe duro contra la mesa poniéndose de pie al mismo tiempo. Edward no comprendía lo que sucedía.

—No entiendo porque estas tan enojado—Edward dio un paso atrás, al ver que Maxwell daba un paso amenazante hacia él —Ni siquiera sé quién es ese hombre.

—¿Piensas que creeré eso? —Maxwell rio —Claro que lo creo, después de todo te olvidaste de mi tan fácilmente... tienes facilidad para desechar a tus amantes de tu mente —Edward enfureció. Con fuerza empujó a Maxwell para

alejarse.

—¡No sé de qué mierdas me hablas! —gruñó —Yo no sé quién es ese tal Adriano.

—Que conveniente —Maxwell le enseñó la tarjeta en su mano —Precioso Eddy —dijo las palabras con veneno. Edward no mentía, tenía la sensación de que recordaba el nombre, pero no tenía la menor idea de quien era. Él se dio la vuelta para marcharse, pero se detuvo cuando Maxwell lo agarró del brazo.

—¡Suéltame! —Él le mantuvo la mirada.

—¿Me vas a negar que muchos años atrás, estuviste saliendo con Adriano? —Maxwell apretó su agarre —Una unión con él era muy conveniente para los negocios de tu padre, ¿Cuántas veces le ofreciste el culo? — Durante unos segundos Edward se quedó de piedra ante tales palabras. Le llevó tiempo encontrar su voz. Entonces Edward lo recordó. Era ese hombre italiano que su hermano le había presentado. Recordó que su padre estaba emprendiendo un proyecto agropecuario con él. Ese fue el inicio de la desgracia de su familia. Edward luchó por zafarse del agarre de Maxwell.

—¿Cuántas veces te gustaría que te dijera? ¿Qué número bastaría para satisfacer tu curiosidad? Seguro que si te cuento la verdad no me vas a creer.

—Déjate de juegos Edward.

—¡No es ningún juego! —gritó desesperado —No tengo la menor idea de quién es ese tipo, pero por supuesto que tu no creerás nada de lo que diga — Edward dio varios pasos hacia atrás, luchó por controlarse a sí mismo y no derrumbarse —He sido juzgado y sentenciado, así que cree lo que quieras — Edward se dio la vuelta tenía que salir de ahí.

—¿Adónde vas?

—A cualquier habitación que no sea ésta —dijo sin detenerse.

—Si no quieres sexo, estás en tu derecho. Pero compartiremos la habitación y la cama —Sentenció Maxwell. Edward no soportaría eso, abrió la puerta.

—Una noche lejos de ti, no te matara.

—Tienes que dormir aquí.

—No.

—¿Quieres pelea?

—No te puedo ganar desde el punto de vista físico, así que tendrás que obligarme si quieres que entre en la cama contigo —lo cual no le impediría intentarlo. Maxwell lo dejó ir. Pero el hombre que ahora era su esposo no era

conocido por darse por vencido tan fácilmente, en algún lapso de la madrugada entró en la habitación que había elegido Edward, estaba dentro de un sueño en el que todo era bueno, tan bueno que no quería abandonarlo. Pero se introdujo en él una sombra que lo distrajo, y murmuró una protesta al tiempo que se negaba a volver a la realidad. Se dio cuenta que lo sostenían unos brazos fuertes, y sintió el latido de un corazón cerca de la mejilla. Unos segundos después se produjo un cambio de postura y, completamente despierto, reconoció que se hallaba en la cama de invitados que había elegido, pero no estaba solo.

—No juegas limpio—lo golpeó con el puño.

—Duérmete.

—Me has arruinado el sueño.

—Te puedo proporcionar otro —lo atrajo hacia sí y le colocó la cabeza sobre su pecho.

—Eso es chantaje emocional.

—Duérmete, Edd —Por increíble que pareciera, se durmió. Al despertar, Maxwell se había marchado de la ciudad sin despedirse.

CAPÍTULO 13

Cuando Edward entro en la habitación de Max, se dio cuenta que el compañero de habitación de Max no estaba, todo mundo estaba en casa por las fiestas de acción de gracias, pero no su Max, para él no había días festivos, él trabajaba y trabaja, así que no le extraño ver a su novio trabajando en su escritorio, el cual estaba lleno de libros y él no dejaba de hacer anotaciones, Max tomaba en serio sus estudios, ahora mismo se imaginaba que se encontraba trabajando arduamente en su tesis final. Eran sus últimos meses de carrera, estaban casi a punto de graduarse, era la recta final, pronto serian profesionistas titulados y tendrían que enfrentarse al mundo.

Pero Edward no estaba preparado para ello. La realidad era una mierda. Estar en la universidad, con Max, con sus amigos, era una burbuja protectora que Edward no quería reventar todavía.

Max debió de presentir su presencia, levantó la vista de su montaña de papeles y lo miró. Edward no necesito decir palabras, Max podía leerlo mejor que cualquiera. Sin apartar la mirada de él, recorrió su silla hacia atrás y abrió los brazos. Edward no dudo en aceptar su ofrecimiento, inmediatamente se lanzó a sus brazos, se acomodó en su regazo y escondió su rostro entre su cuello. Aspiro profundamente, el olor inconfundible de Max tenía en él un efecto relajante.

—¿Tan mal esta? —preguntó Max envolviendo sus brazos a su alrededor. Edward cerro los ojos.

—Muy mal —a su madre le habían detectado un tumor cancerígeno en el estómago meses atrás, después de varios estudios, hoy les habían dado la noticia de que el cáncer estaba en un estado tan avanzado que no había forma de operarlo, además la metástasis^[3] se había recorrido a otros órganos del cuerpo.

—No sé cómo consolarte —comentó Max.

—Esto es perfecto. Gracias —Max era un hombre de pocas palabras, y tampoco era un hombre que expresara sus sentimientos. Hasta ahora jamás le había mencionado ninguna palabra cariñosa a Edward, no era como si no supiera que el otro hombre lo quería, llevaban juntos desde el instituto, pero

así era Max, hombre de acciones y no palabras.

—Mi abuela dice que hay seis formas de enfrentar los problemas.

—¿Seis?

—Si —Max pasó su mano tranquilizadamente por su espalda. Tal vez debería moverse, ya que no debería de ser una posición cómoda para Max, él no era precisamente pequeño, pero en realidad no quería moverse. Un poco más... solo un poco —Puedes lidiar con el dolor compartiendo tus emociones, o puedes simplemente acercarte más a tu familia.

—Lo estoy compartiendo contigo, eres mi familia —No quería recordar la forma en que su padre y su hermano habían reaccionado ante la noticia de la enfermedad de su madre. Su padre encontraría consuelo con su amante y su hermano... Miguel simplemente se tiraría a la bebida como siempre lo había hecho, no necesitaba un pretexto para ello.

—Otra forma es dedicarte al trabajo, así mantienes tu mente ocupada.

—Dudo que tu método funcione —No era una acusación, pero desde tiempo atrás Edward descubrió que era la forma favorita de Max de enfrentar al mundo. Tuvo una infancia difícil y una gran decepción con sus padres y había tomado todo ese dolor como motivación, estaba decidido a salir a delante, a abrirse paso por el mundo con trabajo, hasta alcanzar el éxito. Edward no decía que el dinero no era importante, pero Max se podría decir que estaba obsesionado con eso de mostrarle al mundo lo bueno que era.

—Tampoco funciona el enojarte con el mundo —Max lo obligó a mirarlo a los ojos —Tampoco quiero que se te ocurra cambiarte el look o ponerte a beber hasta perder la conciencia —Edward rio.

—Creo que lo del look no estaría mal —sonrió ampliamente —Siempre he querido ser rubio —Gruñendo Max se inclinó y lo besó. Edward se sintió mucho mejor, no necesitaba nada en este mundo más que a Max, mientras lo tuviera a su lado, todo estaría bien.

Una mañana nueva, un día nuevo, aunque fuera un día gris. Se había ocupado de la fundación y de los otros pendientes de la lista, pero su batalla más dura fue enfrentarse a Marino. Si antes dudaba que el modelo lo odiaba, ahora él mismo se había encargado de dejárselo bien claro.

—Debes ser muy bueno en la cama para haber conseguido que Maxwell te

involucrara en los negocios, Felicidades —dijo Marino burlescamente.

—Gracias —contestó tratando de no caer en su juego, pero estaba seguro de que el modelo tenía algo más bajo la manga.

—La verdad es que debe de ser maravilloso saber que cumples con los requisitos que Maxwell buscaba en un amante para convertirlo en su esposo —añadió el modelo—. Yo estuve a punto de decirle que sí porque es increíble en la cama, pero no me gusta demasiado que me controlen, me conformo con tenerlo en mi cama como mi amante —añadió —Uy, perdón, ¿acaso creías que era por amor? ¿O que Maxwell se desharía de mi porque está casado contigo? —Edward se las arregló para sonreír. No le daría el gusto al modelito de hacerlo sentir mal.

—Qué triste —dijo con dulzura—. No hay nada como una persona que no sabe perder —Dicho aquello, se giró y se fue, evito a Marino por completo por la siguiente media hora. Respiró aliviado cuando fue momento de marcharse. Pero las palabras de Marino estaban clavadas en su corazón como un puñal. Era un idiota. le había entregado a Max su corazón y su alma, pero no sabía lo que sentía Max por él. En algún momento, la ficción y la realidad se habían mezclado y ya no sabía lo que era real y lo que no. Aparte de su experiencia en la cama, ¿qué tenía de Max? Él no le había llamado en todo el día, lo que significaba que seguía molesto con él por lo sucedido ayer.

Lo extraño fue la reacción de él a irlo a buscar a la habitación de invitados a noche. Maxwell actuaba irracionalmente la mayoría de las veces, pero así siempre había sido él. Nunca daba explicaciones de lo que hacía a nadie, claro que, en aquellos años, para él era fácil leer entre líneas, ahora mismo le resultaba misión imposible averiguar qué era lo que Max pensaba.

Se preparó mentalmente para la última misión del día. Le pidió a Warren que lo llevara al asilo donde estaba su padre ingresado. Sus piernas se sintieron inestables al bajar del coche. Warren apartó el Lexus detrás del Audi r8 y le preguntó si deseaba que lo esperara ahí. ¿Qué caso tenía usar dos autos? Pero que Warren estuviera todo el tiempo con él era orden de Max. Podría tener su coche nuevo y podría ir a donde quisiera en él, pero Warren lo seguiría muy de cerca. Edward se negó, tal vez siempre estuviera renegando que Warren estaba pegado a su costado, vigilándolo, pero ahora mismo no le importaba que lo acompañara a ver a su padre. Tener a Warren en ocasiones era algo útil.

La enfermera los guio hacia el jardín trasero de la residencia, casi se

olvidó de respirar al ver al hombre que una vez temió tanto, postrado en una silla de ruedas con la mitad del cuerpo paralizado.

—Señor Charles, tiene visitas —dijo la enfermera tocando el hombro de su padre. Él levantó la vista y comenzó a balbucear cosas al verlo. Era algo irreal. Tal vez no fue buena idea venir después de todo. La enfermera movió la silla de ruedas hasta colocarla cerca de un banco de piedra debajo de un árbol, para que Edward pudiera sentarse. No lo hizo, simplemente se colocó delante del hombre. La amable mujer preguntó a Warren que, si deseaba tomar una taza de café en el comedor de la residencia para darle privacidad al padre e hijo, pero el fiel guardaespaldas se negó. La mujer se sorprendió, pero no dijo nada. Edward le agradeció en silencio que lo no dejara solo.

—Hi...hi... Jo —Edward regresó la mirada a su padre, el hombre que había destrozado todo lo que Edward había amado. —Hi... Jo... —él estiró la mano, esperando que Edward la sujetara. No lo hizo.

—¿Qué negocios tenías con Adriano hace cuatro años? —pregunto sin rodeos, después de las acusaciones de Maxwell el día de ayer, se había puesto a investigar quien era ese empresario italiano. Al ver las fotografías sus recuerdos del hombre fueron más claros y recordó verlo por la empresa de su padre en varias ocasiones. También lo recordó rondando por la casa. Incluso recordó una ocasión que fue invitado a cenar. La sorpresa en los ojos fue muy obvia.

—Yo... no....

—¿Qué hicieron tú y Miguel para alejar a Max de mí? —preguntó decidido.

—No... no —balbuceo su padre, pero Edward no sintió lastima —Lo hicimos... por tu bien.

—¿Mi bien? —Edward rio —¿Lo que le hiciste a mi madre también fue por su bien? —Aun no comprendía como su madre pudo haber soportado todos los engaños y traiciones de su padre, además de que en su lecho de muerte le había suplicado a Edward que los cuidara. Edward se inclinó lo suficiente para clavar la mirada dura en su padre.

—Una noche, reuniste a todos tus amigos pervertidos para ver quien invertía en tu empresa a cambio del culo de tu hijo gay —dijo las palabras lentamente, recordaba esa noche, fue humillante, Miguel y su padre le habían dicho que era una reunión de negocios, su madre había estado agonizando por aquel entonces y Edward reconoció que se había ocupado tanto por cuidar a su

madre y descuidado la empresa, por eso había aceptado ir. Fue la peor noche de su vida, se había sentido peor que una basura, todos esos hombres mirándolo como si fuera un pedazo de carne, una puta dispuesto a mamarles las pollas por unos cuantos dólares. —¿Trataron de hacer lo mismo con Adriano? —sus recuerdos de ese italiano eran borrosos en la mente de Edward. Después de la noche desastrosa con los amigos de su padre, se había enfocado solo en su madre, habría querido correr, pero no podía dejar a la mujer en manos de esos dos. Recordaba encontrarse con ese italiano en dos ocasiones en la casa, pero solo fueron meros saludos cordiales lo que intercambiaron.

—Hamond no te convenia —declaró su padre, sin ningún tartamudeo.

—¿Y Adriano sí? —preguntó enderezándose, asombrosamente su padre cambio ante sus ojos, ya no parecía un anciano inútil, su postura se había corregido y sus ojos lo miraban con rudeza, como siempre lo habían hecho. Claro. Solo un hombre como él era capaz de hacerse pasar por un hombre moribundo para evadir sus responsabilidades.

—Maxwell era un don nadie.

—Era el hombre del que estaba enamorado —declaró Edward. Su padre resopló.

—Tú qué sabes del amor —dijo su padre con desdén —Tenias la obligación de ayudar con la empresa como tu hermano la hacía, pero a ti jamás te importo la familia, solo eras un pervertido meneando la cola como un cachorro detrás de ese inútil —Edward enfureció, temió explotar y lanzarse contra el hombre en silla de ruedas.

—Sera mejor que modere su comportamiento —Dijo Warren colocándose a un lado de Edward, era un movimiento sutil que le decía a su padre que no estaba solo. —Le recuerdo que usted está aquí solo por la caridad el señor Hamond.

—¿Caridad? —estallo su padre a carcajadas —¿Caridad dices? Ese maldito bastardo me lo debe —los ojos de su padre brillaron con locura —Me envió a la ruina, y ahora tiene el culo de mi hijo como tanto quería. Hamond tiene una deuda muy grande conmigo —Edward dio un paso atrás como si su padre lo hubiera golpeado, ese hombre estaba loco, no tenía que estar en una residencia para ancianos, debería de estar en una clínica mental.

—Hace cuatro años, le hiciste creer a Maxwell que yo tenía algo con Adriano ¿Cierto? —Edward no necesito respuesta a eso, ya lo sabía. Ahora

todo tenía sentido. Por qué Maxwell había trabajado tanto para tener mejores posibilidades económicas y poder competir con ese italiano. También tenía sentido por qué se había alejado de Edward creyendo que comenzaría una relación con ese hombre el cual le convenía más por sus millones cuando Edward ni siquiera sabía de su existencia. Las palabras y el rencor de Tadeo contra él tenía sentido. Ahora todo estaba claro. Ellos terminaron tan mal, solo por culpa de su padre y Miguel. Dándose la vuelta, Edward se alejó de su padre, el cual gritaba incoherencias. No necesitaba saber más, tampoco necesitaba regresar a ese lugar ni volver a verlos en su vida.

CAPÍTULO 14

Edward se tensó cuando vio a Tadeo entrar en la cafetería, fue un alivio que el hombre viniera, le había dejado un mensaje con su secretaria citándolo en esa cafetería para hablar, había temido que Tadeo lo ignorara, no lo culparía por ello, pero era un gran alivio verlo ahí, Edward quería aclarar las cosas. Tadeo se tomó su tiempo pidiendo un café en la barra, después se acercó a la mesa donde Edward estaba.

—Esto es toda una sorpresa —dijo Tadeo tomando asiento enfrente de Edward.

—Yo no engañe a Maxwell —anunció sin preámbulos, ellos no eran amigos ni nada, por lo tanto, lo único que tenían en común era Maxwell. Seguía doliéndole el hecho de que el hombre se hubiera acostado con Max, pero también se había dado cuenta que lo que Tadeo sentía era sincero y no le gustaría que ambos amigos se separaran, como el dicho decía “De los males el mejor” jamás se vería a si mismo tranquilo con Marino o Byron alrededor de Max, pero tal vez con Tadeo...—Mi padre y mi hermano le hicieron creer que yo salía con Adriano —Tadeo enarcó una ceja.

—No creo que sea a mi a quien tienes que contarle esto, ¿no crees?

—Ayer me acusaste de hacerle daño —Dijo Edward —Yo de verdad amaba a Max.

—¿Amabas? —pregunto Tadeo dando un sorbo a su café —¿Tiempo pasado? —Edward no supo que contestar, la situación de ambos era complicada.

—Él me obligo a cásame con él y no tengo la menor idea de porque, ¿Por qué no acercarse hace años para aclarar las cosas? Simplemente se marchó —Tadeo se encogió de hombros

—Max es como un niño —Tadeo bajó la vista a sus manos —Inseguro, impulsivo... tonto —Levanto la vista y le ofreció una sonrisa sincera —Maxwell es muy inteligente, astuto, sagas, es el mejor en los negocios, pero cuando se trata del amor o los sentimientos, no tiene la menor idea de que hacer —Edward sonrió.

—Lo sé —dijo sinceramente —En el instituto prácticamente lo obligue a ser mi amigo.

—Él no siempre comparte lo que siente con los demás y jamás explica su actuar a nadie, no tengo idea de porque se casó contigo, lo único que puedo suponer es que es la única manera que se le ocurrió que podía recuperarte — Edward se negaba a tener la esperanza de que lo que incitaba a Maxwell a hacer lo que estaba haciendo con Edward era mas que una venganza. Tal vez... él guardaba en el fondo todavía sentimientos por Edward.

—Lamento que todo esto también te este perjudicando —le dijo a Tadeo, solo podía imaginar lo mucho que al abogado le estaba doliendo la situación de ver al hombre que amaba casado con otro.

—No sientas compasión por mí, sigues sin caerme bien —dijo Tadeo con una sonrisa sarcástica —Max es un gran amigo para mi y te juro que, si le haces daño nuevamente, no tendré piedad contigo—Edward sonrió. Le gustaba la mirada de este hombre. Y se dio cuenta que las palabras de Tadeo el día anterior eran ciertas, ni Marino, ni Byron representaban un peligro para él, ya que lo único que ellos buscaban en Maxwell era sexo y su dinero, ninguno de los dos lo conocía en verdad o lo apreciaba sinceramente. Tadeo por otro lado, amaba a Maxwell, era ese amor que describían en las novelas en las cuales el protagonista deseaba que la persona que amaba fuera feliz, aunque no fuera con él mismo. Edward comprendido que Tadeo no se marcharía, siempre estaría a lado de Maxwell en las buenas y en las malas, como amigo o como lo que Maxwell quisiera, Tadeo no era una mala persona, tal vez en otras circunstancias podrían ser amigos, Edward deseó de todo corazón que Tadeo encontrara a una persona especial, de la cual pudiera enamorarse y ser feliz, no era porque deseara que dejara de amar a Max o estuviera celoso. Si no que pensaba que Tadeo no merecía sufrir.

Los días que siguieron transcurrieron lentamente, la noche era la peor parte del día, porque era entonces cuando Edward daba vueltas en la cama y extendía la mano en sueños para tocarlo, pero sólo había un espacio vacío. Echaba de menos su abrazo, la fuerza cálida de su cuerpo. Lo echaba de menos a él. Por eso, cuando hablaban por teléfono, se refería a cosas generales en tono ligero, y se alegraba de que él no supiera que el sonido de su voz le tocaba una fibra sensible. Lo que más deseaba era perderse en sus brazos y entregarle su corazón y su alma. Pero no tenía valor para hacerlo. Era mejor aceptar lo que le ofrecía y no desear lo imposible.

Maxwell llamó por la tarde, pero solo platicaron de cosas sin importancia, al parecer Warren no le había contado del incidente con su padre, no sabía si

estar agradecido o desilusionado. Tenía tantas cosas de las cuales disculparse, pero estaba tan avergonzado que no sabría cómo hacerlo.

Ese día era la noche libre de Elena y Warren la llevaría de visita a casa de unos familiares y de regreso compraría la cena. Edward le aseguró que no hacía falta, que podía quedarse con su esposa y disfrutar la noche, pero el hombre se negó, mientras no estuviera Maxwell en casa no lo dejaría solo.

El ruido del telefonillo lo sobresaltó. Era el encargado de seguridad el edificio avisándole que había una entrega para él. Por un segundo temió que fuera otro obsequio de Adriano, pero el mensajero dijo que era un regalo de parte de Maxwell. Era una canasta con gardenias blancas. Se le hizo extraño. Max no parecía del hombre que regalaban esas cosas cursis, de Maxwell podría esperar cualquier cosa lujosa, menos flores. Recordó el Audi r8 y la forma en que se lo había agradecido. A lo mejor era una ofrenda de paz para olvidar el regalo de Adriano. Permitió que el mensajero subiera. Edward corrió a abrir. Lo primero que vio fue la enorme canasta de mimbre, llena de flores que ocultaba la cara del repartidor. Sintió una premonición, pero era demasiado tarde. El hombre lo empujó. Las flores cayeron al suelo y la puerta principal se cerró con brusquedad. Miguel. Dios mío. Calma. Tenía que conservar la calma.

—Si te vas por donde has venido, no te denunciaré a las autoridades —Ni siquiera se detuvo a pensar como era que su hermano se había escapado del centro de rehabilitación.

—Así que es aquí donde vives —dijo mirando a su alrededor el gran salón, los muebles de diseño y las ventanas con vista a la ciudad —Te ha tocado la lotería, hermanito —Warren tardaría mucho en regresar. El teléfono de Warren estaba en la memoria de su teléfono móvil, en marcación rápida. Si conseguía encenderlo y apretar el número correcto... Tenía que intentarlo. — Quien hubiera pensado que recibir una polla por el culo sería tan beneficioso —Edward sintió náuseas. Sabía a qué se refería. Aun así, trató de entretenerlo.

—¿Qué haces aquí?

—No te hagas el tonto —<<Piensa. No digas ni hagas nada que pueda malinterpretarse y provocar su ira>>

—¿Qué quieres, Miguel? —su hermano hizo una mueca con la boca.

—Tu marido nos prometió mucho a cambio de tu culo —repitió dándole énfasis a cada sílaba—Nos engañó, como siempre —<<Es un adicto, actúa con prudencia, Habla. Sigue hablando>> Pensó en dónde darle una patada

que lo tumbara y en cómo hacerlo con la mayor fuerza posible.

—Yo no sé nada sobre eso —Alegó

—Por supuesto que no. Eres un imbécil que no entiende nada de negocios, siempre lo arruinan —Sus ojos tenían un brillo cruel. Miguel dio un paso hacia adelante y se echó a reír al ver que él retrocedía.

—¿Cómo lo arruine con Adriano? —Miguel comenzó a andar en círculos alrededor de Edward.

—Adriano es un maldito pervertido que quedo cautivado ante tu trasero apretado. Él era la respuesta a nuestros problemas, pero tú y ese muerto de hambre de Hamond lo arruinaron —Miguel se metió las manos en los bolsillos traseros de los vaqueros y escupió en el suelo. —Si tan solo hubieras cooperado y mentido a Adriano en tu cama, habríamos podido hacerle frente a Hamond—Siguió andando en círculos a su alrededor sin dejar de mirarlo.

—Él no los envió a la ruina. Estoy seguro que ustedes me mintieron —No sabía cómo lo sabía, pero lo sabía. Maxwell no le había dicho nada, pero ahora creía que todo lo que su padre y hermano le contaron era mentira. Cada vez hablaba más bajo, su voz se convirtió en un gruñido gutural. Cada vez parecía más perturbado. Pronto acompañaría su frustración con algún tipo de violencia física. Su hermano siempre fue agresivo, estando bajo la influencia de las drogas, sería mucho peor.

—¿Tan difícil era para ti ayudar a tu familia? —Hizo un movimiento brusco y se ríe al ver la reacción de Edward. —Hice que regresaras con tu amado Hamond. Debiste de ayudarme, no refundirme en ese agujero —La mirada de Miguel se volvió turbia. Edward estaba increíblemente quieto. —Nuestra madre te malcrió, nuestro padre debió de tener mano dura contigo —en rápido movimiento Miguel lo sujeto del brazo.

—¡No lo hagas Miguel!

—Soy tu hermano mayor —dijo clavándole con fuerza el dedo índice en el brazo —Me debes obediencia—Edward trató de tranquilizarse. Confiaba que el portero del edificio intuyera que algo iba mal al ver que el repartidor no bajaba. Sintió un puñetazo en las costillas, rápido e inesperado. Tuvo los reflejos suficientes para verlo venir, pero no para esquivarlo. Su instinto de supervivencia hizo que reaccionara automáticamente dando una patada con asombrosa puntería. Miguel cayó al suelo aturdido, él corrió al estudio de Maxwell para buscar su móvil. Cerró la puerta con seguro, pero no creía que fuera barrera suficiente para detener a su hermano. Ni siquiera sintió dolor

mientras llamaba a Warren que contestó al primer tono.

—Mi hermano está aquí —prácticamente grito.

—Estoy subiendo ¿Esta bien señor Hamond?

—Si —Hizo una pausa —Ten cuidado Warren —su hermano era peligroso, estaba loco y no sabía si él traía un arma consigo. Warren termino la llamada y Edward espero. Pegó la oreja a la puerta tratando de escuchar. A continuación, todo pasó muy deprisa. Warren llamo a la puerta poco tiempo después anunciándole que todo estaba bajo control. Edward ni siquiera dudo en darle un abrazo al hombre como agradecimiento. La policía llevo, esposó y se llevó a Miguel mientras un médico lo examinaba, Warren había llamado a una ambulancia. Edward pensó que era algo exagerado. Solo tenía un fuerte hematoma en el tórax, pero no parecía tener ninguna costilla rota. Le sugirieron que se hiciera una radiografía para más tranquilidad y rellenaron los papeles necesarios para ello. Pero Edward no quería ir al hospital.

—Ya me encargo yo —dijo Warren. La policía lo interrogó poco después. Edward miró con impaciencia al oficial que tomaba notas

—¿Han terminado? Hoy no ha sido un buen día y solo quiero descansar.

—Más o menos. Volveremos a hablar con usted cuando hayamos revisado todas las cintas de seguridad.

—Señor Hamond... Edward —se corrigió Warren, el hombre insistía en llamarlo con tanta formalidad que a Edward lo volvía loco. Por lo menos hoy no quería molestarse por ello. —Tenemos que ir al hospital.

—Estoy bien, Warren —Y sin hacer caso de su gesto de preocupación, se dirigió hacia el pasillo para ir a su cuarto. Warren lo siguió poco después — Por favor. Estoy bien. De verdad —dijo tratando de sonreír—. Podría haber sido peor.

—He llamado a Maxwell —Edward cerró los ojos unos instantes.

—Esto podía haber esperado hasta su regreso.

—No. Imposible —Edward no quería pensar en cómo reaccionaría.

—Voy a llamarle para contarle de primera mano que todo está bien.

—Estará de vuelta muy pronto —dijo Warren mirando su reloj.

—¿Está regresando? —preguntó él horrorizado.

—Pues claro. ¿Pensabas que no vendría?

—Pero tiene reuniones....

—Ninguna tan importante como tu bienestar. .

—No creo poder creer eso—dijo haciendo un gesto de negación con la

cabeza.

—¿Eso crees? —No estaba preparado para tener una conversación en clave.

—Warren... no quiero hablar de esto.

—Nos iremos al hospital a que te hagan esa radiografía.

—Si sigues tratándome como si fuera una flor delicada, gritaré. —Edward creyó ver cierta admiración en los ojos de Warren. Quizás fuese sólo su imaginación. Pero al final no importó cuanto luchó. Warren lo arrastró al hospital. El diagnóstico fue dos costillas fracturadas y un hematoma grave. Le recetaron fuertes analgésicos. Cuando regresaron a casa, Elena ya estaba ahí, al escuchar la noticia por parte de Warren, Elena había regresado a casa en taxi. La mujer se puso en plan madre que protege a sus cachorros y tomó el control de la situación. Edward cenó algo ligero y se retiró a su habitación. Decidió darse un baño para relajarse antes de intentar dormir. Pretendía agotarse lo más posible y que la medicación hiciera efecto, para así poder dormir de un tirón. Revisó su móvil y se dio cuenta no tenía llamadas perdidas ni mensajes de Maxwell, intento marcarle para asegurarle que todo estaba bien, pero su teléfono saltó a buzón de voz directamente.

Llenó la enorme tina y se dispuso a darse un relajante baño. Un baño de espuma no era algo que haría un hombre sin parecer demasiado afeminado, pero en ese momento le importaba un rábano lo que pareciera, quería remojar un poco sus adoloridos huesos ¿Quién podría juzgarlo por eso? Al entrar en la tina de agua caliente gimió de placer <<Esto es *verdadero lujo*>> pensó cerrando los ojos. Pasaron los minutos y gracias al agua caliente, el aroma a lavanda y la luz tenue, se quedó adormilado, perdió la noción del tiempo y del espacio. Edward no quería pensar. Estaba cumpliendo su misión cuando se despertó sobresaltado con el ruido de la puerta del baño al abrirse. Abrió los ojos y vio a Max que cerraba la puerta del baño tras él y comenzaba a quitarse la ropa lentamente.

—Regresaste —No parecía su voz. Sonaba más ronca de lo normal.

—Tenía que hacerlo —Edward observó fascinado cómo él se quitaba la camisa, los pantalones y los calzoncillos para sumergirse en el agua junto a Edward. Hubiera querido decir algo, pero él le puso el dedo índice sobre los labios y se lo impidió.

—Cállate —dijo Max con suavidad. Se inclinó sobre él para besarle — No es momento para lidiar con tu boca rápida —Lo besó con tanta dulzura,

que a Edward le asaltaron las lágrimas. Max tardó un rato en apartar sus labios de los de él. Edward lo miró a los ojos, tan oscuros y comprensivos...

—Mi hermano está loco y mi padre... —acertó a decir con voz temblorosa.

—No te preocupes por ellos —Max besó su frente —¿Cómo estás? — Edward no podía saber lo mal que lo había pasado Maxwell. La llamada de Warren, estar tan lejos de él y haber tenido que esperar tantas horas para verlo, el enterarse de lo ocurrido con Miguel y ser consciente de que podía haber sido mucho peor... Cuatro horas de vuelo jamás se le habían hecho tan largas en la vida. Maxwell se culpaba. Él sabía que Miguel era inestable y el director del cetro ya le había advertido que si Miguel Charles no quería estar ahí para rehabilitarse no podían obligarlo. Era cuestión de tiempo para que Miguel acudiera a Edward para desquitarse.

—Me siento aliviado. Miguel necesita ayuda. Quizás ahora la consiga — Max cerró los ojos un momento. Ya había advertido a Tadeo que quería a Miguel refundido muchos años en la cárcel, quería todo el peso de la ley sobre él. Miguel no iba a disfrutar de su libertad durante mucho tiempo. Y de Benjamín Charles... también pronto se ocuparía, el maldito viejo pagaría muy caro por todo lo que le había dicho a Edward ese día. En cuanto a las medidas de seguridad... ¿qué más hacía falta instalar para estar seguro en casa sin llegar a la paranoia? Una cosa era segura. Haría todo lo posible para asegurarse de que nada semejante volviera a ocurrir.

Maxwell tenía cosas que decirle. Pero prefería esperar. En aquellos momentos, sólo quería estrecharlo en sus brazos, aspirar el olor de su cabello, de su piel. Salió de la bañera con cuidado, se secó y se ató la toalla a la cintura. Luego lo ayudo a él a levantarse.

—Cuidado —murmuró Edward cuando él fue a frotarle la zona inflamada en el costado izquierdo. Los ojos de Max se oscurecieron hasta casi volverse negros.

—Lo voy a matar —Apretó los labios con fuerza.

—No te preocupes. Ya pasó —No podía ver su rabia contenida.

—Vamos a la cama —susurró Max dándole un beso en la sien—. Ha sido un día muy largo para los dos —Fueron al dormitorio. Edward se metió primero en la cama bajo la atenta mirada de Max. Él se acostó también, y sin decir una palabra le dio un largo beso entre el cuello y los hombros. Lo atrajo hacia así y puso una mano en sus nalgas, lo acarició y fue ascendiendo por la

espalda.

Edward sintió que tocaba el cielo con los dedos. Una suave luz bañaba la habitación y teñía todo de un cierto aire surrealista.

—¿Quieres hablar de lo ocurrido? —La voz de Max era ronca.

—No —contestó Edward mientras Max volvía a besarlo en la sien. — Prefería no hablar del tema. Al menos por el momento. .

—De acuerdo.

—No era necesario que regresaras. .

—Sí que era necesario —replicó él—. Sólo de pensar que pudieran hacerte daño... —Su gesto era de intenso dolor. Edward tuvo que tragar saliva. Las manos de Max lo acariciaban, dibujando el contorno de su cuerpo, sus curvas, las heridas, con una dulzura que apaciguaba su ánimo a la vez que le hacía sentir deseos de llorar. —Necesitaba tocarte, abrazarte —¿Era su imaginación o la voz de Max delataba una profunda emoción?

—Habría bastado con llamarme —El roce de sus manos era adictivo. Y lo excitaba incluso en ese momento en el que no era su intención.

—No, no habría sido suficiente —¿Qué quería decir? —Madre de Dios —dijo susurrándole al oído—. ¿Sabes lo mal que lo pasé cuando recibí la llamada de Warren?

—No debería haber llamado para preocuparte.

—Si no lo hubiera hecho, me habría enfadado muchísimo con él. —Al enterarse había llamado al piloto y había abandonado inmediatamente la sala de reuniones sin dar muchas explicaciones. Después, había pedido en el hotel que llamaran a un taxi para ir al aeropuerto mientras hacía su maleta a toda velocidad. Desde el aire, había hablado con Tadeo y con Warren y había reorganizado por completo su vida profesional. Tenía todo lo que necesitaba entre sus brazos. Lo demás era insignificante. Sólo de pensar que hubiera podido perder a Edward de nuevo por culpa de su psicópata familia... Temblaba sólo de pensarlo.

Edward lo miró y casi murió al entender su expresión. Sus ojos, aquellos bellísimos ojos oscuros eran, por fin, totalmente transparentes y dejaban ver su alma. Edward se sintió al borde de un precipicio. Lo que sentía era tan profundo, que apenas podía respirar.

—Yo no te engañe con Adriano —confesó.

—Lo sé —dijo Max, pasando una mano por su cabello —Lo se ahora, fui un tonto por pensar mal de ti muchos años atrás, lo único que puedo decir, era

que en ese tiempo me sentía inseguro y todo a mi alrededor se estaba complicando, tenía tantos proyectos y sueños... deseaba darte la vida que merecías, pero me estaba costando trabajo tener el éxito que deseaba — Maxwell hizo una pausa — Además, me entere por ese entonces, quien era mi padre y mi abuela recibió un duro golpe ante la noticia de la muerte de su hija — Edward jadeo.

—¿Tu madre murió?

—Jamás la vi como una madre, pero era la hija de mi abuela, no importa que tan mal se haya portado, era su hija, por lo tanto, a ella le afecto más que a mí, se deprimió y se enfermó... fue complicado — a Edward se le oprimió el corazón, él debió de haber estado ahí para apoyarlo, pero en cambio, Edward se había sumergido en su propia autocompasión.

—Lo siento mucho....

—Se que debí de haberte buscado antes, pero la única excusa que tengo es que yo era estúpido y cometí muchos errores — Edward apretó la palma de su mano contra el pecho de Maxwell.

—Creo que no hay que hablar del pasado, no podemos cambiarlo ¿no crees? — Maxwell colocó su mano, sobre la de Edward y le dio un apretón.

—Se que escuchaste parte de mi conversación con Tadeo.

—Yo... — Edward enrojeció.

—Tadeo es un gran amigo, me apoyo y creyó en mi cuando más lo necesité, pero jamás despertó en mi cualquier otro sentimiento, se lo dije ayer. Al que quiero es a ti.

—Max — Dijo aquel nombre como si fuera la primera vez que lo pronunciaba. Cerró los ojos tratando de sofocar las lágrimas que inundaban sus ojos y él lo besó, con un beso que era todo lo que Edward podía desear de aquel hombre. Era un beso tan profundo, tan cargado de ternura...

—No podemos cambiar el pasado y creo que el pasado esta bien donde esta, pero te amo, jamás he dejado de hacerlo y quiero que estemos juntos, olvida el contrato, seguiremos casados, tendremos cinco niñas y muchos gatos — dijo él. Edward le acarició las mejillas, recreándose en aquella piel, en aquellas facciones y recorrió sus labios con las yemas de los dedos.

—Gracias — dijo tembloroso.

—¿Por quererte?

—Por eso y por todo — Edward le dio un ligero beso — Yo también te amo — Max le había demostrado lo que él significaba para él como las palabras

solas no hubieran conseguido, con una dulzura indescriptible. Más tarde, cuando estaban ya casi dormidos, Edward tomó una mano de él entre las suyas y la besó.

—Eres mi vida —dijo con sencillez—. El sol, la luna, las estrellas. Todo. Lo eres todo. Podría haber esperado a la mañana siguiente, pero tenía ganas de decirlo —hizo una pausa —Me has devuelto la fuerza y la confianza que tanto necesitaba. Y me has enseñado lo que es el verdadero amor. —Lo último lo dijo como en un susurro, desde el corazón, y Max casi perdió el aliento al ver la emoción en el expresivo rostro de Edward. Tardó unos segundos en recuperar su voz.

—Lo sé.

—¿Eso es todo lo que vas a decir? —dijo él. Max lo abrazó, le agarró los glúteos con una mano mientras con la otra la agarraba del pelo.

—¿Es que necesitas palabras, amor mío? —No las necesitaba. Él había demostrado lo mucho que la quería cada día y cada noche con su mirada, con sus caricias, con la manera en que su corazón latía cuando él se acercaba. Max no era hombre de palabras cariñosas, jamás lo había sido.

—Las palabras siempre agradan —Max la besó en los labios durante unos instantes y luego deslizó los labios hasta su sien.

—Eres mi vida —dijo simplemente. Edward creyó derretirse y lo estrechó entre sus brazos con fuerza. —Eres todo lo que siempre he querido y nunca pensé que encontraría —continuó él con dulzura. Edward estaba a punto de llorar. La emoción lo embargaba y ya no podía contenerse más. Se fundieron en un largo y sensual beso. Él se dejó llevar por la pasión unos momentos. Después, él levantó la cabeza y dejó escapar un gemido. No había duda alguna de adonde llevaba aquello o de cómo terminaría. De momento iban disfrutar del momento.

CAPÍTULO 15

Dos días después Edward caminaba nervioso hacia el despacho de Tadeo Russos, no entendía lo que sucedía, esos dos días a lado de Max habían sido maravillosos, él había cuidado de Edward con dedicación y amor. Se sintió realmente en el cielo. Esa mañana Max le comunico que tenía que ir a trabajar, algo urgente había surgido, y una hora más tarde, Tadeo le había llamado pidiéndole que estuviera en su despacho exactamente a las once de la mañana.

Edward no tenía la menor duda de que aquello era sobre Max. ¿Pero qué? ¿Estaría rompiendo su matrimonio? Max había dicho que olvidarían el contrato, pero no habían hablado de ello nuevamente, simplemente se había escapado de la mente de Edward y había asumido que ahora que sabían la verdad sobre lo que había ocurrido hace cuatro años, simplemente lo volverían a intentar desde cero.

Warren lo llevó hasta el edificio, esa ocasión no se quejó por tener a Warren de chofer, ya que en sus circunstancias no podría manejar por lo nervioso que estaba y por sus todavía costillas lastimadas, al menos los moretones ya estaban desapareciendo. Una vez dentro del edificio, Tadeo lo llevó directamente a su despacho.

—Espera aquí y no te muevas por nada, ¿de acuerdo? No sé qué va a pasar, pero sea lo que sea seguro que es interesante. —le informó el abogado, después desapareció por una puerta contigua. Dejo las puertas corredizas ligeramente abiertas, fue ahí donde escucho la voz de Maxwell.

—No entiendo porque estas actuando así Maxy, podríamos haber tenido esta conversación en mi departamento —Esa era la voz de Marino. Edward se tensó al escucharlo —Además, ¿desde cuándo necesitas que tu abogado este presenta para cerrar un trato conmigo, cariño?

—Ya no hay contrato para ti, Marino.

—¿Qué? ¿De qué hablas?

—Desde este momento, esta anulado todos tus contratos con la compañía —anunció Maxwell, como una polilla atraído por la luz, Edward camino hacia la pequeña ventana a un lado de la puerta, aparto ligeramente la persiana para ver lo que ocurría.

—Escucha, Maxy, Cariño —Marino estaba nervioso —Si es por las altas comisiones que siempre exijo, no te preocupes, he leído el contrato nuevo y me parece bien. ¿Por qué no lo firmo, ahora con tu abogado y su secretaria de testigo? —Maxwell tomó del escritorio dos copias de un grueso documento, las rompió por la mitad y las echó a la papelera.

—Ya no eres bienvenido a trabajar para grupo Hamond.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó en tono de diva, Edward mentiría si dijera que la situación no le causó cierta satisfacción, ver al modelo tan desconcertado era irreal <<El Karma existía>> ¿Qué demonios ocurría? ¿Por qué de repente Max estaba despidiéndolo? Y lo miraba de una manera... que hasta a Edward lo hizo estremecer.

—Te voy a refrescar la memoria... Gardenias blancas.

—No tengo ni idea de qué me hablas —dijo sin inmutarse. Edward se llevó una mano a la boca para evitar que se escuchara su jadeo de asombro.

—Y cinco mil dólares por borrar a Edward del mapa.

—¡Por Dios! ¿No creerás...? —Se puso la mano en el corazón con cara de horror—. Somos amigos. Más que amigos. No podría... .

—Miguel Charles es un drogadicto desquiciado que haría cualquier cosa por unos cuantos billetes y tú te aprovechaste de eso —dijo Tadeo con calma.

—Quizá me haya mal interpretado —movió una mano con elocuencia.

—Conociste a Miguel en el casino de apuestas de uno de tus tantos amantes, acababa de abandonar el centro de rehabilitación, no era una persona estable mentalmente y tú aprovechaste su desesperación a tu favor —dijo Maxwell con suavidad mortal

—Yo no haría eso.

—La policía lo ha arrestado. No ha costado trabajo que confesara todo, además su padre también fue de ayuda para llegar al fondo de todo eso —Tadeo rio —El viejo estaba más preocupado porque lo mandaran a la calle que por cubrirte.

—¿Y le crees a ese drogadicto y a su desquiciado padre antes que a mí? —se puso de pie —Tal vez solo estén tratando de hacer que Edward quede como una completa víctima ante ti. ¡Abre los ojos! Solo se está aprovechando de ti.

—Sera mejor que no hables mal de Edward o tu situación empeorara—amenazó Max. Marino lo fulminó con la mirada, recogió su abrigo de mala manera y se encaminó Tadeo le obstruyó el paso. El modelo se volvió hacia

Max.

—Dile a tu esbirro que se aparte.

—Se han comprobado tus cuentas bancarias y tus llamadas telefónicas, más la confesión de Miguel es suficiente para condenarte por complicidad — explicó Tadeo

—¡No puedes hacerme esto Maxwell!

—Ya lo he hecho—Dijo Max con tanta frialdad que hasta a Edward se le helo la sangre —Esta vez has llevado el juego demasiado lejos. Y te ha tocado perder.

—Yo de amo, Maxwell —explicó el modelo con desesperación —Ha habido algo entre nosotros. Habríamos estado bien juntos.

—No había lazos que nos unieran, Mariano —Maxwell hablaba de un modo desconocido para Edward —Estaba en deuda con tu padre. Le hice una promesa. Y la mantuve—Mariano se echó a llorar

—Te lo suplico.

—Nadie trata de hacer daño al hombre que amo y se sale con la suya sin responder ante mí. ¿Está claro? —Maxwell hizo una seña a Tadeo, el cual abrió la puerta y aparecieron un par de policías.

—Pero, ¿qué hacen? —gritó Mariano mientras lo esposaban.

—Arrestarlo, señor —le leyeron sus derechos y después cada uno lo sujetaron de un brazo. Atónito, Edward los vio salir seguidos Tadeo, que cerró la puerta sin hacer ruido. Se quedó inmóvil unos instantes Luego abrió la puerta corrediza para entrar en la sala de juntas.

—¿Es verdad lo que has dicho?

—¿Qué haces aquí? —pregunto Max sorprendido. —¿Estabas escuchando tras la puerta?

—Si, en realidad tu abogado y Warren me han traído aquí sin decirme para qué... —Edward camino un par de pasos más. —Durante mucho tiempo creí que hacer fortuna era más importante para ti que yo —Maxwell sonrió.

—Así fue por mucho tiempo —confesó —Todos los días vi como mi abuela se esforzaba por sacarme adelante, y yo lo único que desee era regresarle con creses todo lo que hizo por mi.

—Tu abuela siempre ha estado orgullosa de ti —En las pocas veces que pudo conversas con la mujer años atrás, jamás le quedo duda que ella amaba a Max como a un hijo y haría cualquier cosa por hacerlo feliz. Ella se sentía culpable por lo que había hecho su hija, durante muchos años pensó que ella

era la culpable del abandono de Max, porque no fue buena madre al educarla.

—Yo quería ser alguien en la vida, salir adelante y lograr mis objetivos, así mi abuela no tendría que preocuparse más por mi o por llevar comida a la mesa.

—Por eso trabajabas tanto —dijo Edward. Max asintió.

—Lo estaba haciendo muy bien, hasta que tu apareciste en mi camino como una brillante luz resplandeciente y comenzaste a tirar los muros que poco a poco había construido a mi alrededor —Edward sonrió.

—En realidad te acose mucho ¿No es así? —Max estiró la mano para acariciar su mejilla.

—Lo hiciste —afirmó —No dejabas de rondarme, de hacerme saludarte, de hacerme reír, de tratar de ser mi amigo, y cuando nos besamos la primera vez... y después estuvimos juntos... me jure que eras a la segunda persona a la que tenía que proteger y dar absolutamente todo en esta vida —Edward sentía las lágrimas en mis ojos.

—A mi jamás me intereso el dinero.

—Lo sé, pero yo deseaba dártelo todo, eres lo más importante para mí— dijo sinceramente —Mariano y yo, a pesar de lo que él quiera dar a entender, sólo hemos tenido una relación profesional.

—Te creo —afirmó Edward. Se mordió la lengua para preguntar sobre Byron. Edward era masoquista.

—No niego que tuve a otros amantes, pero ahora te tengo de nuevo, Edward. Estamos de nuevo juntos y nadie te va a apartar de mi otra vez. —A Edward se le llenaron los ojos de lágrimas, pero trató de no llorar. Era la hora de la verdad y la sinceridad, no de las situaciones tópicas.

—¿Por qué creíste que estaba con Adriano? —era la pregunta que estaba atormentándolo.

—Por idiota —dijo haciendo reír a Edward —En esa época comenzar a tener un poco de éxito, no tanto como a mí me hubiera gustado, además no todos los negocios en los que invertía estaban saliendo bien, estaba cansado y frustrado, deseaba hacer fortuna ya que tu familia no dejaba de llamarme muerto de hambre —Hizo una pausa —Una noche te vi, en un restaurant con él y con tu hermano, creo que esa noche me hice ideas locas en la cabeza, llegue a pensar que tu estarías mejor con él que conmigo —Edward lo golpeo en el hombro.

—Tienes razón, eres un idiota.

—Era un imbécil egoísta y presuntuoso —Era una descripción adecuada.

—¿Trataste de vengarte? —tenía que preguntárselo.

—Intente alejarme, me concentre en el trabajo y luche con todas mis fuerzas para cumplir mis metas, pero me hacía falta una cosa... tu.

—Por eso me obligaste a casarme contigo.

—Era la única manera ¿Habrías aceptado mi ayuda si le la hubiera ofrecido?

—No —su obstinado orgullo lo hubiera obligado a rechazarlo.

—Exactamente —le dijo Maxwell atrayéndolo contra su cuerpo —Me aproveche de la situación, quería tenerte a mi lado, protegerte y amarte, esa fue la única manera que se me ocurrió, tenía la esperanza que con el tiempo te dieras cuenta que mis sentimientos por ti no habían cambiado.

—Te amo, Max —le dijo Edward—. Creo que nunca he dejado de hacerlo, ni siquiera cuando te odiaba —Maxwell sonrió ante la contradicción y lo tomó de la barbilla.

—Eres el amor de mi vida —le dijo solemnemente—. Mi corazón y mi alma. El aire que respiro —le rozó la nariz con los labios y se detuvo ante su boca—. Lo eres todo y siempre lo serás —sintió la sonrisa de él al posar sus labios en los suyos. Lo agarró por las nalgas para atraerlo más contra su cuerpo y que sintiera su erección y lo sostuvo por la nuca para besarlo a fondo. Tan a fondo, que Edward tuvo que alejarse para respirar. Mirar sus ojos negros le bastó para saber que ninguno de los dos se conformaría con un beso. Un carraspeo los hizo apartarse.

—En ocasiones tengo que almorzar sobre esa mesa, así que mejor consigan una habitación—dijo Tadeo, Edward rio ante el resoplido amenazante de Max.

—¿Hay alguna posibilidad de que puedas hacer novillos por el día de hoy?

—¿Es que tienes reparos en que despeje el escritorio y te haga el amor encima de él? —le sonrió con dulzura.

—Oh no lo harás —dijo Tadeo —Yo me encargare de hablar con tu secretaria para que cambie tu agenda. Ahora largo de aquí—Max lo sujetó de la mano y se encaminaron hacia la puerta.

—Deshazte del contrato —dijo Max a Tadeo.

—Ya lo he hecho —dijo Tadeo seriamente, Edward no pudo resistir abrazar al abogado.

—Gracias —le susurró al oído.

—No lo hice por ti —contesto Tadeo seriamente.

—Lo sé —Edward volvió abrazarlo, pero el hombre no correspondió el abrazo, estaba claro que la relación entre ambos estaría tensa por un tiempo. Al menos Edward agradecía que a pesar de que Tadeo odiara a Edward y estuviera dolido por las circunstancias, siguiera ayudando a Maxwell. Otro hombre en su lugar estaría buscando venganza con Marino.

Llegaron al ascensor y Edward miró a Max con ojos esperanzados.

—¿Ya no estaremos casados por dos años? —tenía que confirmar sus sospechas. Max se inclinó y lo besó en los labios ligeramente.

—Estas amarrado a mí por el resto de tu vida —Edward envolvió sus brazos alrededor del hombre que amaba.

—Entonces, ¿podremos tener nuestra casa fuera de la ciudad, nuestras cinco niñas, los dos perros y un gato?

—Sigue sin gustarme la ida de los perros —Max pasó su mano por el cabello de Edward —Pero tendremos todo lo que habíamos planeado juntos Eddy. Todo lo quieras, yo te lo daré . Lo único que necesito es que seas mío y que dejes que yo sea tuyo. .

—Lo soy, todo tuyo. Lo he sido siempre y lo seré mientras viva —respondió él, buscando sus labios, Este si era un contrato que estaba dispuesto a cumplir por el resto de su vida.

FIN

[1] es la persona que atiende a los clientes en la barra de un bar, cervecería, taberna, cantina o local de ocio.

[2] La parotiditis puede afectar a otras glándulas del cuerpo, el sistema nervioso central y los testículos. Las complicaciones más frecuentes son la meningitis y la inflamación testicular que puede llevar a la infertilidad. La afectación del testículo también se llama orquitis urliana

[3] La metástasis, es el proceso de propagación de un foco canceroso a un órgano distinto de aquel en que se inició. Ocurre generalmente por vía sanguínea o linfática. Aproximadamente el 92% de las muertes por cánceres no detectados, se deben a la metastatizarían de estos